

Veinticincorelatos parano olvidar

Por
Carlos Flores Lizana

VEINTICINCO RELATOS PARA NO OLVIDAR

Carlos Flores Lizana

Primera edición: agosto de 2014

Tiraje: 500 ejemplares

© Carlos Flores Lizana, 2014

© Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la
Pontificia Universidad Católica del Perú (IDEH-PUCP), 2014

Tomás Ramsey 925, Lima 17 - Perú

Teléfono: (51 1) 261-5859

Fax: (51 1) 261-3433

www.idehpucp.pucp.edu.pe

Corrección de estilo: Rocío Reátegui

Diseño e impresión: Gráfica Columbus S. R. L.

Pedro Ruiz Gallo 292, Lima 5 - Perú

Teléfonos: (51 1) 423 4433 y (51 1) 965 017 820

*Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este documento por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2014-11209

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Índice

7	Presentación
9	Introducción
11	CAPÍTULO I El rol de las Iglesias en el conflicto armado interno
11	■ La hermana mayor que murió defendiendo la vida de su sobrino pequeño
13	■ El asesinato del padre Acuña
15	■ Una carta a la madre superiora
18	■ «La madre que hace misa» aun donde Sendero domina
21	■ La madre Agustina Rivas, muerta por defender la vida de unos colonos
25	■ Palabras que dan vida
28	■ Diversas posiciones de los creyentes frente a los años de violencia
33	■ Para reflexionar
34	CAPÍTULO 2 Violaciones de los derechos humanos cometidas por agentes del Estado
34	■ El hombre que sobrevivió después de ser arrojado de un avión
37	■ La historia de Soqos contada por María Janampa
42	■ La cacería del profesor universitario
45	■ Los desaparecidos y los efectos en la familia
48	■ Capaya o la boca del infierno
52	■ Para reflexionar

53 **CAPÍTULO 3 Sendero Luminoso y las violaciones de los derechos humanos**

- 53 ■ Las «estrategias crueles» para sobrevivir en medio de la violencia
- 55 ■ Un atentado en la carretera de los Libertadores
- 58 ■ La Universidad de Huamanga
- 62 ■ Ser fiscal en el rincón de los muertos
- 64 ■ Algunas señales del narcotráfico en medio del conflicto
- 67 ■ ¿Por qué surgió Sendero en Ayacucho? Lecciones que aprender
- 73 ■ Para reflexionar

74 **CAPÍTULO 4 La vida cotidiana**

- 74 ■ Quince días de paro armado
- 78 ■ Iscahuaca o el pueblo borrado del mapa
- 81 ■ Burbujas de aire fresco
- 83 ■ Para reflexionar

84 **CAPÍTULO 5 Niños, adolescentes y personas con discapacidad durante el conflicto armado interno**

- 84 ■ El secuestro y la desaparición de los hermanos Mancilla
- 88 ■ La increíble historia de José María, el niño que vivió solo seis días
- 91 ■ Algunos destinos inciertos de los huérfanos de la guerra
- 95 ■ Margarita, la «Opa» de Huamanga
- 99 ■ Para reflexionar

Presentación

En la vida tenemos una serie de experiencias significativas que van configurando nuestros recuerdos sobre el pasado y su resignificación en la construcción de nuestra identidad y apuesta hacia el futuro. Recordamos diferentes eventos a lo largo de nuestra niñez, infancia o juventud; sin embargo, no logramos recordar todo lo que hemos vivido. Es la singularidad de los recuerdos y la posibilidad de activar el pasado en el presente —la memoria como presente del pasado— lo que define la identidad personal. A nivel individual, este proceso tiene una dimensión subjetiva; podemos ser selectivos para recordar o incluso para olvidar. Pero también existe una dimensión social de nuestros recuerdos que es la que nos permite una construcción social sobre nosotros mismos, y que viene acompañada de una serie de opiniones de los demás acerca de ese mismo pasado. La construcción social de la memoria permite recordar ciertos hechos y actores del pasado, inmersos en narrativas colectivas, a menudo reforzadas en rituales y conmemoraciones grupales que comprenden la memoria como una reconstrucción colectiva.²

La memoria colectiva entendida como memoria compartida, en constante interacción, nos permite recordar no solo hechos aislados, sino con un sentido común, un sentido político que busca el «bien común» de una sociedad, de una población, de un colectivo. Y esta es la apuesta permanente del Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú (IDEHPUCP): hacer memoria no para quedarse anclado en hechos aislados o contabilizar la cantidad de hechos terribles, dolorosos, sino para resignificar y reconocer la dignidad de las víctimas de este período de violencia en el país; la memoria de su dolor, pero también de su fortaleza, la memoria de su resistencia y la de sus sueños.

¹ Cf. **RICOEUR, Paul**. *La memoria, la historia, el olvido*. Segunda edición. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2004.

² Cf. **JELIN, Elizabeth**. *Los trabajos de la memoria*. Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012.

Este año en el que el IDEH-PUCP cumple diez años de su creación resulta significativo animar una reflexión desde los protagonistas, desde sus vivencias y procesos personales que enmarcados en los procesos sociales permiten entender mejor la complejidad del conflicto armado interno.

Este décimo aniversario nos anima a presentar una serie de publicaciones que daremos a conocer a lo largo del año. El testimonio no es precisamente el género de las publicaciones que produce el IDEH-PUCP; la mayoría de ellas son más bien investigaciones. Sin embargo, en esta ocasión nos parece fundamental editar y poner a disposición el libro VEINTICINCO RELATOS PARA NO OLVIDAR de Carlos Flores Lizana, docente universitario y exsacerdote jesuita. Este conjunto de testimonios recogidos y seleccionados por el autor en su paso por Ayacucho entre 1987 y 1991, en pleno conflicto armado interno, constituye un valioso documento para comprender el drama de la guerra que vivió el país desde la vida cotidiana de mujeres y hombres en diversos momentos y lugares. Se trata de testimonios de vida que permiten conocer en toda su dimensión la humanidad de sus protagonistas y que nos ilustran acerca de las tensiones y las pasiones de nuestros compatriotas en esos días. El valor de la publicación reside en que se trata de un documento vivo y pedagógico que propone cuestionamientos y diversas miradas sobre como afectó el proceso de violencia, las dificultades planteadas y las respuestas de diversos actores.

El libro está dividido en cinco capítulos, los cuales se encuentran agrupados según la procedencia de los testimonios de sus protagonistas: desde agentes pastorales que enfrentan una doble elección —proteger a las comunidades en las que trabajan o sus propias vidas—, la incertidumbre de los soldados o de sus jefes cuando no saben a qué enemigo se enfrentan o deciden emprender estrategias tan violentas como las de ellos hasta niños, mujeres y personas de la tercera edad o con alguna discapacidad que se encuentran en la situación más vulnerable. El texto nos remite a las angustias y las tensiones propias cuando se trata de defender la vida en medio del conflicto, y del cual no siempre se sobrevive.

Nos hemos permitido agregar un conjunto de preguntas para la reflexión que inviten a un diálogo con los lectores, que sirvan para usarlas en el trabajo en grupos y en el ámbito educativo hoy, así como un conjunto de referencias a los diversos capítulos e ítems específicos del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación que permiten explicar el contexto de cada situación y comprender mejor el proceso vivido por estos testigos para dejar un mensaje a las nuevas generaciones, para que no se repita una historia tan cruenta y vergonzosa como la que hemos tenido el honor de contar en nombre de la dignidad de aquellos compatriotas que ya no están.

Salomón Lerner Febres
Presidente
IDEH-PUCP

Introducción

VEINTICINCO RELATOS PARA NO OLVIDAR constituye un esfuerzo más para transmitir lo vivido en los años de la violencia ocurrida entre 1980 y el 2000 en el Perú. El número se escogió en recuerdo de la famosa obra del rumano Virgil Gheorghiu, *La hora 25*, que denota ir más allá del tiempo, algo que supera la normalidad de la vida, un espacio temporal donde las vidas humanas son presas de la barbarie y la maldad y superan la imaginación.

Estos son relatos que mezclan experiencia histórica y creación literaria, que se encuentran basados en recuerdos, lecturas y reflexiones. Son testimoniales y analíticos a la vez. Soy cusqueño de nacimiento, quechuahablante, con formación especialmente en ciencias sociales y durante los años del conflicto fui un sacerdote de la Compañía de Jesús. Entre 1987 y 1991 estuve en Ayacucho, y volví al sur andino en 1996, año en el que pasé al estado laical.

A través de estas historias no solo pretendo mostrar lo que pasó, sino tratar de contribuir para esclarecer las causas de lo ocurrido. Por ello, tomo posición y transmito mis juicios sobre lo ocurrido. El lector no solo apreciará lo que pasó, sino también mis reacciones como testigo. En los relatos presentados se muestran los niveles de crueldad a los que llegaron actores movidos por el fanatismo, la voluntad de poder o el sadismo. Los miles de testimonios recogidos y escuchados por la Comisión de la Verdad y Reconciliación demuestran la veracidad de estos relatos.

Estos relatos son breves, pero están llenos de intensidad y están dirigidos a los jóvenes, quienes no han tenido experiencia directa de estos hechos y no son conscientes de sus efectos en la vida de las familias e instituciones a las que pertenecen. Por ello, deseo que sirvan para que conozcan esos hechos y para que pregunten y tomen una decisión frente a la realidad de un país contradictorio como el nuestro.

Se tocan temas centrales, no solo del pasado, sino también del presente y del futuro de nuestro país. Se presentan males endémicos de nuestra historia como la injusticia social, el racismo y el machismo. Asimismo, encontramos como gran telón de fondo la necesidad de construir una sociedad en la que seamos iguales ante la ley, en la que el Estado nos represente y sirva. También se tocan temas vinculados al poder, su construcción a distintos niveles, así como la autoridad y su forma de ejercerla. Tópicos religiosos, vinculados al comportamiento de miembros de las Iglesias, así como a temas teológicos y filosóficos se encuentran también en algunos de los relatos.

Espero, por último, que estos relatos contribuyan a mantener en la memoria a las víctimas de las historias aquí narradas, pues el recuerdo también constituye una forma de defender sus derechos. Saquemos lecciones de estas historias y busquemos decididamente un país distinto, impulsado por ideales diferentes que nos hagan caminar y avanzar. Tenemos derecho y posibilidad de perseguir la utopía de un Perú mejor y de aprender de tantos que han logrado colaborar en su construcción con coherencia y amor valiente.

Carlos Flores Lizana
SULLANA, NOVIEMBRE DE 2013

CAPITULO 1

Rol de las iglesias durante el conflicto armado interno

La hermana mayor que murió defendiendo la vida de su sobrino pequeño

Las hermanas franciscanas de Centroamérica habían venido a colaborar con la diócesis de Ayacucho. Su experiencia en Guatemala y El Salvador las ayudaba para saber cómo sobrevivir en medio de esta guerra fratricida en el Perú. Así llegaron dos grupos de estas hermanas cuando reinaba en la diócesis monseñor Federico Richter Prada, un obispo nacido en Ayacucho y que también pertenecía a la congregación que naciera del pobre de Asís, San Francisco. Este señor obispo era hijo de un hacendado de estas tierras y conocedor de la lengua y las costumbres de su pueblo. Con estas características consiguió que vinieran a su diócesis estas hermanas; la mayoría provenían de países que habían sufrido la violencia revolucionaria como la represión indiscriminada del Estado, terrorismo de Estado. Como digo, se instalaron y abrieron tres casas: una, la más grande, en el mismo Ayacucho; la otra, en San Miguel; y una tercera, en Tambo. Eran pocas hermanas y bastante jóvenes. Su trabajo estaba dedicado a la pastoral de sacramentos; y algunas, más preparadas en temas sobre salud, se dedicaban también a la pastoral sobre salud. En general en el Perú, como en muchas partes, la Iglesia católica trabaja en el área de la salud, la cual está muy mal atendida por parte de las instituciones del Estado, en especial en las zonas rurales andinas y en las comunidades amazónicas. Este ejemplo de entrega fue muy valorado por los pueblos y por las comunidades campesinas, y muy pronto algunas jóvenes se animaron a seguir este ejemplo de vida y servicio.

Así, Meche, una jovencita de 14 años, se animó a entrar al convento y lo hizo efectivamente, pero desde un inicio sintió su corazón dividido, pues tenía una abuela y unos sobrinos a quienes ella cuidaba en un pueblito llamado Huancapi. Ella estaba muy bien, era inteligente y trabajadora, le encantaba cantar como buena ayacuchana, era alegre y sentía que el Señor la llamaba a este camino de entrega a Dios en la vida consagrada. Pero el recuerdo permanente de su abuela vieja, pobre y con la responsabilidad de cuidar a sus sobrinos no la dejaba. Empezó a cuestionarse, por un lado, sobre su vocación y, por otro, sobre su obligación de ir a ayudar a su querida abuelita. Compartió esta inquietud con su formadora, quien le dijo que eso era cosa del demonio, que no pusiera en cuestión su vocación y que Dios ayudaría a su abuelita.

No pudo más y pidió un tiempo para ir a atender a su abuela. Dejó la casa de formación y se fue a su querido Huancapi, un pueblo típicamente serrano donde Sendero había hecho una de sus escuelas populares y donde el Ejército también había puesto un cuartel cerca a la entrada del pueblo, pasando el río. Volvió a su vida de campesina joven, brazo derecho de su abuela y madre real de sus sobrinos abandonados. Un día cualquiera de septiembre, cuando estaba con uno de sus sobrinos pasteando sus ovejas y ya para regresar al pueblo, se apareció de improviso una columna dirigida por una camarada senderista. Venían a imponer nuevas autoridades al pueblito y a castigar a algunos pobladores a quienes consideraban «soplones».

Cuando llegaban de esa manera las columnas había que obedecer sin dilación, de inmediato. Cuando ellos la vieron en el camino con su sobrino la quisieron obligar a que fuera rápido a la plaza del pueblo. Ella les dijo que, por favor, la esperaran un poco, que tenía que acompañar a su sobrinito de 7 u 8 años y que no podía dejarlo solo con el rebaño. Se molestaron y la retaron a pelear con la jefa de la columna. Así, en medio de una parte plana del camino, cerca ya del pueblo, se trenzaron a golpes y patadas; iban y venían los jalones de pelo, arañazos y hasta se mordían. Meche redujo a la camarada, quien cayó rendida en el suelo; la había vencido delante de sus compañeros. Al ver la victoria, los demás de la columna empezaron a apedrearla hasta que terminó muerta en un charco de sangre. Para esto, el niño ya se había escondido detrás de unos arbustos desde donde podía ver la pelea y la cobarde y cruel lapidación de su tía.

Así entregó su vida y su amor esta mártir anónima de la defensa de la vida. Nadie fue testigo de esta muerte más que ese niño y esos cobardes de la columna senderista que no hicieron más que demostrar lo que eran, unos miserables que ante la resistencia campesina a no entrar en su lucha usaban esta clase de prácticas contra los campesinos que decían defender.

La muerte de esta hermanita postulante de las hermanas franciscanas fue interpretada como «un castigo por haber dejado el convento». Esta interpretación es producto de una reacción pobre y de una lectura de personas que no entendían nada de la vocación humana que todos tenemos; es decir, en primer lugar, a la vida, al amor y a la felicidad y, finalmente, a la santidad. Así, como esta hermanita nuestra, muchos han dado su vida por otros de manera callada y desconocida, pero su entrega nos eleva a todos ya que somos una sola humanidad y lo que haga uno lo hace en nombre de todos y para todos.

PARA CONOCER MEJOR³

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Lima: CVR, 2003.

Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 3. La Iglesia católica y las Iglesias evangélicas. 3.1. La Iglesia Católica. 3.1.1. Los actores de la violencia frente a la Iglesia. 3.1.1.1. La perspectiva del PCP-SL.⁴

El asesinato del Padre Acuña

Lo conocí casi de casualidad; el padre Víctor Acuña era un hombre de unos 50 años o quizá menos, de contextura física y de altura medianas, un sacerdote vestido de clergyman, pero con una especie de casaca larga de color beige que protegía toda su figura del polvo. En 1986, lo conocí personalmente cuando despedíamos a un grupo de religiosos varones y mujeres que iban a colaborar con la diócesis de Ayacucho, ya que muchas de las casi cuarenta parroquias —más de la mitad de ellas— no tenían párroco y, por tanto, todos vivían bastante limitados en su atención pastoral. Estos grupos de «misioneros» fueron una ayuda real a esta diócesis con un clero poco preparado y escaso, pero sobre todo ayudaron a que toda la Iglesia peruana nos sensibilizáramos con estos hermanos que estaban soportando una guerra fratricida que pocos entendíamos.

El padre Víctor era uno de los sacerdotes diocesanos (seculares) que se encargaba, como buen ayacuchano, de preparar a estos hermanos que voluntariamente se ofrecían a ir a servir temporalmente a los campesinos y a las campesinas de Ayacucho. El destino y otras cosas más hicieron que yo, después de no mucho tiempo, también fuera destinado a este pueblo crucificado que hacía honor a su nombre: «rincón de muertos o rincón de cadáveres».

Por otros destinos e hilos ocultos de la historia, conocí a una jovencita que estuvo en la misa en la que el padre Acuña fue asesinado por Sendero Luminoso. La historia que cuento se basa en la realidad y también en el conocimiento que adquirí esos años al compartir la vida con los huamanguinos. Pude, finalmente, ubicar el volante con el que el padre Acuña fue amenazado por Sendero y en el que decía, además, las «razones

³ A lo largo de la obra, para referir los acápite del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación se utiliza la numeración que aparece en la versión impresa de este. Esta numeración no coincide con la que aparece en la versión virtual del Informe Final; no obstante, el contenido es el mismo.

⁴ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20 Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.3.LA%20IGLESIA%20CATOLICA%20Y%20LA%20 IGLESIA%20EVANGELICA.pdf>>.

por las que su muerte había sido mandada ejecutar». Como el padre era capellán de la Policía y también párroco de la Magdalena, iba a celebrar misa en el mercado que lleva ese nombre.

Estábamos cerca al mes de las fiestas de San Martín de Porras y, por tanto, tenía que oficiarse una misa en el mercado en el que estaba la imagen de este santo. Así, llegó temprano, se puso los ornamentos de celebrante y empezó la misa. Cuando estaba para terminar y para dar la bendición final, un senderista le disparó a quemarropa y salió corriendo del mercado tapándose la cara para no ser reconocido. La chica que me contó lo sucedido estaba en la misa y vio todo lo que pasó. La gente corrió a socorrer al sacerdote caído; estaba herido de muerte. A los pocos minutos de ser atendido, moría ensangrentado con su ropa de sacerdote celebrante, a los pies del patrón de la justicia social, San Martín de Porras.

La noticia corrió de inmediato como mancha de gasolina encendida, y el temor se apoderó una vez más de nuestra ciudad. «El padre Acuña ha sido asesinado por Sendero», se decía. ¿Cuál sería la causa por la que se metían con los miembros de la Iglesia cuando muchas veces habían declarado públicamente que la Iglesia no era el enemigo principal? A los pocos días cayó en mis manos un volante en el que decía que las causas eran haber sido capellán de la Policía Nacional —a cuyos miembros los senderistas consideraban «los perros del gobierno fascista y represor»— y haber dado mal uso a la leche que repartía Caritas entre los comedores populares. Según decían, el padre se quedaba con parte de esa leche, y esta a su vez terminaba en la heladería de su «esposa». Esa fue su sentencia de muerte y la causa de su asesinato.

Esta muerte de un sacerdote católico se suma a la muerte de muchos agentes pastorales de Ayacucho, como catequistas rurales, sacristanes y campaneros, muertos solo por el hecho de tocar las campanas para avisar que llegaban al pueblo. Otros fueron asesinados por desobedecer las consignas de «los compañeros» que les decían que no enseñaran que «Dios manda no matar». Este fue el caso de un catequista vinculado a los padres franciscanos del colegio San Antonio de Padua y que dejó ocho o más hijos a pesar de haber sido amenazado. Este hombre fue asesinado junto con su esposa por seguir «obedeciendo a Dios antes que a los hombres», como se cuenta en los Hechos de los Apóstoles. Muchas muertes no fueron como esta del catequista rural, sino por ser considerado injusto y corrupto. Creo que nadie tiene derecho a quitarle la vida a nadie. En medio de esta lucha «justiciera» de Sendero murieron muchos como el padre Acuña.

Me pregunto ¿por qué no se metieron con nosotros, por ejemplo? Siempre tuvimos la impresión de que Sendero nos respetaba porque cuidábamos a sus huérfanos y porque no tomábamos nada de lo que ellos consideraban que era del pueblo. Esto me recuerda otro volante en el que amenazaban a monseñor Federico Richter por «tener un hermano militar y por haber dejado que se llevaran la custodia de la catedral de Ayacucho». Así de desconcertante y brutal era «la moral senderista».

PARA CONOCER MEJOR

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Lima: CVR, 2003.

Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 3. La Iglesia católica y las iglesias evangélicas. 3.1. La Iglesia Católica. 3.1.1. Los actores de la violencia frente a la Iglesia. 3.1.1.1. La perspectiva del PCP-SL.⁵

Una carta a la madre superiora

Era el pueblo de Cangallo, un pueblo recostado a la orilla del río donde hay muchos árboles de eucalipto y alisos siempre verdes a pesar de los cambios de clima y hasta la carencia casi total de lluvias desde abril hasta agosto. Es un pueblo que llegó a ser distrito. Allí precisamente está la comunidad campesina de Chuschi donde Sendero inició su lucha armada en 1980, un 17 de mayo, conocida como el ILA -80 (Inicio de la Lucha Armada 1980). Cangallo es famoso en Ayacucho por sus aguerridos guerreros montados a caballo que han luchado en muchas batallas y donde la gente en su mayoría son blancos y de ojos claros. Sus mujeres también tienen fama de ser valientes y buenas jinetes de caballos sin montura.

En esta comunidad se ubicaron unas hermanas mercedarias religiosas que, para ayudar al párroco, instalaron a un grupito de ellas en una casa modesta del pueblo. Solo eran tres o cuatro hermanas. Cerca de la casa que tomaron como convento estaba la base de los militares que se hicieron cargo del control de los caminos, sobre todo de la carretera que llevaba a varios pueblos del valle. Su trabajo consistía en tener limpio el templo con ayuda de los sacristanes y campaneros designados por el pueblo, organizar la catequesis de los niños, velar por que las parejas se casaran religiosamente y preparar a los enfermos para que recibieran los sacramentos de la comunión y la santa unción. Sirviendo a sus semejantes de manera real y efectiva era como comunicaban la fe en Jesús.

Los rumores de columnas senderistas que pasaban de noche eran constantes, y el miedo iba invadiendo todos los espacios del pueblo. Cuando tenían orden de salir, los militares daban vueltas por el pueblo y también salían a las comunidades cercanas a detener gente que era sospechosa de pertenecer o colaborar con los «terrucos». Las mujeres eran las que más sufrían el miedo ya que eran las que se quedaban en casa

⁵ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/finnal/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.3.LA%20IGLESIA%20CATOLICA%20Y%20LA%20IGLESIA%20EVANGELICA.pdf>>.

o tenían que salir a buscar a los detenidos. Los estudiantes de los colegios tenían que cuidarse mucho porque algunos profesores eran conocidos por apoyar a Sendero. Unos lo hacían abiertamente; y otros, con disimulo. La radio era el único medio para saber lo que pasaba más allá de los límites de este microcosmos de familias y relaciones estrechas. El pueblo tendría, aproximadamente, unas trescientas familias.

Un día de diciembre, cerca a las navidades de ese año, se supo que había sido emboscada una patrulla del Ejército que precisamente había salido de Cangallo. Los principales sospechosos eran unos cuantos jóvenes que habían salido justo cuando el carro lleno de soldados partió hacia una comunidad. En ese atentado —anunciaban las emisoras que se podían oír— habían muerto seis soldados, habían sido ultimados con picos y barretas una vez que cayeron en la trampa que les tendieron. La bomba fue preparada, según decían, por gente de Cangallo. «Ellos son los responsables directos de este atentado», comentaron los jefes que reunieron a todos los que pudieron en la plaza del pueblo. Esa misma noche empezó la cacería de los culpables; casa por casa fueron inspeccionando en busca de tres jóvenes que eran los sindicados. Las madres y los abuelos salían de las casas para que entraran los militares que como locos buscaban a esos tres culpables.

Como era de noche, en esta operación solo se oían los ladridos de los infaltables perros, el grito desesperado de mujeres que se oponían a que se llevaran a sus esposos o hijos menores. Fue una noche infernal. Desde su convento, las hermanas solo rezaban y lloraban imaginando lo peor. Alguna de ellas le dijo a la superiora: «Madre, ¿no sería bueno que saliéramos a defender a las mujeres del club de madres? Con nuestra presencia podríamos detener un poco siquiera lo que estamos oyendo que pasa». La superiora dijo que mejor no, que era sumamente peligroso salir en medio de ese laberinto de disparos y gritos. Pasaron, aproximadamente, unas cuatro horas. Esta operación había empezado como a las once de la noche. No había luz, y el silencio fue calmado la refriega.

Esa noche, las hermanas no pudieron dormir nada. Las tres, arrodilladas o sentadas en el suelo, habían permanecido orando y suplicando a su Dios en la habitación que hacía de capilla doméstica. Cuando amaneció, y con las sombras de la noche todavía danzando por las calles, empezaron a salir. Solo se veían puertas rotas, baldes tirados en las calles; de una de las casas salía humo como si hubiera habido un incendio. Visitaron a las familias más conocidas y comprometidas con la tarea pastoral, estaban asustadas y aterradas por todo lo sucedido esa terrible noche. Mientras hablaban se oyó un grito espantoso. «Miren —decía un niño— la casa de Flavio, está corriendo la sangre por el balcón». Las tres hermanas dejaron a la familia a la que iban ido a visitar y se dirigieron adonde señalaba el niño. Efectivamente, corría sangre por el balcón. Se acercaron y lograron ver que la puerta estaba semiabierta, entraron, y todas las paredes estaban bañadas en sangre, la cual venía del altillo de madera que tienen muchas casas campesinas. Era sangre de varios cuerpos salvajemente mutilados; algunas cabezas estaban separadas de sus cuerpos; había manos y pies tirados por

varios sitios. En una esquina se podía ver que una de las víctimas había intentado huir herida, pero había sido rematada con algún objeto contundente. Una de las ventanas estaba abierta; probablemente alguno de los buscados habría logrado salir con vida.

Las moscas de la muerte ya estaban revoloteando en medio de esta dantesca escena. Inmediatamente las hermanas dijeron: «Esto lo han hecho los soldados en venganza por el atentado de hace pocos días. Tenemos que avisar a nuestro obispo y a la madre provincial. Esto no puede suceder; esto no está bien. Así no se resuelve nada. Todo se empeora». No acababan de creer lo que veían. Efectivamente, habían sido los soldados quienes realizaron esta acción; no había duda.

Todo el pueblo quedó traumatizado; y, desde ese día, el terror se apoderó aún más de la población. «Mejor nos vamos de aquí, que se vayan primero nuestros hijos jóvenes, tanto varones como mujeres», era el comentario permanente y que a los pocos días empezó a concretarse. Esta actitud y esta práctica no les gustaron a los militares; era una forma de protestar. Así que empezaron a censar a los habitantes y a prohibirles que salieran del pueblo. Todo joven que se iba era mirado como un traidor. Esta misma práctica era común de parte de los senderistas en las zonas que ellos consideraban liberadas o de importancia estratégica para su guerra. Hacían control salvaje y cruel de los comuneros de tal manera que muchos morían de hambre, por enfermedad o ejecutados porque se les consideraban traidores.

Esa misma noche, una de las religiosas empezó a narrar lo sucedido en una carta a su superiora y en otra al señor obispo. Yo pude leer la que se dirigía a su compañera de congregación: «Estas personas, que me perdone el Señor, han sufrido más que el Señor Jesús en la pasión y en la cruz —decía en una de sus líneas—. Esto no puede seguir pasando mientras nosotras como Iglesia estemos defendiendo la vida y anunciando el evangelio en medio de este pueblo [...] no puede volver a suceder [...] se tiene que sancionar a los responsables [...] Es urgente que el señor obispo lo sepa; él puede hablar con los superiores de estos soldados encargados de luchar contra la subversión».

Ya no recuerdo si la misiva llegó a manos del obispo, que en ese tiempo era Federico Richter Prada. La otra carta sí llegó a la superiora, y a la hermana la asignaron a otro lugar para que descansara un poco. En esos años no se creía que los militares pudieran cometer estas acciones y pensaban que eran solo excesos fruto del estrés de la guerra. El tiempo nos ha dado la razón a muchos que decíamos que era una estrategia planificada y asesorada por militares argentinos e israelíes. Este comentario lo recibí de algunas personas cercanas a los cuarteles y autoridades militares.

Era la lógica del más fuerte; el campesino tenía que convencerse de que el Estado tenía el deber y el derecho de defenderse de los «terrucos» que le habían declarado la guerra al Estado y a la nación peruana.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Lima: CVR, 2003. Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 3. La Iglesia católica y las Iglesias evangélicas. 3.1. La Iglesia Católica. 3.1.2. La respuesta de la Iglesia ante la violencia. 3.1.3. La respuesta de la Iglesia en diversas regiones del país. 3.1.1.3. Región Ayacucho, Huancavelica y Apurímac.⁶

■ **«La madre que hace misa» aun donde Sendero domina**

Era una mujer pequeña y de pelo bien negro, serrana y andina como nuestras paisanas típicas descendientes de los pueblos originarios de nuestro querido Perú. Se vestía con un hábito de carmelita, marrón chocolate oscuro, con un rosario de cuentas negras en la cintura y usaba, además, unos botines que le daban un poquito más de altura. Era conocida como «la madre que dice misa». Varias veces tuve la suerte de conversar con ella y de oír sus consejos para sobrevivir en medio de la guerra, porque así era como realmente vivíamos los años ochenta y noventa en Ayacucho. Vino a verme a mi casa y conversamos, como digo, de muchas cosas. La última vez que nos vimos la vi ya cansada de andar visitando pueblos en una mulita que le prestaban o en un caballo pechudo y lanudo de esos que no nos faltan en la sierra. La naturaleza es muy sabia, desarrolla lo que se necesita para vivir en cada espacio donde nos ha tocado vivir, por eso en los Andes hasta los cerdos tienen lana.

Esta buena y valiente laica había sido educada en una escuela pública, pero desde niña hizo amistad con las hermanas carmelitas de Huamanga. Quiso entrar al convento, pero como su familia era pobre no pudo pagar la dote para entrar, solo pudo ser de la tercera orden, es decir, laica comprometida y con derecho a usar un hábito parecido al que usan las hermanas; la única diferencia era que no usaba velo en la cabeza y que podía usar los zapatos que deseara. No se casó ya que su carácter era muy fuerte y no habría hombre que soportara vivir con ella; habría sido como casarse con un soldado ranger, pero de los más bravos. En un comienzo se dedicó a ayudar a las hermanas que no podían salir del convento. Les hacía los recados y les traía noticias de fuera.

⁶ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.3.LA%20IGLESIA%20CATOLICA%20Y%20LA%20IGLESIA%20EVANGELICA.pdf>>.

Era curioso, por decir lo menos, que las hermanas de los conventos de clausura nunca tuvieran problemas con Sendero. Las noticias les llegaban no sé cómo, pero les llegaban con bastante claridad. Ellas sabían que la Iglesia y sus instituciones no eran el enemigo principal y que se les consideraba parte del pueblo, sobre todo a las hermanas que no vivían de sacarle nada al pueblo pobre, como muchos curas y religiosos, y que ahora era tiempo de luchar contra el enemigo principal que era el Estado oligárquico y opresor y sus instituciones defensoras, las fuerzas policiales y las fuerzas armadas llamadas por los senderistas como «los perros de Alan y la burguesía». La Iglesia, decían, «sería el postre en esta guerra del campo a la ciudad». Los evangélicos y los mormones que vienen de los Estados Unidos de América, «esos sí que debían ser eliminados; esos sirven claramente al capitalismo».

En mis reflexiones decía yo que esta manera de ver la religión era muy china en el sentido de que dicha sociedad ha tratado de tener una Iglesia católica sometida a sus intereses nacionales hasta el día de hoy. Consideran que la fe popular es parte de la identidad cultural y, en cierta medida, que es útil para sus intereses.

En este ambiente es como «la madre que hace misa» empezó no solo a colaborar con las hermanas del convento, sino a visitar las comunidades y los pueblos de alrededor de Huamanga donde los sacerdotes ya no podían entrar. Leía la palabra de Dios y explicaba a la gente el camino de Dios, insistía sobre todo en que el cristianismo era amor al prójimo y que la mejor manera de ayudar a la paz era siendo justo y no haciendo mal a nadie. Así, con la misma «autorización» de los mandos senderistas, esta hermanita iba a las comunidades donde la solicitaban, preparaba a los matrimonios, oraba por los enfermos y moribundos, visitaba y ponía sus manos pequeñas pero trabajadoras sobre la cabeza de todos los que se lo pedían. Algunas veces dicen que hasta confesó a algunos agonizantes antes de que entregaran su alma a Dios. Las fiestas patronales eran una de las cosas que más atendía nuestra aguerrida hermana; para ella nada era imposible. Una vez que servía a la comunidad, la atendían con comida y una cama de cueros de alpaca o unas mantas tejidas para que no pasara frío.

Algunos detractores de su tarea la criticaban porque —según dicen— no aceptaba cualquier comida y no le gustaba comer en platos sucios o desportillados. Montada en cualquier acémila, iba a los pueblos llevando el consuelo y la luz que da la Palabra, comentaba los textos bíblicos y, donde había hostias consagradas por los sacerdotes, las distribuía como una verdadera sacerdotisa. Orar por los muertos fue una de las tareas más comunes que realizaba nuestra servidora; los muertos en algunas poblaciones eran más que los sobrevivientes, sobre todo en las comunidades alrededor de Huanta, Cangallo, San Francisco y otros pueblos. Decían que de cada diez personas habían muerto o desaparecido seis. La muerte venía de cualquier parte; algunas veces eran los «terrucos» quienes mataban; y otras, los militares. Los narcos también eran peligrosos porque para ellos el dinero era lo más importante, podían matar por proteger su mercadería o su plata. También había gente que se aprovechaba de la situación para abusar de los demás, vengarse de ofensas pasadas, robar tierras de los más débiles o de los que se habían ido huyendo a otros lugares.

No cobraba por la labor que realizaba, pero recibía lo que le daban las familias. Por eso, muchas veces llegaba a su casa con tres o cuatro acémilas cargadas de granos, papas, canastitas de huevos frescos, botellas de aguardiente y hasta un cordero hecho charqui (carne seca con sal). Ella era solidaria, así que todo lo que recibía servía para que ella comiera y para que también lo hicieran familias pobres que vivían cerca a su sencilla casa. Por eso no tenía miedo a «los compañeros» ni a los militares, sabía que nunca daba motivos para que le hicieran algo; por el contrario, se sentía «más segura» entre los primeros que entre los soldados venidos de fuera. Se consideraba parte del pueblo sufrido y resistente que esperaba que toda esa guerra algún día terminara. Cuando llegó el nuevo obispo auxiliar, temió lo peor, que no la dejarían servir de esa manera; pero ello no sucedió, siguió hasta cuando sus fuerzas le dieron ánimo para salir. Dicen que murió como una verdadera santa; la velaron durante varios días en su casa. Estuvo un día en el convento donde no entró nunca, pero al que pertenecía en alma y cuerpo. Así paso a la historia popular como «la madre que hace misa».

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 3. La Iglesia católica y las Iglesias evangélicas. 3.1. La Iglesia Católica. 3.1.2. La respuesta de la Iglesia ante la violencia. 3.1.3. La respuesta de la Iglesia en diversas regiones del país. 3.1.1.3. Región Ayacucho, Huancavelica y Apurímac.⁷

⁷ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.3.LA%20IGLESIA%20CATOLICA%20Y%20LA%20IGLESIA%20EVANGELICA.pdf>>.

La madre Agustina Rivas, muerta por defender la vida de unos colonos

Sendero Luminoso había empezado su trabajo en la Universidad de Huamanga. Varios años de trabajo dentro y fuera de ella hicieron posible que vieran el 17 de mayo de 1980 que empezaba la llamada «guerra popular del campo a la ciudad». Sendero tenían dos principios que me parece que explican muchas de sus acciones: «Fuera del poder todo es ilusión» y «El poder nace del fusil». Estos dos principios enunciados por los miembros de esta agrupación son los que, además de la lectura que hacen de la historia y de la situación peruana bastante clara pero simple, nos pueden ayudar a comprender lo que hicieron en nuestra pequeña, pero ejemplar historia.

Los primeros años de lucha se iniciaron en el departamento de Ayacucho. Muy rápidamente siguieron con Apurímac, Huancavelica, Puno, Huánuco, Junín, Lima y otros sitios donde habían trabajado previamente y donde debían «desarrollar bases» para la insurgencia popular, además de los comités especializados de apoyo que funcionaron bastante rápido pero, a la vez, en la medida del avance de las llamadas «etapas de la guerra». El Estado peruano igualmente ante su avance iba dando respuesta primero con la Policía Nacional, después con el Ejército y la Marina y, desde 1988 a 1989, con las valientes rondas campesinas, convertidas después en comités de autodefensa.

En 1992 se desplegaron más de doscientas bases en el departamento de Ayacucho. En medio de esta guerra, los campesinos empezaron a salir de sus comunidades y pueblos, se llevaban lo que podían, a veces salían solo con la ropa en el cuerpo y nada más. Se calcula que un millón de personas tuvieron que movilizarse para protegerse del conflicto, es decir, se dio una verdadera migración forzada interna. No teníamos fronteras muy cercanas como para que nos sucediera lo que pasó, por ejemplo, con los indígenas guatemaltecos o salvadoreños. Los ayacuchanos se iban a los departamentos más cercanos, que eran Junín con su acogedora capital Huancayo, o Abancay como camino al Cusco; el departamento de Ica era otro lugar de refugio.

Muchas de estas familias llegaban a Huancayo, como decía, sin casi nada, sin documentos. Yo estaba precisamente viviendo esos años en Jarpa, un distrito pequeño de la provincia de Chupaca, donde también Sendero quemó y destruyó totalmente las oficinas del proyecto llevado por la comunidad jesuita durante catorce años aproximadamente. Un proyecto sumamente interesante llamado PROCAD y mediante el cual se llegaron a dar los primeros pasos de lo que llamábamos la «Reforma Agraria Interna».

El tiempo de estadía en Huancayo dependía mucho de qué familias o conocidos tuvieran. Se empleaban como peones en las chacras de los dueños de las parcelas, vivían en casas medio abandonadas como cuidantes y tenían mucho miedo de que

los senderistas los ubicaran, así como de que también lo hiciera la policía que los seguía. La iglesia local se dio cuenta de esta situación, ya que a muchos de los clubes de madres y comedores llegaban estas personas en busca de ayuda. Una de las congregaciones más sensibles frente a esta situación fueron las hermanas del Buen Pastor. Tenían un colegio en Huancayo y trabajaban con mujeres, ya que su carisma está precisamente en la búsqueda de las mujeres que se encuentran metidas en las redes de prostitución y otras situaciones de miseria y pobreza.

Realizaban otra obra en una casa en la zona selvática de Junín, donde había dos tipos de población claramente diferenciados, los nativos ashánincas (campas) y los colonos de origen andino. Esta población, más mestiza que nativa, tiene como nombre La Florida. Es un valle amplio y lleno de verdor del río Yurinaqui, afluente del río Ene. Allí estaban ya como diez años estas hermanas con una comunidad de pocas pero valientes. Salían de su casa que estaba unida a la iglesia a visitar a las poblaciones de nativos donde, sobre todo, se preocupaban por la salud y la alimentación. El Evangelio es buena noticia que trae vida y esperanza, en primer lugar, a los pobres y, en segundo lugar, a toda la comunidad. En la casa o convento vivían tres hermanas, dos mayores y una joven.

Es bueno que recordemos lo que decíamos acerca de la lógica de la guerra iniciada por los senderistas. Estos, aunque habían empezado en la sierra, rápidamente bajaron también hacia la selva. En ella encontrarían nativos y colonos, pero también encontraron a los campesinos que producían coca, algunos de los cuales estaban involucrados con el narcotráfico. Asimismo, encontraron la lucha por la tierra entre los nativos y los colonos, una contradicción en la que tendrían que tomar posición. Pero si había algo que les interesaba de manera particular, ese era el colegio secundario que funcionaba en esa zona. Tenían planificado formar allí sus escuelas populares y después sus columnas militares.

El pueblo de La Florida estaba tranquilo aunque ya se oían rumores de que los senderistas habían matado a un ladrón de la comunidad y que lo habían hecho cruelmente; lo habían matado boca abajo y con una piedra en la cabeza, como se mata a una serpiente, y lo habían dejado en la entrada del pueblo con el cráneo triturado. Esa era la llamada «justicia popular», limpiar las comunidades campesinas de los abigeos, prostitutas, rateros, y hasta habían rapado o cortado una oreja a docentes corruptos de algunas escuelas. Estos castigos eran comunes para ellos en las escuelas en las que ellos mandaban, lo hacían delante de los alumnos. Ellos creían que de esa manera el pueblo iba a apoyar su lucha viendo que hacían «cosas que el Estado no hacía».

Un tarde de septiembre de un año que no recuerdo bien, llegó una columna armada comandada por una mando mujer, una chica de apenas unos 16 años de edad; la orden era que el pueblo se juntara en la amplia pampa verde donde estaba lo que sería la futura plaza de este hermoso lugar. Los «compañeros» y «compañeras» armados

fueron casa por casa e hicieron salir a todos los habitantes. Llegaron a la casa de las hermanas. Según dicen, buscaban a una de ellas que era la directora del colegio, y la buscaban para matarla. Ese día ella no estaba, solo se habían quedado la hermana Agustina —más cariñosamente llamada Aguchita— y una hermana joven. Cuando llegaron a la casa de Aguchita, ella estaba preparando dulces caseros y les estaba enseñando a unas cuantas mujeres del poblado todo el proceso. La senderista le dijo que dejara inmediatamente lo que estaba haciendo y que saliera junto con todas a la plaza; esa era la orden. Ella le pidió que, por favor, la dejara terminar un momento lo que estaba haciendo, pero a la senderista no le gustó nada la petición. A empellones sacaron a Aguchita junto al grupo de campesinas y se las llevaron rumbo a la plaza. La hermana joven logró esconderse y pudo ver lo que estaba pasando. Ya en la amplia y verde plaza, y en presencia de casi todo la población, llamaron a los miembros de la familia Pérez, unos colonos venidos de Celendín (Cajamarca) hacía por lo menos veinte años y que eran dueños de un horno de pan y de tiendas donde se vendían muchos de los alimentos que producían ellos mismos y que los vecinos necesitaban para completar su alimentación. Ellos eran los sentenciados por el delito de ser colonos y de «explorar al pueblo utilizando sus tiendas y sus medios», según dijeron antes de matarlos. Los pusieron de rodillas en columna para cumplir su amenaza. La madre Agustina intercedió por ellos y dijo que esa familia era pobre como todos los vecinos, solo que eran trabajadores y que servían a las familias trayendo medicinas para las personas y los animales. Pidió que tuvieran compasión y que lo hicieran por Dios. La mando, al oír la súplica, se molestó mucho, y levantando el arma que tenía dijo: «Este es tu dios, pueblo de La Florida, no el que acaba de nombrar esta monja burguesa». La hizo arrodillarse al lado de los seis miembros de la familia Pérez que temblando se miraban aterrados ante su terrible final. Uno a uno los mataron con tiros en la cabeza, hasta que llegaron a la hermana, quien con sus manos juntas entregaba finalmente su vida en favor de los pequeños de este país tan dividido y tan poco fraterno.

La gente no podía creer lo que estaban viendo. Delante de todos eran asesinados sin compasión ni defensa casi todos los miembros de una familia fundadora del pueblo, casi todos eran jóvenes, varones y mujeres. Ese mismo día también fueron asesinados otros dos miembros de la misma familia en el camino carretero que viene de Yurinaqui hasta el poblado.

Según cuentan, los gritos de dolor se oyeron en todo el camino. Solo Dios sabe cuánto sufrimiento les provocaron a estos dos esposos estos viles asesinos que de luchadores sociales solo tenían la consigna de matar a los que ellos consideraban enemigos de clase. Algo más pasó ese triste día, según comentaban, y es que venían a matar a la hermana directora del colegio por oponerse a que los jóvenes de los años superiores entraran en la lucha armada; no venían por Aguchita.

Una vez realizada, según ellos, «la justicia popular», dejaron la orden de que no tocaran los cuerpos muertos de los siete asesinados, y que los dejaran como escarmiento «para que la gente aprenda quién es el Partido y qué les puede suceder a los que se

opongan a su planes». La hermana joven que se escondió recuerda que vio desde lejos toda la macabra escena. Ella recuerda que esa noche llovió muy fuerte, de tal manera que nadie salía de sus casas. Sin embargo, ella, sacando fuerzas de su fe y de su amor, fue al sagrario donde se reservaban las hostias consagradas y sacó unas cuantas, las puso en un corporal y arrastrándose y rampando desde su casa llegó hasta donde habían quedado los cuerpos de la familia y el de su compañera de comunidad. En su fe y en su amor, se decía: «Por lo menos les pondré un pedacito del cuerpo de Cristo en la boca». Así lo hizo y regresó a su escondite.

Pasaron tres días y los cuerpos seguían allí tirados y ya comenzaban a descomponerse por el calor. Las hormigas y las moscas ya habían comenzado su trabajo. Se corrió la voz de que los senderistas ya habían salido del poblado. Fue en ese momento cuando los pobladores fueron y llevaron uno a uno los cadáveres al cementerio que está al frente de la comunidad pasando el riachuelo que corre por un costado del valle. Allí fueron enterrados todos los ejecutados, después de ser mínimamente lavados en el río del pueblo y cambiados con tanto dolor y espanto. Al cuarto día llegó una delegación de la congregación desde Lima para llevarse el cuerpo de la hermana Agustina, una humilde y alegre hija de Ayacucho que había entregado su vida como verdadera hermana del Buen Pastor y que murió en medio de un pueblo nativo que sobrevive con otros pobres que buscan tierras para mejorar su vida en medio de narcotraficantes e instituciones del Estado tan ajenas a sus problemas y esperanzas.

La hermana Agustina descansa en paz y sonríe para siempre. Dio ejemplo de sencillez y de amor hasta la muerte. Cerca de ella, también hubo otra hermana venida de otra nación y que dio casi de la misma manera su vida en un pueblo llamado Andahuasi. A los pocos años de este verdadero martirio, supimos por boca de la gente que la senderista que asesinó a sangre fría a la familia Pérez y a nuestra hermana Agustina Rivas también había sido abatida en algún lugar de la selva peruana. Se cumplía una vez más la palabra del Señor «el que a hierro mata, a hierro muere».

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Lima: CVR, 2003.
Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 3. La Iglesia católica y las Iglesias evangélicas. 3.1. La Iglesia Católica. 3.1.1. Los actores de la violencia frente a la Iglesia. 3.1.1.1. La perspectiva del PCP-SL.⁸

⁸ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.3.LA%20IGLESIA%20CATOLICA%20Y%20LA%20IGLESIA%20EVANGELICA.pdf>>.

Celebrar la Semana Santa en Ayacucho siempre ha tenido algo especial, pero celebrarla rodeada de muertos, desaparecidos, torturados, atentados y miedo es muchísimo más especial. Muchos escritores famosos de la literatura universal han tenido referencias sobre los textos que narran la pasión de Jesús, y lo que les llama precisamente la atención es la crueldad de los judíos y las autoridades romanas con un inocente que claramente es asesinado por intereses religiosos, políticos y económicos. Pensemos en Dostoyevski, en las referencias múltiples a esta parte fundamental de la vida de Jesús, así como el lugar que ocuparon en dicho drama los discípulos.

Pero estos pasajes sobre la pasión de Jesús también se han relacionado con su propia experiencia de preso, injustamente condenado por el congresista Yehude Simon, quien tiene un texto poco conocido en el mundo de los literatos, pero profundamente humano y a la vez agudo en su denuncia sobre las estaciones o vía crucis que pasan los presos en las cárceles del Perú. Su texto precisamente se llama *El grito de la agonía*. El cine también ha privilegiado los últimos días de la vida terrena del predicador de Israel tratando de transmitir el contenido denso del mensaje.

La Semana Santa en Ayacucho es una de las celebraciones más completas dentro del país. Tiene el misterio pascual completo, es decir, la pasión, muerte y resurrección de Jesús de manera singular. Es completa también porque tiene un ritmo y unas costumbres muy ricas en contenidos y en participación de las familias, barrios y tipos de participación. Están presentes los artesanos, los músicos, los sastres, las cofradías y las hermandades, los niños y los adultos, las mujeres y los varones, etcétera, aportando con su presencia y sus habilidades de manera muy interesante y coordinada. Celebrar los pasos de esta gran fiesta ayacuchana en los años 1983-1984 y 1988-1989 tuvo algo de especial. Los ayacuchanos recuerdan esos años por haber sido la guerra interna especialmente aguda y destructora de la vida humana en su ciudad y en sus distritos.

Toda la Semana Santa cobraba un significado especial y muy relacionado con lo que vivíamos cada día; en el fondo era celebrar nuestra propia pasión, nuestra propia muerte, nuestro propio dolor. Había inocentes muertos y traicionados como Jesús; Marías que lloraban inconsolables a sus hijos asesinados y/o desaparecidos; había soldados y autoridades que hacían cumplir la ley; amigos fieles y traidores; heridos y gente que nos ayudaba a soportar el dolor que causa estar tirado en la cama de un hospital sin una mano o sin una pierna. Había sentimientos de tristeza como de esperanza, señales de muerte como señales de vida, angustia y esperanza.

Cada día de la Semana Santa, desde el Domingo de Ramos hasta la Vigilia Pascual y el pregón de Resurrección, nos sonaban más radicalmente profundos que en una vida normal y tranquila. Las imágenes que iban saliendo cada día en procesión en el fondo eran nuestra propia vida, la vida de un joven o la de una madre en las que nos veíamos retratados. Cada gesto y movimiento de ellas en los recorridos que hacen también nos hacían comprender en qué lugar estábamos en esta pasión de cada día y cada

semana. Era un tiempo de reflexión y de toma de posiciones, aunque había mucha gente que no se daba cuenta de ello o no quería verlo.

Uno de los aspectos más dramáticos que siempre me ha llamado la atención es el silencio de Dios Padre frente a los acontecimientos y personas que intervienen en la pasión. Algo que llama poderosamente a la reflexión es el tipo de salvación que escogió Jesús; todo el poder que Él tenía desaparece para dar paso a la humanidad de un hombre pobre y desarmado. Los especialistas dicen que los poderes religiosos, económicos y políticos fueron los que se unieron para asesinar a Jesús; no fue casual su muerte, fue y es resultado de la confabulación de todos ellos ya que a ninguno le interesó ni importó. Simplemente, su vida no valió nada, y eso teológicamente es el pecado y su fuerza.

Eso era precisamente lo que sentíamos de la forma en la que éramos tratados muchos ayacuchanos: nuestra vida no valía nada, podía ser usada, triturada o desconocida frente a intereses «mayores», como la toma del poder o su defensa, como razones de la historia y razones de seguridad, el bien de la Iglesia y el bien de la nación. Todo perdía sentido frente a la prepotencia de los que se creen con poder para decidir quién debe o no vivir, quién tiene derecho a la vida y quién no.

Frente a este drama de cada día encontrábamos palabras de vida, como «El que cree en Mí aunque haya muerto vivirá» o «El amor es más fuerte que la muerte». Otro mensaje bíblico nos venía de Isaías: «El que ha hecho el ojo ¿no va a ver? Y el que ha hecho el oído, ¿no va a oír?». «Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos, y ustedes son mis amigos». Pero cada palabra de estas solo tiene sentido cuando la haces realidad. No basta entenderlas; hace falta pasarlas a la realidad viviéndolas en concreto y en relación con los que te rodean. Por eso no era nada fácil vivirlas cada día y en cada circunstancia en la que transcurría nuestra vida modesta y sencilla como la que teníamos.

En estas circunstancias todo mesianismo fantástico se volatiliza, solo lo concreto tenía valor, lo pequeño bien hecho nada más. Casi siempre al ser humano le gusta la fama y las grandes posiciones, en el fondo el poder y su despliegue; a nadie le gusta servir en silencio, sin luz, sin resultados que sean vistos y alabados. Por eso mirar a Jesús que va solo y desarmado a la pasión es tan desconcertante y costoso. Morir como el grano de trigo que tarda en morir y después en salir victorioso a la luz es difícil de entender y sobre todo de vivir.

La vida de la madre de Jesús en este contexto adquiere más relevancia para personas como nosotros que también como ella mirábamos cómo morían nuestros hermanos en manos de otros seres humanos. Su lugar era el más importante, estar junto a la cruz de su Hijo querido. Nosotros también estábamos así, sin más poder que nuestra presencia, sin más armas que nuestro amor comprometido. No teníamos más que eso, pero eso era lo más valioso. Pero no estábamos solos. Muchas personas fuimos descubriendo eso precisamente, y solo así —creo yo— se fue venciendo a los aliados de la muerte.

Para terminar, creo que es bueno pensar y sacar lecciones de esta manera de vivir la Semana Santa. ¿Cuál fue la causa de la muerte de Jesús? ¿Y cuál la de nuestro pueblo? Pienso que es la misma: la injusticia, el desamor, la falta de fe. Si Sendero se levantó como movimiento político deseoso de poder, fue por descubrir que la injusticia contra los campesinos y sus familias no se debía soportar un día más, que la guerra se justificaba por eso. Que los que ejercían ese poder injusto merecían morir y que no había otro camino más que la toma de las armas. Por otro lado, el Estado decía que tenía el derecho y la obligación de defenderse de estos grupos alzados en armas y con la decisión de tomar el poder. En medio estábamos las personas, las familias y las comunidades que vimos cómo se iba desarrollando esta guerra real entre estas dos voluntades. Morían senderistas y morían soldados, morían autoridades y moría gente común y corriente, niños y madres, estudiantes y campesinos, docentes y enfermeras, y nada se resolvía para bien de todos; por el contrario, todo empeoraba.

Los senderistas justificaban sus acciones porque según ellos nos estaban preparando un nuevo Estado y una nueva sociedad en la que no habría injusticia. Por otro lado, los militares y las autoridades decían defender la democracia y el Estado de derecho; y que esta sociedad, aunque tenía cosas malas, podía ser mejorada. La pregunta es ¿cuándo y a qué costo llegaríamos a esa nueva sociedad comunista y cuándo cambiaría nuestro Perú democrático y libre que andamos buscando hace tiempo?

¿Cuál es la relación entre Reino de Dios prometido e inaugurado por el camino de Jesús y estas dos sociedades que nos prometía Sendero por un lado y los demócratas por el otro? Mientras tanto seguía la guerra cruel, la muerte continuaba segando toda esperanza y matando toda ilusión. ¿Tendría razón Jesús al escoger este camino de amor desarmado y radical? ¿Cuánta eficacia histórica tiene su manera de enfrentar la injusticia de las dos promesas? ¿Cómo se puede experimentar la resurrección en este contexto? Parece que es más fácil experimentar la muerte que la vida, pero esta última es clave para que el evangelio sea entendido y se viva realmente como buena y real noticia.

Así la actitud de servir, consolar, ayudar, entregarse, dar amor y traer alegría verdadera se vuelven signos muy prácticos de la resurrección; es la resurrección. Por eso, todo lo que se pudo hacer en esos años a favor de la vida fueron signos de resurrección: proteger a los huérfanos, consolar y ayudar a las viudas, socorrer a los heridos, visitar a los presos, alimentar a los hambrientos, organizar a los familiares de los desaparecidos, servir a los refugiados, cantar a la vida y la esperanza, etcétera, tuvieron sentido y valor.

En medio de esa Semana Santa yo estaba acompañando el caso de una esposa, madre de tres hijos y a cuyo esposo la policía y algunos colegas de la universidad —según ella, por envidia— lo habían acusado de ser narcotraficante. La policía lo detuvo y lo comenzó a extorsionar para sacarle dinero. Lo amenazaban con mandarlo a prisión, igualmente con hacer daño a sus hijos o a su esposa que no era del lugar y no tenía parientes que la ayudaran a defenderse. Para «salvarlo» de posibles venganzas de su banda de narcos, según le decían, lo llevaron a Lima. Estando preso y por intentar escaparse se tiró del sexto piso del edificio de la Policía de Investigaciones. Así murió

este desesperado padre de familia acusado falsamente de pertenecer a una banda de narcotraficantes. Esa fue «la versión» que le dieron algunos miembros de la policía a la esposa.

Ella nunca pudo ver el cadáver, tampoco saber con certeza qué pasó realmente y cuál fue la causa real de la muerte del padre de sus tres menores hijos. Los niños se quedaron sin padre y desconcertados ante un amasijo de datos confusos que dieron como resultado la muerte. Para mí era la pasión de Jesús que se repetía nuevamente. ¿Dónde estaba Dios para que sucediera eso? ¿Qué sentido se le puede dar a una muerte así? ¿Por qué no hubo defensa de parte de nadie ante esta marea de intereses y traiciones? ¿Cómo explicar a esa esposa y a esos niños lo que pasó? Una muerte más, impune y contundente como muchas otras que hemos conocido.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 3. La Iglesia católica y las Iglesias evangélicas. 3.1. La Iglesia Católica. 3.1.2. La respuesta de la Iglesia ante la violencia.⁹

Diversas posiciones de los creyentes frente a los años de violencia

Quiero narrar distintos contextos y hechos para que, desde ellos, se puedan entender mejor las posiciones de los creyentes que tuvimos el privilegio de servir a nuestros pueblos durante la guerra interna vivida entre 1980 al 2000 en las distintas partes del país, pero en especial en Ayacucho. Pienso que las posiciones eran también maneras de entender lo que estaba pasando y no solo de recibir noticias más o menos ciertas que —como decía alguna vez— eran una especie de rompecabezas que armábamos lentamente. Otro elemento es el tipo de formación y relaciones que uno tiene para saber procesar los hechos y su dirección; me refiero a la teología y a las ciencias sociales de manera especial. Finalmente, pesa también el bagaje psicológico que tengamos para saber controlar y manejar nuestras emociones y reacciones. En el fondo somos un todo complejo con el que respondemos a la realidad que se nos presenta o impone.

⁹ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.3.LA%20IGLESIA%20CATOLICA%20Y%20LA%20IGLESIA%20EVANGELICA.pdf>>.

La desaparición de personas, por ejemplo, era algo común entre 1980 y 1992. Los familiares eran los más afectados; pero, por ejemplo, la conferencia de religiosos de Ayacucho nunca se pronunció de manera firme contra ello. No me explico por qué si habían tenido cierta experiencia con lo que pasó en Chile después del golpe de Pinochet y en otros países de América del Sur. Se buscaba y se consolaba a los familiares, pero no se preguntaba más; es decir, no se protestaba contra esa práctica hecha fundamentalmente por el Estado y sus agentes. La respuesta que teníamos era que había una especie de alianza no manifiesta entre el obispado de Ayacucho y los militares responsables del gobierno de emergencia encargados de esta lucha contrasubversiva.

Se tenía la presunción de que si eras desaparecido, «algo habrías hecho, en algo estarías metido, seguramente eras un senderista o un proterrorista». Si se sabía realmente que el joven o la persona no pertenecía a Sendero, entonces sí se actuaba para salvarlo. Así vi una vez actuar al obispo de entonces, monseñor Federico Richter Prada. Mientras yo estaba esperando para conversar con él, llamó al cuartel de Los Cabitos e intercedió para que liberaran a algunos jóvenes que habían sido capturados y llevados a esa dependencia castrense. Sacó a los conocidos, pero los otros quedaron a manos de sus captores. Qué pasaría con ellos, no era algo que les preocupara. Esto fue para mí la muestra de una falta de posición evangélica, es decir, en favor de la vida de quien fuera. Las monjas de vida activa y los religiosos actuaban más o menos igual. Las más comprometidas con las familias víctimas de la violencia eran las hermanas dominicas del Rosario. Sin embargo, cuando el caso era complejo, en el sentido de comprometedor, no seguían; más bien, se alineaban a las órdenes del obispo. Lo mismo hacían los y las salesianas, las clarisas y las carmelitas y todas las congregaciones femeninas, salvo alguna religiosa que tenía el valor de enfrentarse al propio obispo como lo hizo una hermana de los Sagrados Corazones en varias oportunidades, denunciando casos concretos de abuso de los militares contra las personas y familias que llegaban donde ella. Los padres y hermanos franciscanos tenían casi la misma actitud a favor de las víctimas, pero hasta cierto punto nada más. De igual manera, los jesuitas tampoco nos pronunciábamos como congregación de manera firme y consecuente contra estas prácticas reales nada respetuosas de los derechos humanos.

Quizá en el fondo se pensaba que el Estado estaba en su derecho de defenderse ante este enemigo sin cuartel que lo atacaba, pero de allí a que pudieran hacer cualquier cosa para imponerse hay una diferencia. Esa era la diferencia que empezamos (algunos laicos tanto de Ayacucho como venidos de fuera que trabajaban conmigo y yo) a marcar desde nuestra posición: ni Sendero ni las fuerzas armadas y policiales tenían derecho a hacer lo que hacían, sobre todo contra la población civil tanto campesina como urbana. En términos morales sentíamos que el fin no justificaba los medios en ninguna de las acciones subversivas o contrasubversivas. La vida y el derecho a vivir en paz empezaron a entenderse de manera fuerte y congruente. Pensábamos que nadie ni nada tenía derecho a ir en contra de nuestra vida y nuestra tranquilidad.

Dentro de estas maneras de entender y tomar posición había otros que decían que los militares tenían derecho a combatir a los alzados en armas, y que si ellos no mataban

a los senderistas, ellos los matarían, y que, además, estaban exponiendo su vida para protegernos a los civiles y que por eso podían hacer lo que fuera para cumplir esta misión. Decían también que nunca había guerras limpias; en este sentido, que la guerra siempre era sucia. Era el costo de salvar al Perú de un régimen comunista y totalitario que se deseaba imponer a sangre y fuego. Denunciar los abusos de los militares y de las fuerzas policiales era en el fondo favorecer a Sendero y su propuesta política y militar.

Por eso, varios de nosotros denunciábamos a los organismos internacionales estos horrores, aunque la verdad era que no teníamos mucha esperanza en ellos porque venían de fuera, venían por muy poco tiempo. Era tan grande el problema que no había proporción entre lo que nos ofrecían y lo que necesitábamos.

Un aspecto que me parece claramente diferente respecto de otras jurisdicciones eclesásticas era que CEAS (Comisión Episcopal de Acción Social) no podía entrar en Ayacucho, tampoco la CONFER (Conferencia Nacional de Religiosos del Perú). Cuando un equipo de CEAS se atrevió a entrar, fueron detenidos todos los que vinieron y puestos a disposición de la policía que los detuvo durante toda una noche después de haber visitado Huanta y algunas instituciones civiles de derechos humanos de Ayacucho. Esto para nosotros fue frustrante y revelador de la manera cómo se quería manejar a los religiosos y a los laicos en esta arquidiócesis. Esto se tuvo que aceptar calladamente, pero buscamos alternativas para hacer llegar, vía nuestros superiores de cada congregación, nuestras inquietudes y nuestros dolores frente a esta prohibición y corte de nuestro compromiso social y político en contra de toda forma de violencia.

Tanto fue esto que algunos religiosos fuimos sacados de la diócesis cuando se nos impidió trabajar con los familiares de los detenidos-desaparecidos o por recibir denuncias de torturas y crímenes extrajudiciales.

Así se demuestra una vez más que las autoridades religiosas, como los dos obispos, no querían tomar posición frente a las formas de terrorismo de Estado que se iban implementando sistemáticamente. Esta actitud se hizo todavía más evidente con la llegada al poder del presidente Fujimori y el nombramiento de monseñor Cipriani como presidente del Comité de Reconstrucción de Ayacucho y la donación de un millón de soles para reparar las iglesias de la ciudad. Cuando llega el señor obispo, lo hace con un arquitecto y un decorador para que preparen «su palacio». Eso para mí fue un antitestimonio y una ofensa a la vida y la pobreza de la mayoría de los ayacuchanos.

Lo curioso es que cuando fueron las elecciones de 1990 y se presentó el «Chinito», este monseñor sacó un volante en el que pedía a los católicos de Ayacucho que no votaran por «el candidato de los evangélicos y de los izquierdistas». Estos volantes están como prueba de ello y fueron distribuidos por medio precisamente de las religiosas activas que había en la ciudad. El cambio posterior a favor del presidente Fujimori se podría explicar precisamente por nombrarlo en el cargo arriba mencionado y por el dinero entregado para reparar las iglesias de la ciudad. Las hermanas lo tuvieron que hacer ya que era una orden de los obispos. Yo no hice caso y me guardé los volantes hasta la fecha. La amistad de Fujimori con monseñor Cipriani empezó así y continuó. Se

comentaba en la ciudad que fue con ayuda de él que llegó a ser cardenal del Perú, premio que recibió después de su intervención en el develamiento de la embajada del Japón y la muerte de los miembros del MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru).

Pero, como todo cambia, los campesinos, ante la inseguridad que les producía la guerra, empezaron a organizarse en Comités de Autodefensa, los cuales eran una evolución necesaria de las rondas campesinas de otras regiones del Perú. Al comienzo se hacían ellos mismos las armas con las que empezaron a defenderse. Los fusiles hechizos se llamaban «tirachas»; eran confeccionados con palos labrados en los que colocaban un tubo y les adaptaban con pedazos de jebe un dispositivo que hacía de percutor de las balas. Otros se hacían lanzas con varas largas en las que amarraban un cuchillo o una punta de metal simplemente; usaban hondas llamadas warakas, chicotes, puñales y machetes. Esta realidad que iba avanzando tuvo que ser controlada por el Ejército para así tenerlos como aliados, ya que muchas veces cometían nuevas injusticias y abusos contra sus propios compañeros de comunidad. Estas rondas se articularon con los cuarteles cercanos a donde ellas estaban, y así realmente le fueron quitando el agua a Sendero y a los propios militares que no entendían cómo era la realidad de los campesinos y sus necesidades.

Ante esta nueva manera de participar en esta guerra, los religiosos y cristianos en general empezamos a ver que debíamos apoyarlos y hacer todo lo posible para que funcionaran correctamente. Así, en este contexto, tuve la visita de un jefe militar, papá de un joven amigo mío de una de las universidades donde había estudiado, que venía a conversar sobre cómo fortalecer desde las tareas eclesiales esta línea de autodefensa de las comunidades campesinas y en general de la sociedad civil. Pensábamos que teníamos derecho a defendernos ante el injusto agresor, como la justicia lo reconoce en cualquier parte del mundo. En las ciudades no surgió algo parecido ya que la desconfianza era mayor que en las comunidades campesinas. Se formaron algunas instituciones como ANFASEP (Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú), pero con muchas limitaciones y desconfianza de parte de la propia iglesia local.

Como sabemos, la iniciativa la dio Adolfo Pérez Esquivel cuando hizo su visita a Huamanga en esos primeros años de iniciada la guerra. Recuerdo que conversamos bastante con este jefe, y yo le dije que contara conmigo y con mi conocimiento de la vida campesina para seguir fortaleciendo ese frente. Lo que faltaba eran armas más eficientes, mejor articulación entre todas las instituciones de defensa de derechos humanos y relacionarse con la prensa nacional e internacional para informar sobre su estrategia y sus logros en la lucha a favor de la autonomía de los campesinos y sus organizaciones para defender la vida humana tan despreciada.

La posición de los hermanos evangélicos en sus distintas denominaciones fue distinta porque tomaron la actitud martirial. Ellos decían «Así como Sendero está dispuesto a matar, nosotros estamos dispuestos a morir», aunque esta no era la posición de la mayoría. Avanzada la guerra se sumaron a la dinámica de las rondas y comités de

autodefensa. Los israelitas, iglesia de origen peruano, según sabíamos, fue infiltrada por Sendero, y de esa manera sufrió muchos golpes de parte de los militares y los propios senderistas. Los mormones solo tenían una iglesia en Huamanga, no salían al campo, ya que Sendero los consideraba aliados clarísimos del capitalismo mundial por provenir de los Estados Unidos. Ellos estaban muy restringidos, sobre todo los de origen americano. Supe que todos los miembros de esta iglesia tuvieron que salir de la zona por un buen tiempo.

El ecumenismo no era precisamente una actitud del obispo y en general del clero local; no recuerdo ninguna reunión ni oración en la que nos encontráramos para ayudarnos a servir mejor a la vida. Las autoridades religiosas tuvieron una seria falta de relación con otras diócesis, carencia de una renovación pastoral en todo sentido, incapacidad para dialogar y coordinar con las organizaciones sociales de base, gremios, federaciones, partidos políticos de esos años y los hombres vinculados a los medios de comunicación. Esta incapacidad de articulación fue la causa principal de que la Iglesia no tuviera una respuesta acertada y eficaz para defender la vida de los ayacuchanos, algo distinto a lo que pasó en las diócesis del sur andino peruano, Cusco y Puno. Ese ha sido el precio caro que han pagado los obispos y en general las Iglesias ahistóricas y conservadoras de los departamentos de Ayacucho, Apurímac, Huancavelica y otras.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 3. La Iglesia católica y las Iglesias evangélicas. 3.1. La Iglesia Católica- 3.1.2. La respuesta de la Iglesia ante la violencia. 3.1.3. La respuesta de la Iglesia en diversas regiones del país. 3.1.1.3. Región Ayacucho, Huancavelica y Apurímac. 3.2. Las Iglesias evangélicas. 3.2.2. Iglesias evangélicas: resistencia, consolación e indiferencia.¹⁰

¹⁰ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.3.LA%20IGLESIA%20CATOLICA%20Y%20LA%20IGLESIA%20EVANGELICA.pdf>>.

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cuál fue la posición que tuvo Sendero Luminoso frente a la Iglesia católica?
2. ¿Cuáles fueron las respuestas de los miembros de la Iglesia católica frente al período de violencia a nivel de las comunidades de base (parroquias, grupos, colectivos) y a nivel de las autoridades eclesiales? Precise según cada región.
3. ¿Cuáles fueron los elementos que caracterizaron las acciones de Sendero Luminoso contra miembros de las iglesias evangélicas?
4. ¿Cuáles fueron las respuestas de los miembros de las iglesias evangélicas frente al período de violencia a nivel de las comunidades de base (parroquias, grupos, colectivos) y a nivel de las autoridades eclesiales? Precise según cada región.

Violaciones de los derechos humanos cometidas por agentes del Estado

■ El hombre que sobrevivió después de ser arrojado de un avión

Esta historia tiene fundamento en narraciones hechas no por unos pocos campesinos, sino por varios; aunque haya personas que no crean en ella. Se trata de un hombre que sobrevivió después de ser arrojado desde un avión y de caer, por pura casualidad, sobre un árbol que amortiguó su caída y que hizo así posible que viviera y fuera socorrido por unos campesinos que andaban cerca a sus chacras. Este hombre era un comunero como cualquiera, es decir, vivía de trabajar sus chacras y de criar algunas vacas, algunas ovejas y algunos chanchos; así es como sobreviven muchas familias campesinas. En su comunidad se había formado una escuela popular de los «compañeros». Como él no tenía niños en edad escolar sino dos pequeños, no le pidieron que asistieran a las reuniones de formación que tenían y en las que se aprendía la ideología del partido. Él solo miraba y callaba las operaciones y los movimientos de ellos. Pertenecía a una comunidad de las que eran consideradas «liberadas», y esto le preocupaba ya que había oído de boca de unos comerciantes que el Ejército vendría pronto a ver quiénes habían colaborado con los subversivos y terroristas.

Pasaban los días relativamente tranquilos hasta que una mañana, desde lejos, pudo divisar un batallón de soldados que avanzaba por la quebrada que hacía de entrada natural de la comunidad. Rápidamente, los comuneros se avisaron sobre la presencia de los soldados y que venían a revisar casa por casa y, sobre todo, a detener a los colaboradores de Sendero. El comunero sintió miedo y le dijo a su esposa: «Ten listo tu DNI y vete mejor donde tu mamá y lleva a los niños contigo; yo saldré con las autoridades de la comunidad a recibir a los jefes». Así lo hizo ella; mientras él también cogía su DNI y algunos granos de maíz tostado que habían preparado para desayunar. Efectivamente, el pelotón se desplegó por todas las calles poco alineadas de la comunidad y pidió que todas las personas salieran a las puertas de sus casas sin portar ponchos ni sombreros. Los terroristas muchas veces habían sorprendido y dado muerte a los policías o soldados por tener debajo de su poncho un arma o portar una pistola o una granada en el sombrero.

Toda la población salió y se hizo un gran silencio en esa mañana triste que nunca podrá olvidar nuestro protagonista. La voz de mando del jefe rompió el silencio indicando que todos fueran a la plaza para oír las instrucciones que daría el jefe de la patrulla. Ya en la plaza del pueblo, frente a la iglesia de barro que la presidía, se reunió toda la población. Era una masa de gente pobre, desarrapada y curtida por el sol andino; la mayoría eran mujeres con niños chicos y varones mayores, pero no faltaban abuelas.

Era julio, mes de frío y de casi nada de lluvias, por lo cual había mucho polvo. Los jefes con pasamontañas empezaron a hablar a la gente. Venían para decirles que ellos eran peruanos y que tenían como bandera la roja y blanca con su escudo, y no ese trapo rojo con la hoz y el martillo que los terroristas les decían. Hablaron buen rato. Muchos de ellos no entendían muy bien el mensaje; eran quechuahablantes semianalfabetos.

Los alinearon y empezaron a revisarlos. A las mujeres jóvenes las separaron. El peligro se sentía en el aire; la maldad huele siempre a podrido. A los varones jóvenes, que eran pocos, también los separaron y los llevaron al salón comunal. «Allí los interrogarán», dijo en voz baja el jefe. Entre los soldados había uno más gordo y con cara de perro sabueso que miraba y decidía quiénes iban a cada lugar; este era un soldado de inteligencia militar que había cumplido funciones de espionaje para descubrir las maneras de actuar de las columnas senderistas en otras zonas del país. Se llevaron a Felipe al salón comunal. A las mujeres las metieron a punta de carajos y «emes» a la casa más grande de uno de los comuneros que tenía tienda. Mientras eso pasaba con ellas, el soldado de inteligencia militar empezó a interrogar a los varones. Uno a uno los golpeaban para que dijeran quiénes habían colaborado con los «terrucos». «¿Desde cuándo?», les preguntaban. Asimismo, les preguntaban cuándo había sido la última vez que pasaron y hacia dónde se dirigieron. Querían información y de la correcta. Los golpes y culatazos fueron doblando la vida de unos quince campesinos de distintas edades. Como digo, la mayoría eran personas mayores.

El interrogatorio duró cerca de tres horas. Uno a uno, los campesinos fueron cayendo inconscientes de dolor; algunos de ellos tenían las muñecas rotas; otros, el hígado destrozado por dentro por los golpes y puntapiés recibidos; a otros se les veía ahogados en la sangre y saliva que habían echado de dolor y desesperación. Y entre ellos estaba Felipe agonizando, pero todavía vivo. Mientras los golpeaban hasta matarlos, uno de los soldados encargado de las comunicaciones ya había llamado a uno de los helicópteros artillados que servía de apoyo a las operaciones de las patrullas que perseguían a las columnas senderistas. Las horas habían pasado muy rápido; eran como las tres de la tarde. El sonido potente de un aparato en el aire que levantaba una polvareda impresionante se hacía presente. Las mujeres habían sido violadas y maltratadas delante de sus hijos y madres mayores. Los viejos que lograron huir lo hacían como fantasmas despavoridos que en torbellino de espanto gemían agonizantes de dolor.

Los soldados estaban como locos; toda razón se había esfumado ante la orgía de sangre. El jefe, en medio del estruendo de las aspas del helicóptero que se tranquilizaban, otra vez ordenó a gritos: «Suban los cuerpos de los interrogados al aparato. Rápido que en estos sitios el aire cambia muy pronto y de repente no logramos limpiar el área». Así empezó el traslado de los casi veintitrés cadáveres de los campesinos a la nave que, como buitre verde, recibía en su panza a esos pobres hombres muertos. Pero no todos estaban muertos. Felipe, quien aún respiraba, se dio cuenta rápido de lo que pasaba. Trató de tranquilizarse y pegarse al cuerpo caliente todavía de uno de sus paisanos. Uno a uno los llevaron a la nave que rápidamente se llenó. A Felipe también lo llevaron y él fue el número 15 de los trasladados, según dijo el soldado que los recibía en la escalera lateral del helicóptero y los contaba.

Terminada la operación, cerraron la puerta del helicóptero y se oyó nuevamente el potente motor y el cortar del aire por las aspas. Levantaron vuelo, y Felipe no lo podía creer: estaba vivo entre los veintitrés compañeros comuneros muertos. «¿Adónde nos llevarán?, ¿nos llevarán a la barranca llamada Ayahuarcuna?», se preguntaba desconcertado. No tenía idea hacia dónde volaban, pero lo hicieron como durante una media hora. En unos segundos pensó que los dejarían tirados el borde de algún río para que cuando creciera el agua se los llevara, o que los tirarían en la selva cercana de San Francisco. «No creo que sean tan malos», pensaba el campesino. Seguía consciente, pero respiraba poquito para que no lo notaran sus torturadores y ahora asesinos. De repente, el que hacía de piloto le dijo a un tercer hombre que cuidaba el macabro cargamento: «Ya... aquí los podemos tirar, bajaré un poco y ustedes hagan lo que deben. Solo háganlo rápido, que el aire está revuelto y tengo que regresar hasta Huamanga». «Efectivamente, el aparato bajó a unos veinte metros del suelo, y el tercer soldado empezó a empujar los cuerpos calientes de todos nosotros con una especie de rastrillo», recuerda Felipe.

«No recuerdo cómo es que me pegué al cuerpo de un compañero grande y fornido que estaba ya muerto, así me sentía de alguna manera seguro aun en este momento terrible de mi vida. Bajó un poco más la nave y caí volando y girando por los aires, pero bien prendido de mi compañero de comunidad. En segundos me di cuenta de que nos estaban arrojando en medio de la ceja de selva de mi tierra con el fin de deshacerse de nosotros. Seguramente pensaban que al caer en esta zona las fieras terminarían por devorarnos. Mi compañero y yo caímos aparatosamente sobre un gran árbol que sirvió de amortiguador y de salvación a mi pobre cuerpo golpeado».

«No sé cuánto tiempo más pasó hasta que recuperé la conciencia plena de mi suerte. Estaba vivo gracias a mi calma y a las oraciones de mi madre querida. Pude bajar del árbol que se quebró lentamente y me dejó en el suelo. Dolorido pero vivo me puse a caminar y muy pronto ubiqué una senda de las muchas que hay en las zonas donde los colonos han hecho sus chacras de maíz y frejol. Estaba vivo. ¿Qué será de mi esposa y mis dos pequeños hijos? Su recuerdo me daba aliento para buscar ayuda a pesar de las heridas que me dolían bastante». El amor a los hijos es muy potente motivo para hacer lo que sea para sobrevivir.

Así es la historia de este pobre campesino que sobrevivió para contar una de las prácticas más crueles hechas por las llamadas fuerzas del orden. A los diez días pudo salir de la zona y volver a su comunidad que había sido arrasada y donde los comuneros fueron dispersados en la comunidad vecina. Su esposa estaba viva y con los dos pequeños. La abuela había muerto; no soportó la violación múltiple de los yanahumas. El abuelo quedó como loco; no recuperó nunca el habla. Solo miraba sus manos y se las besaba, dicen que era para perdonarse a sí mismo por no haber podido hacer nada en defensa de su familia.

PARA CONOCER MEJOR

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.

Tomo VI. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos. Capítulo 1. Patrones en la perpetración de crímenes y violaciones de los derechos humanos. 2. Las desapariciones forzadas.¹¹ 4. La tortura y los tratos crueles, inhumanos o degradantes.¹²

Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 1. Los actores armados. 3. Las Fuerzas Armadas.¹³

La historia de Soqos contada por María Janampa

Soqos es una comunidad campesina ubicada como a unos veinte minutos de la ciudad de Huamanga. Se llega a ella desde la carretera a la que se le conoce como de Los Libertadores. En este escenario se dio esta historia, por un lado, de vergüenza y, por otro, de valor. La señora Janampa es una mujer que, cuando la conocí, de inmediato me recordó a los cuadros que de estudiante había visto de las grandes heroínas de nuestra historia nacional, Micaela Bastidas, María Parado de Bellido o quizá más parecida aún con María Elena Moyano, «la madre coraje» como la llamamos con aprecio. Tendría unos 40 años de edad y solo hablaba quechua. Sí sabía algunas palabras en castellano, pero lo hablaba con dificultad. Nuestra pequeña pero gran historia arranca una mañana fresca de mayo cuando los campos ya han entregado sus cosechas a los campesinos y cuando, por tanto, se pueden hacer fiestas y matrimonios, y hay comida en la comunidad y en las casas. En la comunidad ya corría el rumor de que a fines de ese mes se casarían dos novios de la comunidad. Eran dos jóvenes de familias conocidas y por ello casi todos estaban invitados a la fiesta. La vida continuaba a pesar de las dificultades que había en la comunidad y fuera de ella por la presencia de los llamados «compañeros», en su mayoría hijos de campesinos que habían ido a

¹¹ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.2.%20DESAPARICIN%20FORZADA.pdf>> .

¹² Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.4.LA%20TORTURA.pdf>> .

¹³ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%201%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/1.3.%20LAS%20FUERZAS%20ARMADAS.pdf>> .

los colegios públicos de la comunidad o del distrito. También los conocían como los senderistas.

Algo más que preocupaba a los comuneros, a pesar de que ellos seguían su vida más o menos normal, era que desde Huamanga se oía que varias bases militares se estaban instalando en el departamento y que las autoridades ya no eran civiles, sino que quienes mandaban hasta en Ayacucho eran los jefes militares. Y, además, que iba y venía por las comunidades un grupo de policías llamados *sinchis* que en quechua significa ‘fuertes’, ‘poderosos’ y otras cosas más.

Las dos familias se preparaban para la fiesta, y los aynis y minkas empezaban a funcionar como un gran tejido social de colaboración y participación para que todo saliera bien. Había que arreglar la ropa; pensar en qué casa sería mejor hacer la fiesta; contratar al señor cura, por supuesto, y organizar la comida y la música. Nada debía faltar para que todo saliera bonito. Así estaban las dos familias de los novios y también toda la parentela de ambos. De un día para otro se enteraron de que llegaba un grupo de *sinchis* a visitar la comunidad porque habían oído de que Sendero tenía jóvenes que participaban en sus escuelas. «La guerra ya ha comenzado en Chuschi de Cangallo», decían los mayores, «pero ahora la Policía y el Ejército están defendiendo la patria, ellos han venido para ganar a los subversivos». Por otro lado, otros comuneros decían que no tuviéramos miedo porque nosotros éramos cristianos y teníamos visita constante de los *tayta* curas desde Huamanga; hasta el obispo nos había visitado una vez.

Sin embargo, el miedo ya estaba comenzando a brotar como mala hierba entre nosotros. Efectivamente, un día de la primera semana de junio llegaron seis *sinchis* y se instalaron en una casa que estaba medio abandonada, y lo hicieron prácticamente sin permiso de la comunidad y menos aún de los dueños de la casa. Se apoderaron de ella. Decían que solo era por unos meses, mientras pasara esta situación... Al costado de esta casa vivía una familia que tenía una hija muy trabajadora y muy bonita. Tendría ella unos 16 años, era de cara semirredonda y de ojos grandes color canela. No recuerdo cómo se llamaba. Muy rápidamente los *sinchis* jóvenes le echaron el ojo, como se dice, a esta muchacha. Al comienzo solo la miraban y observaban, pero uno de ellos pronto manifestó su deseo de poseerla. «Esta chola está buenaza, pronto verán que me la tiro», dijo un *sinchi* joven de pelo medio ensortijado. Los compañeros se rieron y no hicieron mucho caso al comentario, pero el jefe de ellos lo miró y le dijo después en privado: «Cuidado, pendejo, que en esta tierra los serranos son bravos. No quiero problemas, carajo, ya estamos jodidos aquí para que tú, cojudo, nos traigas más problemas».

Pasaron los días y la comunidad se fue acostumbrando a la presencia de los uniformados, pero no podían superar el miedo y la bronca que tenían contra ellos. Las historias de cómo se habían portado con los estudiantes en Huanta no se borraban muy rápido de sus mentes. Esa guerra había sido por la gratuidad de la enseñanza.

La boda ya tenía fecha, y todo estaba quedando listo. Los novios hacían planes de dónde vivir y qué hacer una vez juntos. Eran jóvenes, y ambos habían terminado su secundaria. Incluso pensaron en seguir estudiando; sobre todo el varón que quería llegar a ser ingeniero agrónomo. Llegó efectivamente el día de la boda. Llegó el párroco y celebró la misa en la capilla del pueblo, y se casaron los dos alegres y trabajadores novios. Toda la comunidad participó de la misa, el matrimonio civil en la casa del teniente gobernador y después en el desayuno con todas las comidas y ritos tradicionales de la comunidad. Pasó el mediodía y llegó el almuerzo.

Eran como cincuenta las personas que asistían a toda la ceremonia que tenía, como debía ser, por lo menos tres días de fiesta. Llegó la noche y la alegría inundaba la casa donde se harían el baile y las comidas; no faltó la chicha sabrosa y hasta unas botellas de cerveza y anís para digerir tanta comida que se servía.

Eran como las doce y media de la noche cuando de improviso se oyó una explosión cerca a la puerta donde estaban festejando. De un momento a otro se apagó la luz y la confusión y los gritos se apoderaron de todos. No sabíamos qué pasaba, aumentaban los disparos y las explosiones. Seguramente serían granadas de mano las que tiraban. Efectivamente, eran los *sinchis* los que nos estaban atacando. «¿Por qué? ¿Qué habíamos hecho?», nos preguntábamos. «Entre nosotros no hay senderistas, ¿por qué nos atacan así sin compasión?» En estas situaciones no hay manera de encontrar la lógica a nada. De un momento a otro, uno de los *sinchis* encapuchado nos ordenó que saliéramos los que estábamos en el local, que no lleváramos nada. Nos dijo que íbamos a salir hacia un camino donde hay una especie de barranco mediano, cerca a la quebrada grande.

Salimos en medio de los gritos de los bebés y de las abuelas que caminaban y se caían porque era de noche; era como una caravana de corderos que iban al matadero. Llegamos al camino donde hay una caída más o menos mediana. Nos hicieron parar; el gemido de todos era incontenible. Algunos sospechaban lo peor, pero no podían creer que estos policías que también eran peruanos como nosotros fueran tan crueles. De un momento a otro empezó la metralla a disparar contra nosotros. Éramos campesinos varones, madres embarazadas, otras con niños de brazos y que ya caminaban, abuelas y abuelos de nuestra comunidad, todos vestidos de fiesta. Las balas caían sobre nosotros como granizo de muerte. La masa confusa de personas fue cayendo al barranco uno sobre otro. No se sabía si estaban muertos o no, pero caían.

Se hizo un silencio de muerte espantoso, y luego el jefe ordenó que tiraran granadas en la parte alta del pequeño barranco para así tapar con tierra los cuerpos de las más de veinte personas que fuimos llevadas a este matadero. Terminada la «operación antiterrorista», el jefe ordenó que los efectivos se volvieran a su puesto y que obligaran a las personas a no salir de sus casas hasta el día siguiente. Había todavía gente en la comunidad que no había ido a la fiesta por diversas razones, y estos no debían salir a ningún sitio.

Así fue; sin embargo, la muerte no tiene la última palabra ni sus servidores tampoco. Una anciana de las que habían ido a la fiesta, antes de ser impactada por alguna bala, se había desmayado y caído entre los muertos. Arrastrándose y quitándose la capa de tierra producto de la explosión logró salir e ir hasta Huamanga a avisar al padre párroco y al señor obispo de lo sucedido. Llegó al camino grande y se vino en una camioneta pequeña que iba y venía por esa ruta con un comerciante de pescado congelado. «No debo decir nada a nadie», pensaba la pobre abuela que tenía tierra en el pelo y en los oídos. Así llegó a la casa del párroco y le contó todo lo sucedido. No le creyeron, «Estás confundida, abuelita, los militares no pueden hacer eso», le repetía con insistencia el padre. Pidió hablar con el obispo pero no se lo permitieron.

Ella, como buena mujer serrana, fue y buscó a Victoria, una madre religiosa que era su paisana. Esta sí le creyó y de inmediato pensó en cómo ir a la comunidad; alguna vez la había visitado, por su trabajo con las mujeres de los comedores apoyados por Caritas. La noticia era imparable, había habido una matanza en Socos, pero no se sabía bien quiénes lo habían hecho y, menos, por qué había sucedido. Al día siguiente de ese hecho, nuevamente otro grupo de sinchis, en coordinación con los que se habían ubicado en la comunidad, fueron y estuvieron deteniendo a gente de la comunidad. Decían que en esa comunidad había senderistas y que ellos se habían enfrentado con los custodios del orden, y que por ese enfrentamiento había tantos muertos. Sin embargo, una profesora joven que no había ido a la fiesta vio todo lo sucedido. Esa noche fatídica se había quedado corrigiendo pruebas y preparando su clase para los niños pequeños que estaban a su cargo. Cuando llegaron los nuevos sinchis de Huamanga, ella los enfrentó y los acusó directamente al destacamento que estaba en su comunidad. De inmediato fue detenida y arrancada de los brazos de su madre que se resistía a que se la llevaran. Además de a ella, también detuvieron a otros comuneros, todos testigos directos de la matanza. Así fue que se llevaron a la hija de la señora Janampa; se la llevaron para impedir que la noticia de la matanza fuera esclarecida.

Hasta hoy no se sabe dónde fue asesinada y desaparecida esta hija querida. Yo solo vi su rostro en el DNI que llevaba con amor su madre dolorida; vi algunos papeles de profesora diligente y nada más. La madre ante esta barbarie no ha dejado de averiguar dónde quedó su hija. A pesar de la limitación de no saber castellano y ser mujer, ha seguido buscando justicia. El recuerdo de su hija muerta ha sido la fuerza para hacer todo lo que hizo.

Pero nos preguntamos, ¿cuál fue la causa verdadera de esta masacre? ¿Fue el deseo de tapar la violación de la joven que uno de estos malos miembros de la Policía había cometido? Esa misma noche de la fiesta, este sinchi detuvo a la chica aduciendo que la había visto colaborando con unos «terrucos» que pedían comida en la tienda donde ella atendía. Abusó de ella y, después de ello, la devolvió a sus padres, quienes al enterarse de lo sucedido se fueron a la fiesta y avisaron a sus autoridades. Los comuneros oyeron en silencio y con dolor la narración de la muchacha y, aunque

estaban en la fiesta, ya tenían decidido ir al día siguiente con ella y sus padres al médico legista de la posta y hacer la denuncia en Huamanga. Esa fue la respuesta de estos sinchis asesinos.

La justicia, después de muchas luchas incansables de la madre de la testigo, logró que fueran castigados, pero con solo seis años de cárcel efectiva. A estas alturas ya se encuentran libres, pero con la conciencia sucia de no haber combatido al terrorismo, sino de haber masacrado impunemente a campesinos comuneros. El párroco y el obispo fueron a la comunidad para consolar a la gente, llevarles alimentos, recibir los nombres de los difuntos y hacer misas; no está mal, pero hasta allí nomás llegó su compromiso cristiano y humano. La señora Janampa sigue caminando y sigue buscando más justicia. Nada le devolverá a esa hija asesinada impunemente, ni la vida de todos esos comuneros asesinados impunemente. La última vez que la vi me dio una entrevista en quechua que tengo grabada. Su voz y su causa son un resorte más para escribir y seguir buscando, como ella y con ella, respeto y justicia para nuestros hermanos.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.

Tomo VII. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos. Capítulo 2: Los casos investigados por la Comisión de la Verdad y Reconciliación. 7. Ejecuciones extrajudiciales en Socos (1983).¹⁴

Tomo VI. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos. Capítulo I. Patrones en la perpetración de crímenes y violaciones de los derechos humanos. 2. Las desapariciones forzadas.¹⁵ 3. Las ejecuciones arbitrarias.¹⁶ Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo I. Los actores armados. 2. Las fuerzas policiales.¹⁷

¹⁴ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20VII/Casos%20Ilustrativos-UIE/2.7.%20SOCOS.pdf>>.

¹⁵ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.2.%20DESAPARICIN%20FORZADA.pdf>>.

¹⁶ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.3.%20EJECUCIONES%20ARBITRARIAS.pdf>>.

¹⁷ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/1.2.%20FUERZAS%20POLICIALES.pdf>>.

La cacería del profesor universitario

Llegué a la casa donde me dijeron que lo estaban velando. Era una mañana cualquiera de 1990. En Ayacucho las noticias de asesinatos y atentados eran moneda corriente, estábamos ya acostumbrados a la muerte, pero de vez en cuando estas noticias eran más espeluznantes y aterradoras. Cuando las noticias llegaban del campo teníamos que tener paciencia hasta que se aclararan, ya que siempre tenían algo del juego llamado «Teléfono malogrado».

A los pocos días de llegada la primera versión, llegaban posteriormente las nuevas que iban dibujando mejor lo sucedido. En el caso de las noticias en las que Sendero tenía intervención teníamos que esperar que salieran sus acostumbrados volantes en papel periódico y con tinta roja tirados a mimeógrafo. En esos volantes, la verdad se contaba con toda crudeza: «Hemos rescatado de las fuerzas armadas servidoras del capitalismo 13 fusiles para que ellos sirvan a la revolución» [...] «lo que dicen las autoridades y falsos periodistas de que hemos dado muerte a tales y tales [...] es falso; lo que sí hemos hecho es tal o cual ataque [...]». Así podían leerse las noticias o los comentarios de los senderistas en sus volantes. Ellos no tenían que modular o maquillar sus acciones y tampoco dejar que mintieran sobre sus verdaderas acciones. Leer ahora sus volantes tiene una contundencia terriblemente verdadera.

En un comienzo, en la ciudad se obligaba a algunas emisoras de radio a leer estos volantes. La emisora que no lo hacía era castigada ejemplarmente con un petardo o con la muerte de su locutor o dueño. Algunos analistas o estudiosos de Sendero que surgieron decían que Sendero no reivindicaba sus acciones, pero con esta información queda desmentida esta desinformación. Creo que era una opinión de limeños un tanto «centralistas y creídos por saberlo todo».

Como decía, la triste noticia me llegó no sé cómo, y como yo era una persona libre para ir donde me diera en gana, me fui a la dirección indicada. Era una casa de tres pisos de construcción relativamente reciente y que estaba cerca a la casa donde yo vivía. El colega muerto esa noche era una persona que yo había saludado muchas veces en las múltiples veces que recorría las calles y la plaza de nuestro querido Huamanga. El colega era un hombre de mediana estatura, gordo y corpulento, y por ello daba la impresión de ser más alto. Cuando lo saludaba me devolvía una sonrisa amable, pero no hablaba mucho. Según me dijeron, era encargado de un laboratorio médico ya que de profesión era químico.

Cuando llegué a su casa esa mañana, entré con temor porque tenía la información de que habían sido los Cabitos los ejecutores del asalto y de la muerte del amigo. Me recibieron su esposa y varios de sus hijos que ya estaban vestidos de negro. Lo encontré en un cajón de color plomo, y a su lado estaba sentada su esposa con la mirada ausente y triste. La saludé con todo el afecto que pude. Uno no tiene palabras cuando la tragedia es grande. Aunque

usualmente no me faltan palabras, esta vez solo atiné a abrazarla y decirle que me unía a su dolor y protesta. Me quedé un momento orando al lado del cuerpo del colega. Pasaron unos minutos y, como no había muchas personas, la esposa me dijo: «A mi esposo lo han matado como si fuera un animal». «Lo primero que hicieron —me contó— fue rodear mi casa». La casa estaba como en una isla, no tenía todavía vecinos. Después me dijo: «Forzaron nuestras puertas y se metieron buscando a mi esposo. A mí y a mis hijos nos obligaron a meternos en la habitación que está junto a la cocina. Nos encerraron. Al que buscaban era a mi esposo. El pobrecito parece que sabía que lo buscaban a él. Se oyó que corría al segundo piso, se oyeron disparos con silenciador. Otra vez se les sentía ir de cuarto en cuarto a los soldados que estaban con sus pasamontañas, no se les podía reconocer. Nuevamente disparos y miedo, seguramente era mi esposo que se escapaba y le disparaban de nuevo. De un momento a otro se oyó que cayó alguien donde teníamos la urna de la virgencita que habíamos preparado en una especie de patio interior de la casa. Nuevamente se oyeron disparos; esta vez eran tres, potentes y terribles».

El terror se apoderó de nosotros, se hizo un silencio eterno y doloroso, yo como madre me preguntaba qué hacer, si ya podríamos salir o si debíamos permanecer ahí metidos. Y si salíamos, ¿no nos matarían a todos empezando por mis hijos y por mí? Duraríamos así, temblando y aterrados en una de las esquinas de la habitación. El dolor nos unía; yo procuraba calmarlos acariciando las caras tiernas de mis cuatro hijos. ¿Por qué, Dios mío, nos sucede esto a nosotros? Claro que sabía en parte la razón; a mi esposo lo habían obligado unos senderistas a atender a uno de sus «compañeros» heridos, ese fue su pecado. No pudo negarse, lo tenían amenazado de muerte si no hacía los exámenes necesarios para la intervención. Así es como lo comprometieron y ahora estaba pagando ese «delito». No recuerdo cuánto tiempo pasó, pero sentimos, sobre todo mi hija mayor y yo, que ya habían salido los soldados de la casa, pudimos oír sus pasos y el motor de un vehículo que se alejaba de nuestra casa. Para esto serían las dos de la mañana, aproximadamente. Yo fue la primera en salir; la puerta estaba abierta felizmente. Prendí la llave de luz, uno como madre sabe dónde están todas las cosas en la casa, no quise prender muchas luces, subí por las escaleras al segundo piso y vi las huellas de las botas de los soldados, había junto a ellas algunos casquillos de bala, y comencé a ver sangre en las paredes, parecía que mi esposo había huido herido tratando de salvarse de sus asesinos.

Seguí subiendo y en una de las esquinas del descanso del tercer piso había más sangre, ya era un torrente fresco y en una de las paredes medianas que protegían el borde del último piso vi que había manchas de sangre típicas de manos que se han agarrado y rasgado la pared. Pensé en un momento que iba a aparecer el cuerpo de mi esposo; no... no estaba allí, estaba abajo tirado y ensangrentado sobre la urna de la Virgen del primer piso, allí se había tirado probablemente para escapar y ahí mismo lo ultimaron, tenía tiros de bala por todo el cuerpo, esos últimos disparos que oímos fueron los que le dieron muerte definitivamente. No podía bajar de dolor. «Mis pobres hijos no deben ver así a su padre».

me decía, «esto es muy triste para ellos, nunca se les va borrar de su corazón de niños esta escena macabra y cruel». Tomé valor y bajé. No sé cómo agarré una de nuestras colchas y se la puse sobre el cuerpo destrozado, sin miedo ninguno le pasé mi mano de mujer sobre su cara caliente todavía. Intenté cerrarle los ojos que habían quedado semiabiertos. No recuerdo cómo es que logré bajarlo de encima de la urna y colocarlo en el piso y después limpiarlo para que lo vean mis hijos; ellos, pobrecitos, permanecían medio dormidos junto a su hermana que hacía de mamá. En este momento, el dolor y la pena nos cierra los ojos.

Amaneció y empezaron a llegar los vecinos y los amigos; todos se fueron enterando de lo sucedido. «Ha muerto el profe tal», decían los alumnos; los colegas igual, los pocos periodistas que se atrevían a escribir y decir la verdad llegaron para saber algunos detalles de este nuevo horrible crimen. Un docente comentó: «Este es uno más de la lista que tienen los Cabitos de los docentes de nuestra universidad, ¿quién será el próximo?».

Esa era la realidad. Yo que estaba allí también tenía miedo; mi labor no era fácil en una ciudad dividida y donde casi todo se sabía. De esta narración yo saqué algunas conclusiones. Era un crimen más de los que ya había oído en la ciudad tomada por los policías y militares. Los docentes de la universidad donde Sendero tenía sus inicios y colaboradores estábamos en la mira de ellos. Nadie estaba libre de ser implicado en las actividades de Sendero; ellos podían obligarnos a cooperar con sus acciones. Finalmente, los civiles no teníamos defensa ninguna para protegernos de las acciones de ambos lados del conflicto; estábamos en el desamparo más absoluto, no creíamos en las armas ni en la impunidad.

Como les contaba, llegué a la casa. Nuestro amigo ya estaba en su cajón. Yo comencé a orar en silencio a su lado; su rostro dolorido es inolvidable. Me puse a bendecir su cajón, una a una las habitaciones donde había sido la verdadera cacería de este docente padre de cuatro hijos y esposo de una mujer que en adelante quedaba más débil todavía que antes. Mientras iba recorriendo los pasillos hasta donde habían permanecido encerrados, no dejaba de llorar y pedirle al Dios santo y justo que no deje impune estas maldades y que nunca se repita esta clase de crímenes.

Me quedé con la familia casi todo el día, me daba vergüenza salir de allí, no podía hacer casi nada. Quién era yo, un pobre ser mortal y débil como esos niños o esa madre. No tenía ningún don especial, y la muerte era tan potente contra mí como contra ellos. Solo les ofrecía mi presencia y todo mi amor de humano, de testigo de su dolor. Han pasado casi veinte años y esto sigue en mi memoria para que sepamos que la muerte y sus servidores son siempre enemigos del hombre y la felicidad. La muerte trae más muerte. La muerte solo se puede combatir con el amor y la fe, pero sobre todo construyendo un mundo de hermanos. No hay otras armas.

PARA CONOCER MEJOR

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.

Tomo VI. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos. Capítulo I. Patrones en la perpetración de crímenes y violaciones de los derechos humanos. 3. Las ejecuciones arbitrarias.¹⁸

Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo I. Los actores armados. 3. Las Fuerzas Armadas.¹⁹

Los desaparecidos y los efectos en la familia

Quiero empezar diciendo que esta serie de breves relatos-reflexiones tienen fundamento en la realidad y fueron una práctica macabra y de las peores en los años de la guerra vividos en Ayacucho y otras partes de nuestro querido Perú. Tengo la hipótesis de que esta práctica la realizaron sobre todo las fuerzas armadas y policiales en su desesperación por vencer la estrategia desconcertante de Sendero, aunque el *Informe* de la CVR diga que el principal responsable de las muertes sea este partido que le declaró la guerra al Estado peruano y sus instituciones. Digo que es una hipótesis porque tengo algunos fundamentos para decirlo. En primer lugar, el Ejército y la Marina tenían instalaciones donde se detenía y se torturaba sistemáticamente a los detenidos y luego se les asesinaba. Posteriormente, trataban de ocultar esta barbarie metiendo a los muertos en fosas comunes, arrojando los cadáveres a los ríos y quebradas de difícil ubicación (por ejemplo, Pukayaku) o arrojándolos desde helicópteros a la selva, o incluso cremándolos bañándolos previamente en brea para su total desintegración (Los Cabitos de Huamanga).

Estas formas de desaparecer los cuerpos era casi imposible que las hiciera Sendero, aunque en la zona de la selva de Junín se hablaba de campos de concentración donde tenían a los nativos ashánincas a su servicio como verdaderos esclavos. Teniendo en cuenta esto, Sendero no está, pues, salvado de haber cometido estas prácticas horribles.

La desaparición de personas es tan monstruosa que logra quebrar a los familiares que las buscan; produce tal daño que no hay ser humano normal que soporte este ataque. De allí que deba castigarse con las sanciones más drásticas que pueda tener un

¹⁸ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.3.%20EJECUCIONES%20ARBITRARIAS.pdf>>.

¹⁹ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/1.3.%20LAS%20FUERZAS%20ARMADAS.pdf>>.

Estado civilizado, que se llame democrático y respetuoso de los derechos humanos. La desaparición forzada de personas de toda edad se dio en estos años de guerra interna que vivimos; fue parte, como decía, de una estrategia militar sistemática y conocida por las autoridades políticas, militares y hasta religiosas de esos años. Por eso es importante que estas desapariciones se esclarezcan y que se les aplique un castigo ejemplar a los responsables. Las personas que las ejecutaron sabían lo que estaban haciendo y por qué, no fueron excesos o errores como se les ha querido llamar. Si hoy se habla de dieciséis mil personas desaparecidas, no puede esa práctica llamarse de ninguna manera exceso o error. Fue una estrategia aprobada y protegida por las autoridades de esos años. Si Sendero es responsable de una parte de esos desaparecidos, sus miembros culpables tienen que ser juzgados y condenados lo más efectivamente, y lo mismo deben serlo los agentes y militares que estuvieron involucrados en ello. Finalmente, no se puede intentar justificar diciendo «así es la guerra y no hay guerra limpia»; esto es una falacia que no tiene fundamento alguno.

Cuando yo recibía los testimonios de personas afectadas por esta macabra práctica, me daba la impresión de que la persona había sido sacada de este mundo, como lo haría una mano que te levanta de la tierra y te traslada a otra dimensión o también como si te hubiera tragado la tierra. En las familias, sobre todo cuando se trataba de padres que buscaban a sus hijos o hijas, esposas que buscaban a sus maridos, la experiencia de impotencia era desquiciante. Se agarraban a las últimas palabras o colores de la ropa que llevaban; era como decir «así lo estoy viendo y así se lo llevaron». Algunas madres no podían sentir frío porque su hijo había sido detenido y desaparecido solo con un polo que llevaba en el cuerpo. Una esposa recordaba a su esposo sin zapatos porque había sido sacado de la cama y llevado descalzo a no se sabe dónde y hasta ahora no volvía.

El miedo de tener el mismo destino es tan destructivo que hubo personas que terminaron locas y saliendo de las comunidades o de los pueblos donde se habían hecho estas detenciones injustas. El dolor es tan grande que no se puede dormir. Si logras conciliar el sueño, ves a tu familiar en lugares insospechados pidiéndote ayuda o sufriendo. Cuando estás con gente en las calles o en el mercado, te parece verlo o que lo irás a encontrar de un momento a otro. Le preguntas a Dios, y su silencio es desgarrador. No hay respuesta de ninguna parte a tu dolor y a tu pregunta. Puedes perder la fe si no la tienes bien profunda o preparada para este ataque descomunal que te hace el destino. ¿Por qué él o ella y yo no? ¿Que hizo él para merecer ese destino? ¿Qué puedo hacer yo por él? En fin, son miles de preguntas que uno se hace y no tienen más respuesta que el aire frío de la tarde que miras o la noche que entra a tu casa, la que nunca volverá ser lo que fue porque el padre, el hijo, el esposo nunca más volverá.

Si se tiene alguna fuerza todavía, se sigue preguntando y se tiene alguna esperanza, se va de comisaría en comisaría, de cuartel en cuartel, pero todo es inútil. La perversión estaba pensada, así que los detenidos eran llevados de un lado a otro para que los familiares no los pudieran seguir y saber finalmente dónde quedaron. A los días, semanas, meses o años puedes quizá saber algo: «Dicen que fue tirado en el río tal, o que lo arrojaron en tal quebrada, etcétera». «Ya no lo busques más, deja todo en la justicia de Dios». «Mándale

hacer su misa para que su alma descanse». «No hay justicia para los pobres, solo los poderosos la consiguen». La debilidad de las víctimas es grande y por eso alcanzar justicia para ellos es un sueño casi imposible.

Mientras no se sepa dónde y cómo murió nuestro familiar la tristeza es infinita; no se logra hacer el luto, ya que la duda se vuelve a veces culpa, rencor, deseo de venganza y hasta deseo de autodestrucción. Las víctimas no cesan de preguntarse no solo por qué le hicieron lo que le hicieron a su ser querido, sino quién lo hizo y por qué no se le castiga. Yo, finalmente, pienso que estos dolores trascienden esta vida, ya que es tan grande el daño que Dios no puede dejar de castigar a estos asesinos que no merecen el nombre de personas. La experiencia es tan animal que toda pregunta sobre Dios, su Iglesia y sus representantes en la tierra se vuelve casi absurda; de allí que muchos peruanos (entre los que me incluyo) hayan perdido la fe en un Dios que permita y permanezca callado y sin hacer nada en contra de estos hijos reales y servidores de la muerte. Por el contrario, es un delito permanente el que se siga en silencio e indiferente ante esta práctica deshumanizadora de la desaparición de personas.

Los peruanos que nos reconozcamos como seres humanos, y más si nos consideramos creyentes en el Dios de Jesús, tenemos una deuda pendiente con estos hermanos que fueron víctimas de esta práctica. Nunca más, ni silencio ni impunidad. «Justicia que tarda... nueva injusticia», dice el adagio. La teología en este campo tiene un retraso grande y grave, ya que en las Sagradas Escrituras no hay precedente de esta práctica; tampoco se han elaborado suficientes herramientas doctrinales ni pastorales para afrontar tremendo horror. Ni los campos de concentración nazis o siberianos han sido suficientes para que aprendamos a luchar contra esta barbarie.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo VI. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos Capítulo 1. Patronos en la perpetración de crímenes y violaciones de los derechos humanos. 2. Las desapariciones forzadas.²⁰
Tomo VIII. Tercera parte: Las secuelas de la violencia.
Capítulo 1. Las secuencias psicosociales. 2. Desintegración de los vínculos familiares y comunitarios. 2.1. Pérdidas: vacío e incertidumbre. 2.3. La alteración del proceso de duelo.²¹

²⁰ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.2.%20DESAPARICIN%20FORZADA.pdf>>.

²¹ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VIII/TERCERA%20PARTE/I-PSICOSOCIALES.pdf>>.

■ Capaya o la boca del infierno

Mi relato, como muchos, supera la imaginación. Ahora tengo casi 40 años, vivo en el puerto de Ilo, junto al mar, lejos de donde dicen que nací, pero yo siempre digo con mucho orgullo que soy serrano. Hablo quechua de la variante Ayacucho-Chanca. Soy apurimeño. Tengo mi familia y soy comerciante, vendo ropa para las mujeres y los niños de los pescadores. Vuelvo de vez en cuando hasta mi pueblo, pero no me gusta mucho ya que me trae muchos recuerdos tristes a pesar de que todavía celebramos a la patrona de nuestro pueblo, la virgen Asunta. Lo que más me alegra es compartir mi dinero con las familias que se quedaron en el pueblo después de la guerra que hemos vivido. Bailamos y comemos rico reviviendo todas las costumbres de nuestro pueblo.

Pero quiero contar cómo es que me salvé de la boca del diablo; lo llamábamos «Supaypa simi» entre los comuneros. Otros llamaban al cuartel «El mundialito» porque en él se jugaba el último chance para vivir.

Nuestro pueblo de Capaya está en una especie de gran andén natural, en las faldas de una especie de cadena de montañas medianas que forman precisamente el valle del río Chalhuanca. Se sube al pueblo desde la carretera principal que va por el costado del río. En esta parte, los senderistas volaron todos los puentes de metal que había, hasta casi el 2000, todavía se les podía ver tirados como grandes arañas de metal retorcido y frío en el lecho del río. La carretera no va más allá de nuestro pueblo, pero los caminos de herradura siguen hacia otros pueblos vecinos y hasta las partes bajas del departamento de Ayacucho. Las columnas armadas de los senderistas habían llegado muchas veces por ellos, camino hacia Abancay y el lejano Puno.

El Ejército sabía que nuestro pueblo era importante para estos movimientos, por eso instaló un cuartel desde 1984. Era una base contrasubversiva con unos cincuenta «morocos», como llamábamos a los soldados. Como en el pueblo no había ningún local grande, tomaron la iglesia y todas las instalaciones que se habían construido para dar algunos servicios. Esta era costumbre de los militares; se agarraban lo que sea para poner sus cuarteles, colegios y escuelas, mercados, capillas o casas comunales. Como entraban de esta manera a las poblaciones, desde un comienzo no eran bien recibidos. Después exigían de todo: leña, agua, víveres, y hasta querían a nuestras hijas y esposas.

Con mano de obra de la misma población construyeron a la entrada del pueblo un torreón de vigilancia. Se pudo cercar casi toda el área de tal manera que tuvieran mayor seguridad, ya que los senderistas podían atacarlos en cualquier momento, pero sobre todo de noche. Ellos conocían muy bien el terreno, lo cual no pasaba con la tropa venida de Lima y otros lugares del país.

Así empezaron a vivir los soldados en este cuartel. Tenían la entrada, la salida y todo protegido; no se podía ver lo que pasaba dentro. Había una sala de meditación donde se internaban a los presos una vez capturados. Subían y bajaban constantemente carros de combate, verdes y cubiertos de lona, y en ellos también traían a los detenidos de muchos pueblos cercanos. Se dice que en este cuartel desaparecieron como seiscientos detenidos, casi la totalidad de campesinos del valle del río Chalhuanca desde las alturas de Iscahuaca hasta el puente Santa Rosa.

Pero mi historia empieza en una comunidad campesina cercana a Capaya, donde había entrado Sendero e instalado una especie de base de operaciones. Allí descansaban y curaban a sus heridos, robaban de las postas del Estado y hasta traían médicos para que los operen de heridas y otros problemas. Yo tenía apenas 13 años cuando me invitaron a caminar con ellos; yo no quería, pero me obligaron a hacerlo contra mi voluntad. Mis padres lloraban mucho al ver cómo me iban conquistando, pero yo solo lo hacía por miedo y a la vez por aventurero. Para esto ya los militares habían empezado a controlar los caminos principales. Había a lo largo de la carretera principal que viene de Nazca hasta Abancay muchos cuarteles y controles para impedir que los senderistas siguieran avanzando, pero eso era medio inútil ya que los llamados «compañeros» se movilizaban por los caminos antiguos de los arrieros y hasta de los incas.

En una de esas batidas hechas por los militares fui detenido; el motivo fue que yo era estudiante de secundaria de mi pueblo y no tenía documentos pues apenas tenía 13 años. Mi cuerpo era bastante desarrollado y por eso daba la impresión de tener más edad. Me llevaron junto a varios comuneros que iban recogiendo de por lo menos seis pueblos. Todos íbamos callados y humillados. A mí no me habían tocado, pero a los que subían se les notaba tristes y a muchos de ellos con hambre; no querían hablar, estaban acusados de ser colaboradores de los senderistas, que les habían dado de comer, facilitado animales para trasladar a sus heridos, y que hasta habían escondido en sus casas a algunas mujeres embarazadas que eran senderistas.

Llegamos después de unas cinco horas de viaje, por supuesto vigilados, al pueblo de Capaya. Nos bajaron a punta de carajos y otras groserías; nos metieron a una habitación grande y con culatazos de fall nos obligaron a quitarnos la ropa, y eso que era de noche. Casi no veíamos dónde estábamos por las vueltas que daban los camiones llenos de gente medio mareada y maltratada. «Indios de m...», nos decía uno que era el jefe, «Estos serranos van a saber quiénes son los soldados del Perú y quién manda aquí».

Ya desnudos y con frío nos obligaron a ponernos unos costales en la cabeza. Yo no entendía nada, estaba aterrado por lo que podría pasar. Cuando está uno en manos de estos locos no sabe qué cosa le pueden hacer. Empezaron a meterles palos por el ano, a otros les metían el cañón del fall y les preguntaban si sentían rico. Algunos se desmayaban de dolor y caían al suelo. Lo que buscaban era que les dijéramos por dónde y cuándo habían pasado las columnas senderistas, qué familias estaban colaborando con ellos, los nombres de los comuneros senderistas; pero no conseguían nada, no sabíamos y no queríamos mentir. Después de estas burlas y vejámenes, a dos de los detenidos les amarraron los brazos hacia atrás. A uno lo metieron dentro de un costal como si fuera un carnero. El hombre gritaba de dolor, pues lo metían en un costal como si fuera un feto. «Ahora sí que vas a cantar cojudo», le decían. Era un hombre de unos 35 años, delgado y de pelo largo. Cerraron la boca del costal y le amarraron una cuerda más o menos larga; lo sacaron de la habitación donde estábamos detenidos y humillados y lo fueron arrastrando hacia unas pozas llenas de agua helada (estábamos en junio). Allí metieron a ese pobre hombre indefenso para hacerle sentir la muerte y la desesperación de verse metido en el agua. No entiendo cómo puede el ser humano ser tan cruel y desgraciado para hacer sufrir a su semejante de esa manera.

Algunos cuando salían ya no se movían, estaban muertos; otros no me explican cómo podían seguir viviendo. Pero ni así decían nada; eso les daba, al perecer, más cólera a estos miserables. Yo era un adolescente con apenas 13 años y estaba siendo testigo de este horror. Me preguntaba y hasta ahora lo hago ¿no eran humanos como nosotros? ¿No eran peruanos como nosotros, o es que los campesinos no valemos nada y podían hacernos lo que estaba viendo? ¿Por qué nos trataban así? Si nosotros estábamos entre dos fuegos, no sabíamos bien lo que estaba pasando. Después de varias horas espantosas fuimos dejados un rato, no sé cuántos terminaron muertos ni dónde los colocaron. Han pasado varios años y recién me entero de que en Capaya han encontrado más de trece fosas comunes llenas de cuerpos, casi todos varones y jóvenes. Yo no sé por qué no me hicieron nada a mí. Quizá esperaban que yo dijera que los iba a ayudar a seguir a columnas senderistas. Eso había oído que hacían algunos jóvenes que, por miedo y cuidar su vida, ayudaban a los militares en sus incursiones. Era muy riesgoso hacer eso ya que los senderistas te podían matar en cualquier momento, a ti o a tu familia.

Al día siguiente que pasó todo esto, nos dieron un poco de comida. A las familias de Capaya les obligaban a traer comida para ellos y para los presos. La pesadilla no paró porque a dos días de haber presenciado esa manera de torturar a los presos nos sacaron también de noche, nos pusieron pegados a una de las paredes laterales que rodeaban el cuartel. Uno de los jefes mandó que a los presos de más edad los ataran con las manos atrás. Así lo hicieron. Otros dos soldados habían hecho pasar una soga en una de las ramas de los eucaliptos grandes que había en el patio grande cerca a donde estaban las pozas con agua. Lo agarraron a uno de ellos, le ataron las puntas de ambas manos y empezaron a jalar la cuerda hasta que lo suspendieron por los aires. El ser humano gritaba como un animal herido; lo subían y lo bajaban de tal manera que al poco tiempo se habían descoyuntado las articulaciones. Lo soltaban y seguían con los otros. Así, uno a uno íbamos a nuestro suplicio. Yo fui colgado, pero gracias a Dios pude soportar las sacudidas y no se me quebraron los hombros. Pero la experiencia de crueldad nunca se le pasa a uno.

Como el cuartel no podía tener durante mucho tiempo a los presos, estos tenían que ser eliminados. No había comida ni servicios de ninguna clase, orinábamos y defecábamos en la habitación donde nos tenían como ganado para el matadero. Para suerte mía, un día hubo un pequeño temblor y se rajó una pared donde estaba preso y pude escapar de este infierno o «boca del diablo» como le llamábamos en quechua. Mi fuga supera la imaginación de cualquier mente. Me metí en un costal de esos que usaban para torturar, una vez que salí por la grieta que se hizo con el pequeño sismo. Estuve allí todo un día sin que los soldados se dieran cuenta, y en la noche pude caminar arrastrándome hasta una casa cerca a la salida del pueblo. Allí me ayudaron con mucho miedo, me dieron unos pantalones y una camisa vieja. Como era ágil y conocía bien el territorio llegué hasta la carretera principal que va hacia las punas. No podía ir hacia Abancay, había muchos controles.

Cada vez que había alguno de ellos me bajaba antes y caminaba rodeando el puesto, y más arriba o más abajo me subía nuevamente al carro. Llegué hasta la bajada de Nazca y allí ya un poco más tranquilo y seguro me fui a pie hasta la ciudad. Tardé casi todo un día,

estaba muerto de sed y de dolor. No tenía ni ojotas, así es que me amarré botellas vacías de gaseosa que encontré y así me protegí un poco los pies. De allí subí a un camión en marcha y fui avanzando hacia el sur. Llegué hasta Ilo, donde me quedé hasta la fecha.

Me dicen que Capaya se fue vaciando de las familias que vivían allí. La escuela que tenía cien niños y algo más ahora apenas tiene un docente y quince alumnos; dicen que es posible que se cierre. Hay muchísimos requisitorizados por terrorismo y son extorsionados por los policías y los militares cuando los detienen. Los campesinos pobres se han ido más arriba, es decir, a las punas. Allí se mueven ahora en los caminos antiguos para que no los molesten estos abusivos. A Capaya han venido varias autoridades y delegaciones preguntando sobre lo que ha pasado en nuestro pueblo y si sabemos dónde estarán enterrados tantos detenidos. Nos da miedo hablar de eso, no tenemos confianza en nadie. Para terminar, yo me pregunto ¿por qué Dios nos habrá castigado de esa manera? Cuando hablo de estas cosas recuerdo que me dijeron que había venido un capellán de los militares y que sabía lo que hacían contra los subversivos y que estuvo de visita durante dos días en este cuartel. No entiendo a qué venía este miembro de la Iglesia católica y, si sabía lo que hacían los militares, ¿por qué los bendecía y hacía hasta la misa por su salud? ¿Qué hemos hecho para que nos sucedan estas desgracias? ¿Se repetirá esta desgracia en nuestra tierra? ¿Cómo será la vida de los familiares y de los hijos de tantos desaparecidos? ¿Qué sentimiento tendrán cuando piensen que sus seres queridos fueron matados y enterrados con tanto dolor en nuestro pueblo?

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.

Tomo VII. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos. Capítulo 2. Los casos investigados por la Comisión de la Verdad y Reconciliación. 2.6. Violaciones de los derechos humanos en la base militar de Capaya (1987-1989).²²

Tomo VI. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos. Capítulo 1. Patrones en la perpetración de crímenes y violaciones de los derechos humanos. 3. Las ejecuciones arbitrarias.²³

²² Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VII/Casos%20Ilustrativos-UIE/2.71.CAPAYA.pdf>>.

²³ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.3.%20EJECUCIONES%20ARBITRARIAS.pdf>>.

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué características emplearon las Fuerzas Armadas en la lucha contra la subversión?
2. ¿Qué tipos de violaciones de los derechos humanos se cometieron? (Según el derecho internacional de los derechos humanos (DIDH), los tipos son: a) Desaparición forzada de personas, b) Ejecución extrajudicial, c) Detención arbitraria, d) Tortura, e) Violencia sexual, f) Violación del debido proceso, g) Secuestro y toma de rehenes, h) Violencia contra niños y niñas e i) Violación de derechos colectivos y de pueblos indígenas).
3. ¿Por qué cree que las Fuerzas Armadas y/o la Policía Nacional se comportaron de ese modo? Identifique argumentos.
4. ¿Qué efectos tuvieron las violaciones de los derechos humanos: a) en la población (identifique los grupos/sectores), b) en las instituciones, c) en los Gobiernos, etcétera?

CAPITULO 3

Sendero Luminoso y las violaciones de los derechos humanos

Las «estrategias crueles» para sobrevivir en medio de la violencia

La guerra desatada entre Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas tuvo como principales escenarios la sierra peruana y la selva, no tanto la costa, y esto hace que la historia que narraré tenga un contexto netamente campesino y comunal. Las comunidades campesinas andinas tienen una forma de vivir y de convivir que hace posible algunas estrategias para soportar la guerra en la que ellas fueron actores y víctimas. Las comunidades y las familias que normalmente las conforman estaban entre dos fuegos, pero la diferencia estaba entre las familias que tenían miembros comprometidos con las acciones y estrategias diseñadas por los mandos senderistas y los responsables zonales, y las otras que compartían la vida normal de la comunidad. Estas familias eran involucradas en la lógica de la guerra de manera paulatina; los hijos que estudiaban en los colegios nacionales que estaban ubicados en las provincias y en los distritos eran los primeros en ser captados por los maestros senderistas que laboraban en dichos colegios.

Los primeros en recibir esta doctrina eran, pues, los jóvenes, hijos e hijas de campesinos andinos y nativos. Estos debían participar de las llamadas «escuelas populares» donde aprendían bien la doctrina marxista-leninista-maoísta y el pensamiento guía de su líder y jefe Abimael Guzmán Reinoso. La existencia de folletos y manuales confirma esta manera de preparar las bases de la revolución. Primero había que colaborar con «los compañeros», después participar en las pintas y tomas de tiendas y locales donde se podía conseguir comida, medicinas y hasta armas para la revolución. Así, niños y adolescentes iban entrando en la guerra, eran «los pioneros» de esta batalla pensada «del campo a la ciudad». La consigna era cercar las ciudades como lo había hecho Mao en su tierra. Los campesinos, una vez metidos en estas acciones, difícilmente podían dejar de participar y de ser presionados. El autoritarismo del partido era terrible, era realmente fuerte. Las familias cuyos hijos habían logrado fugarse de las filas de Sendero eran castigadas ejemplarmente, es decir, eran ejecutadas, degolladas delante de las otras familias, para que aprendan que «con el partido no se juega», «el partido tiene mil ojos y mil oídos».

Lo peor era cuando llegaban los militares, que venían de fuera, con armas y uniformes a cualquier hora, y con pasamontañas para que no los reconocieran. En

eso eran diferentes a «los compañeros», que venían con la cara descubierta y pedían colaboración; no siempre a las buenas y también imponiéndose. Para las familias, sobre todo para las que pertenecían a las comunidades declaradas zonas liberadas por Sendero, era terrible la llegada de los yanahumas (cabezas negras), es decir, de los soldados que venían en busca de terroristas y también de castigar ejemplarmente a los colaboradores de Sendero. El campesino comenzó a sentirse entre dos fuegos; sobre todo, como digo, los que no colaboraban directamente con Sendero entregando a sus hijos o alimentos.

Venían los senderistas y pedían compromiso con ellos y su causa que, según decían, era para los campesinos y que ellos también estaban poniendo su cuota de sangre para esta guerra sin cuartel declarada a los mistis, gamonales y capitalistas. Les querían hacer ver que ellos estaban haciendo justicia a las grandes demandas del campesino pobre y empobrecido de los Andes. Cuando ellos llegaban había que colaborar con ellos, tratar de ayudarlos pero sin ser vistos por otros vecinos, ya que después vendrían también los soldados buscando casi lo mismo. Las familias que podían enviaban fuera de las comunidades a los hijos e hijas en edad escolar, sobre todo a los jóvenes para que no se los llevaran los senderistas ni fueran detenidos por los militares. Las comunidades se quedaban así llenas de varones viejos y mujeres también mayores, a cargo de los niños pequeños y de las chacras que tenían que ser atendidas para no morir de hambre. Otra forma de defenderse era irse a vivir por temporadas a las casas de pastoreo que están mucho más arriba de las comunidades campesinas agrícolas, las «astanas», como se les llama; así fueron un gran refugio para muchos campesinos, pero a su vez un lugar de soledad y angustia constante ya que había que mantener comunicación permanente entre los miembros de la familia para saber el movimiento de las columnas senderistas como de las patrullas del ejército, ambas amenazantes y crueles. En este sistema de protección eran muy útiles los niños, ya que podían ir y venir con bastante seguridad para traer recados o comida entre las familias.

Las noches eran las horas más tristes ya que no había luz, pero a veces era mejor así; los campesinos conocen sus espacios de una manera increíble, pueden andar en la noche más cerrada y hasta con lluvia y saber perfectamente dónde están. Las noches de luna eran un poco más agradables porque la luz natural ayuda a caminar con mayor seguridad. Las patrullas del Ejército a veces venían de noche, y eso era peligroso ya que no se podía uno esconder rápidamente. Para ello los campesinos empezaron a vivir de noche en los árboles disponibles que había en el pueblo y donde se acomodaba la chala del maíz para los animales; otros tenían cuevas cercanas a las comunidades donde se guarecían para pasar la noche. El problema muchas veces eran los niños que no saben disimular su sueño o su hambre. El llanto de un niño podía ser terrible para una familia escondida, así que muchas madres optaron por emborrachar por las noches a sus hijos, aun a los de pecho. Solo así podían esquivar el cateo de una patrulla militar y huir en silencio a un lugar un poco más seguro. Las

madres no hallaron otra manera mejor para silenciar a sus *wawas* que haciéndoles tomar chicha en el mejor de los casos o aguardiente para que no lloren.

Me pregunto ahora cómo habrán terminado esos niños que desde pequeños se habían acostumbrado a dormir embriagados. Recibí muchos testimonios de estas maneras de defenderse que encontraron los pobres campesinos andinos metidos entre dos fuegos.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 1. Los actores armados. 1. Sendero Luminoso.²⁴ 3. Las Fuerzas Armadas.²⁵

Un atentado en la carretera de Los Libertadores

Eran como la nueve de la mañana de un día lunes. Las noticias llegaban en los carros que venían por la carretera que entra por la parte alta de la ciudad de Huamanga, la vía llamada de Los Libertadores, probablemente en recuerdo de la ruta por donde entraron los ejércitos libertarios, para las últimas batallas de la independencia, es decir, para la batalla de la Quinua. En estas tierras se han decidido muchos asuntos importantes para nuestro país, conflictivo y conflictuado, como nos lo recuerda Jaime Urrutia en uno de sus trabajos sobre el espacio ayacuchano en las distintas etapas de la historia. Los que traían las noticias eran los choferes y los campesinos que regresaban lo más rápido que podían, ya que se tenía conocimiento de un terrible

²⁴ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20I%20SL%20ORIGEN.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20II%20SL%2080-82%20IA%20GUERRA%20POPULAR.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20III%20SL%201983-85.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20IV%20SL%2086-92.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20V%20SL%201992-2000.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CONCLUSIONES.pdf>>.

²⁵ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.3.%20LAS%20FUERZAS%20ARMADAS.pdf>>.

atentado a una camioneta de la Policía Nacional. La primera narración, que era como un rompecabezas no solo por armar sino roto, difícil de entender; pero con paciencia y tiempo uno logra entender el cuadro final. Habían muerto por el atentado catorce efectivos, en su totalidad hombres jóvenes y casi todos venidos de fuera. Los choferes que habían visto la escena decían que la camioneta había quedado partida en dos a pesar de ser un vehículo bastante fuerte. Yo había visto circular esas camionetas por la ciudad de Huamanga, eran verde oscuro y de doble cabina, eran carros nuevos y grandes como para transportar unas tres toneladas. Los catorce miembros habían salido volando por los aires, y según decían los «terrucos», habían ultimado con picos y barretas a los heridos o agonizantes.

La noticia dejó fríos a muchos policías y también obviamente a todos los que nos íbamos enterando del horrible hecho. Yo me preguntaba cómo podían tenderles trampas como estas a los miembros de la Policía cuando ya llevaban tantos años en la zona y se supone que haciendo también trabajo de inteligencia para prever actos de este tipo. Fueron llegando los cuerpos mutilados a las pocas horas de pasado el hecho, algunos para ser enterrados en la ciudad y otros para ser llevados a sus pueblos. El Ejército montó de inmediato una operación de búsqueda y seguimiento de la columna que había sido la responsable de este atentado. Los helicópteros salieron en dirección al lugar donde habían muerto estos catorce miembros de la Policía Nacional.

Cuando salían estas noticias, era común oír decir a los ayacuchanos: «¿Dónde será el enfrentamiento?» [...] «Seguramente que están trayendo soldados heridos o muertos» [...] «¿Qué pasará con nuestros paisanos?». En esos casos, las familias que vivían cerca a estos atentados eran advertidas previamente por las columnas senderistas «para proteger a la población civil», dirían los especialistas. De los casos como estos pude saber que era una práctica de las columnas, pero no siempre lo hacían, ya que recuerdo por ejemplo el caso de una escuela que estaba en frente donde pusieron un coche bomba. No les importó lo que sucediera con los escolares, los usaron más bien como masa escudo para escapar de los disparos de la policía que los repelía. En este caso parece que la gente logró huir y ponerse lejos del lugar y así no recibir el castigo de la represión. La columna sabía que tenía que huir y lo más rápido posible. Lo lograron.

Lo que yo me preguntaba era cómo había sido posible poner una trampa así a los policías. Una de las posibles explicaciones es que había infiltración de la misma policía o interceptación de sus comunicaciones. La trampa había sido «perfecta», habían hecho creer que habían muerto algunas autoridades cerca al pueblo donde colocarían las minas, que necesitaban ayuda inmediata para poder capturar a los «tucos o terrucos» que lo habían hecho. Los policías salieron pertrechados y con bronca ya que no se le podía escapar esta oportunidad de hacer algo significativo y hasta lograr unos galones meritorios más. El jefe los animó a poner todo su valor y subieron lo más

rápido posible a la camioneta. No esperaban caer de esa manera. Murieron todos y de qué manera.

Reflexionando sobre esta clase de acciones pienso que había infiltración de miembros de Sendero o de sus familias en las fuerzas policiales; solo así se podía entender cómo les tendieron a estos miembros de la policía una trampa tan letal. Esta clase de acciones hizo, pienso yo, que surgiera una nueva manera de combatir el terrorismo, es decir, de formar grupos especiales de lucha contrasubversiva como el grupo Rodrigo Franco, el grupo Colina y otros. Estos operaban con la misma lógica de las células especializadas en el aniquilamiento de autoridades o atentados especiales.

Al terrorismo subversivo se le debía responder con terrorismo de Estado. Con esta consigna se formaron esos grupos que digo. Pude saberlo por un joven cuya conciencia cristiana no soportaba las cosas terribles que hacía. Le pagaban por conseguir información, después por aniquilamiento hecho. «Trabajaba» con nombre falso y no podía conocer a los otros integrantes de la célula de aniquilamiento. Una vez hecho el operativo se disolvía el equipo hasta nuevo aviso. Si había problema con la prensa u otras personas en términos de información, los sacaban durante un tiempo de la zona o definitivamente. Era un trabajo de alto riesgo, pero al que se metían algunos jóvenes varones y mujeres de Ayacucho. Eran grupos realmente paramilitares como había en otros países. Esta manera de luchar hizo más compleja la vida de todos nosotros y del trabajo de las instituciones defensoras de los derechos humanos.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo I. Los actores armados. I. Sendero Luminoso.²⁶

²⁶ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20I%20SL%20ORIGEN.pdf>, <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20II%20SL%2080-82%20IA%20GUERRA%20POPULAR.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20III%20SL%20I%20983-85.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20IV%20SL%2086-92.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20V%20SL%20I%20992-2000.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CONCLUSIONES.pdf>>.

La Universidad de Huamanga

Cuando llegué a la ciudad de Ayacucho, la universidad estaba abierta y funcionando. Entre 1987 y 1988 tenía aproximadamente unos cuatro mil estudiantes. Todos los ayacuchanos estaban convencidos de que su universidad había sido y era el alma de la ciudad ya que muchos de los servicios e instituciones se articulaban de una o de otra manera con ella. En su escudo se puede leer en latín la frase «Primero es vivir, después pensar»; realmente eso era lo más importante, vivir para luego pensar.

La Universidad San Cristóbal de Huamanga es una de las universidades más antiguas de América. Es la segunda universidad más antigua en el Perú; su creación data de 1677. Ayacucho es una ciudad sin ninguna industria significativa hasta el día de hoy; lo que produce son servicios y algo de artesanía; y su producción agropecuaria es mínima, aunque sea en algunas cosas casi exclusiva, como la cochinilla y la tara. En los años 1980 tendría una población de ochenta mil habitantes y, en 1991, casi había duplicado su población, fruto en gran parte de la migración forzada por la violencia desatada en todos sus distritos y comunidades. En la parte sur del departamento están los rebaños más importantes de vicuñas, pero no benefician mucho a los habitantes que las cuidan. Más bien, los que ganan son los comerciantes grandes de los tres productos precisamente articulados a procesos de exportación y, ahora muy inicialmente, de transformación. Casi siempre pasa lo mismo: son los comerciantes, no son los productores, los que se benefician más, y esto se debe a falta de organización y apoyo del Estado. Tenemos un Estado en muchos sentidos servidor de esas empresas que ganan a costa de los campesinos, pastores o mineros. Me pregunto hasta cuándo seguirá esto.

En la universidad estudiaban los jóvenes que no podían salir de la zona, ya que estar en ella era peligroso por decir lo menos. Las familias que podían sacaban a sus hijos de Ayacucho para protegerlos. Este fenómeno de migración juvenil solo era posible si se tenía familiares en Lima, Ica, Cusco y otras ciudades.

Toda la ciudad universitaria, es decir, tanto los locales antiguos de la Plaza de Armas como los nuevos estaban llenos de pintas de Sendero y de los militares que se ocupaban de borrar las primeras o de poner nuevas en las que se insultaba o amenazaba a Sendero y a sus posibles seguidores. Yo entré como docente en la escuela de Antropología, y fui acogido muy bien por todos: el rector, mis colegas y el personal administrativo. El ser jesuita me daba prestigio y garantía de persona preparada y limpia. Precisamente una de las razones por las que vinimos a trabajar a la arquidiócesis de Ayacucho fue para atender a los universitarios. Como digo, la universidad tenía estudiantes, pero estos eran muy críticos de la iglesia local. Los sacerdotes y religiosos eran considerados parte del sistema tradicional opresor de los campesinos, ignorante y perpetuador de visiones

de la vida y la historia, por decir lo menos, conservadores. Aunque las congregaciones religiosas de la ciudad tenían colegios tanto para mujeres como para varones, estas no tenían presencia en la universidad. El pueblo ayacuchano en general sí ha sido y es muy religioso, y era capaz de reeducar a los jóvenes que se veían cuestionados dentro de la universidad por las ideas y principios científicos y marxistas.

La Universidad San Cristóbal de Huamanga no era una excepción a la presencia del pensamiento marxista desde 1959 con el triunfo de la Revolución cubana. Precisamente, Abimael y sus compañeros fueron los que tomaron literalmente la universidad y enseñaban la visión de la historia peruana y universal hecha desde las bases del materialismo histórico y el materialismo dialéctico. Abimael Guzmán Reynoso, arequipeño de nacimiento, formado en el colegio de La Salle de esa ciudad y después alumno de la Universidad San Agustín, se vino a vivir a Huamanga. Pude conocer personalmente la casa de los años previos al inicio de la guerra. Estaba en la calle Chorro y la llamaban «el Kremlin». En ella, Guzmán se reunió con sus camaradas durante los más de dieciséis años de trabajo previo al inicio de la lucha armada. Ubicados en la estructura universitaria daban a todos los estudiantes la visión del Perú y sus problemas de manera simple pero clara, de tal manera que llegaban a la conclusión de que solo por la vía de la revolución se podría alcanzar la ansiada libertad de los oprimidos. No había visión distinta ni opuesta a esta gran corriente que envolvía a casi todos los habitantes de este mundo universitario.

Muchas veces tuve que dar clase en aulas pintadas todas ellas con lemas y escritos de la lucha armada. Tenía miedo de ir sobre todo a los locales nuevos ya que estaban un poco lejos de la ciudad. En varias oportunidades tuve alumnos senderistas que se ponían en las ventanas a oír mi clase. El temor no era imaginario, docentes conocidos habían sido asesinados delante de sus alumnos y sin que nadie pudiera impedirlo. En ninguna parte del Perú tuve clases tan temprano como en Huamanga. Como teníamos toque de queda, el que se iniciaba a las seis de la tarde, los mismos alumnos me pedían tener clases a las seis de la mañana. Así teníamos que seguir sirviendo a los jóvenes que no se iban y que todavía creían en la posibilidad de estudiar y recibirse algún día como profesionales.

La estabilidad en términos de clases continuas no estaba asegurada, por los paros armados decretados por Sendero, por un lado y, por otro, por causa de las normales paralizaciones típicas de las universidades nacionales que hacen que las carreras que deben terminar en cinco años lo hagan mínimamente en siete u ocho años. Los estudiantes, para no perder tiempo, se inscribían en institutos superiores para ir avanzando paralelamente en otras carreras o por lo menos en inglés, música y otras carreras cortas.

A los pocos meses, por el trato directo con los alumnos y docentes, fui conociendo la historia de la universidad y cómo había trabajado Sendero en ella. Una de las cosas que me llamó la atención fue que los cuadros de Sendero se habían ubicado en lugares estratégicos dentro de la estructura y el sistema universitario; daban clase en todas las escuelas, de tal manera que el marxismo y su lectura de la realidad nacional era la que se difundía sin oposición casi de nadie. Como sabemos, eso sucedía en muchas casas universitarias del país, de Lima, Cusco, Arequipa, Trujillo, Huacho, Callao, Huancayo, Puno y otras. Hasta en las tesis se tenía que hacer una previa «declaración de principios de acuerdo con esta ideología política y científica» para ellos. Controlaban el centro federado, la residencia y el propio comedor universitario.

Otra cosa que me llamó la atención es que tenían facultades preferidas por razones estratégicas, como por ejemplo Educación, Ingeniería de Minas, Enfermería y Derecho. Después de años comprendo que era parte de su plan llegar al campo y a la juventud estudiantil de las instituciones educativas donde ellos después promoverían sus escuelas populares, base del desarrollo posterior de la lucha armada. Los docentes serían la correa de transmisión para las escuelas populares, y los estudiantes e ingenieros de minas serían los especialistas en explosivos y su colocación correcta para los atentados y voladura de puentes, postes de alta tensión, locales, etcétera. Y, finalmente, las enfermeras y abogados valdrían para las ayudas o socorro popular a los heridos y detenidos como consecuencia de la lucha armada del campo a la ciudad.

Los artistas tampoco estuvieron lejos de ser captados y/u obligados a entrar en su guerra. Basta ver la producción estética precisamente de ellos y su papel en el proceso de sensibilización, sobre todo de los jóvenes en lucha o ya presos. Llegaron a tener hasta una página web desde donde hacían difusión de sus principios, análisis, dirección y denuncias para la población. Sendero produjo tarjetas, cuadros, tallados, volantes y hasta himnos con clara influencia china. En la universidad había docentes de varias partes del país, de Cusco, Ica, Lima, Tacna y Huancayo, que compartían el trabajo con ayacuchanos y huantinos. A estos últimos siempre les tomaban el pelo, ya que los huantinos son como los camanejos de Arequipa, o los gallegos de España, los polacos de Nueva York, etcétera, es decir, se les considera tontos, ingenuos y ocurrentes. Infinidad de chistes e historias, graciosas pero medio ofensivas, se conocen de estos provincianos; por otro lado, muy trabajadores y alegres.

Finalmente, algo más y que es también muy común por desgracia en nuestras instituciones me llamó la atención: las peleas intestinas y poco fraternas. Las reuniones de facultad y otras eran un ring o palenque donde se sacaban el ancho los colegas. Yo tenía que permanecer en silencio, oír y después tratar de mediar, no para permanecer neutral, sino para ver cómo defender los intereses de los estudiantes y de la universidad más allá de estas divergencias y hasta odios entre colegas. Me sentía jaloneado por unos y por otros; eso era una ventaja pero, a la vez, era incómodo. Con dificultad se podía salir más o menos limpio de esta polvareda de ataques e intereses en los que se mezclan caracteres

personales, broncas pasadas, intereses de poder o dinero y hasta prestigios y orgullos. Así es la vida y así tiene uno que aprender a oír, callar, pensar y a tomar una posición personal coherente.

La universidad ha seguido abierta hasta hoy; siguen los jóvenes de origen campesino y urbano siguen estudiando en ella; muchos docentes continúan creyendo y defendiéndola a pesar del estigma de haber sido la cuna del senderismo y de su protección institucional desde su famoso rector don Efraín Morote Best. Creo que es muy importante darnos cuenta de que las ideas son las que mueven las conciencias y la práctica humana en todas sus dimensiones. De allí las lecciones aprendidas: nación que no invierte en sus docentes hace mal negocio; docentes mal capacitados o ideologizados hasta el fanatismo de cualquier signo son muy peligrosos; el maestro es el arquitecto más importante de la mente de nuestros niños, adolescentes y jóvenes; invertir lo mejor que tenemos en educación es garantía de un futuro de progreso y de paz.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Lima: CVR, 2003. Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 1. Los actores armados. I. Sendero Luminoso.²⁷ Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 6. Las universidades.²⁸ Tomo V. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección tercera: Los escenarios de la violencia. Capítulo 2. Historias representativas de la violencia. 18. La Universidad San Cristóbal de Huamanga.²⁹

²⁷ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20I%20SL%20ORIGEN.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20II%20SL%20080-82%20IA%20GUERRA%20POPULAR.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20III%20SL%201983-85.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20IV%20SL%20086-92.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20V%20SL%201992-2000.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CONCLUSIONES.pdf>>.

²⁸ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.6.%20LAS%20UNIVERSIDADES.pdf>>.

²⁹ Véase en <[http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20V/SECCION%20TERCERA-Los%20Escenarios%20de%20la%20violencia%20\(continuacion\)/2.%20HISTORIAS%20REPRESENTATIVAS%20DE%20LA%20VIOLENCIA/2.18%20LA%20UNSCH.pdf](http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20V/SECCION%20TERCERA-Los%20Escenarios%20de%20la%20violencia%20(continuacion)/2.%20HISTORIAS%20REPRESENTATIVAS%20DE%20LA%20VIOLENCIA/2.18%20LA%20UNSCH.pdf)>.

Ser fiscal en el rincón de los muertos

Yo vivía en la calle San Martín y, en la esquina exactamente contraria a la habitación donde dormía, había una tienda típica ayacuchana, es decir, donde casi se podía comprar de todo. Las que atendían eran dos mujeres que vestían faldas largas y anchas, blusas de seda, mantas cuadradas de paño central azul eléctrico y, por supuesto, sombreros blancos con cinta negra. Las dos eran madre e hija. La madre era bastante gorda y de cara trigueña, ojos negros y trenzas largas. La hija tendría unos 26 años, aproximadamente, era más blanca que la madre, pero con trenzas casi iguales, negras y bien peinadas. Cuando salía de la casa casi siempre veía a una o a la otra; si estaban juntas chacchaban coca, conversando como lo hacen solo las mujeres que se quieren y tienen confianza. La hija me parecía más seria que la madre; cuando le pedía algo, ni me miraba, pero era eficaz en buscar lo que le pedía. La madre era más lenta, pero te hacía conversación. Alguna vez las oí cantar y es que una de las cosas más bonitas de las ayacuchanas es que les gusta cantar hasta para llorar y recordar a sus muertos.

Ya llevaba más de tres años en esta ciudad cuando una noche tuvimos un apagón no anunciado ni que correspondiera a alguna fecha «celebrada» por los senderistas. Estábamos en casa, eran como las siete de la noche y, después de oír explosiones lejanas, nos avisaron que una casa ubicada a una cuadra apenas de la nuestra estaba ardiendo abrasada en llamas. En esas situaciones no convenía salir ya que la oscuridad y la confusión que producía el terror de las balas y explosiones podían causar la muerte de cualquiera. Nos pusimos a orar en comunidad y a pensar cuáles serían las noticias para el día siguiente. No podíamos hacer casi nada, no teníamos ningún medio especial para saber qué casa era la que estaba ardiendo ni cuál había sido la causa. Aun así me quedaba la frustración de no haber hecho nada por esos vecinos que, hasta ese momento, no sabíamos bien quiénes eran.

Esa noche fue muy triste ya que se oían disparos y metralla que venían de distintas direcciones. Pasó la noche, y las noticias nos empezaron a llegar: «Han matado a la esposa y la hermana de uno de los fiscales de la ciudad». Esa fue la primera que llegó. Rápidamente fui a la Plaza de Armas para averiguar con alguno de los periodistas que conocía y con el que tenía confianza para preguntarle. «Ha sido la esposa del fiscal de apellido Guzmán. Como no lo hallaron a él, han matado a su esposa y a su hermana». «No hay más por ahora», me dijo uno de ellos. Como a la hora de estar en la iglesia de la Compañía llegó llorando y desesperada una de las profesoras con las que habíamos formado la Comunidad de Vida Cristiana de maestros. Su nombre era Haydée: «Han matado a mi hermana y a mi cuñada, pero lo buscaban a mi hermano». Comprendí de inmediato cuál era la situación, qué familia era la víctima y que era evidentemente Sendero el que lo había hecho.

El fiscal era un representante del Poder Judicial en la ciudad y era el que veía los casos de terrorismo. Él ya sabía que lo andaban buscando y esa noche fue a dormir en el hotel de turistas, uno de los lugares «más seguros» en esos años. Nunca pensó que atacarían a su familia y de esa manera. Esa noche tenían pensado matarlo y para ello tenían que distraer a la policía y a las patrullas del Ejército. Hicieron un simulacro de ataque a un local público relativamente distante del objetivo real que buscaban. Según su lógica, «así los cachacos se irían a repeler y controlar el punto atacado». Otro grupo iría a la casa del fiscal para ejecutarlo. Así fue y así lo hicieron. Llegaron a la casa y, como no estaba la persona a la que buscaban, mataron a la esposa y a la hermana del fiscal, lo hicieron además delante de sus dos menores hijos, de 8 y 5 años. Pero no les bastó hacer esto, prendieron fuego a la casa y derramaron petróleo para que ardiera más rápido. Felizmente, los niños fueron salvados y protegidos en medio del terror de lo visto y la insania de prender fuego a su casa.

La familia quedó aterrada y tuvo que ser retirada de la ciudad ya que estaba advertido el señor fiscal de lo que le esperaba si continuaba en su puesto. La madre quedó inconsolable, cerró su tienda y se fue a vivir con su hija profesora. A los niños los recuerdo en la misa de cuerpo presente que celebramos en la iglesia, ambos vestidos como para la ocasión, sin entender nada y dejándose abrazar y besar por todos los que nos acercábamos a ellos para darles nuestro amor y consuelo. La casa quemada estuvo un tiempo sin que nadie la habitara. La hermana que lloraba mucho me decía que solo le daba consuelo y fortaleza pensar y casi ver «a Jesús con su corazón abierto pasearse en medio de ella» cuando ella fue nuevamente a vivir en la casa.

Esa era la situación de cientos y miles de autoridades en los años que vivimos la guerra entre Sendero y el Estado peruano; ese era el costo de ser alcalde, juez, policía, maestro y hasta sacristán o lo que fuera: eras mirado como un enemigo de la revolución, un enemigo de clase. No sólo eras tú el objetivo, podía ser cualquiera de tu familia. Y así lo fue. Cientos de servidores públicos y sus familiares murieron en manos de Sendero o de las Fuerzas Armadas. O te sometías a sus consignas o tenías que irte y dejar el puesto a otros. Ser justo, no dejarse dominar por el terror que provocaban ambos actores principales del conflicto era muy difícil y hasta heroico. La seguridad que daba el Gobierno a sus funcionarios no existía en la realidad. Esa era la sensación ordinaria de casi todos nosotros que no teníamos armas ni ninguna manera de defendernos de personas con armas y otros medios para imponerse. El dolor era mayor cuando tú eras servidor público y el Ejército o la Policía te atacaba y atentaba contra ti y los tuyos.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.

Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 1. Los actores armados. I. Sendero Luminoso.³⁰

Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 2. Los actores políticos e institucionales. 6. La actuación del sistema judicial durante el conflicto armado interno.³¹

**Algunas señales del narcotráfico en
medio del conflicto**

Una noche de marzo en Ayacucho supimos que habían encontrado en el barrio de San Juan a un policía muerto aparentemente con su propia arma. Como siempre, teníamos que tomar con calma las noticias y esperar que se decantaran ya que siempre venían llenas de turbulencias e intereses. Según decían, lo habían encontrado muerto cerca de su casa, sin uniforme y sin signos de violencia aparte del disparo certero en la cabeza. Podía ser un suicidio, un asalto hecho por delincuentes que nunca han faltado o una venganza; todo podía ser. Pasaron unos días y nos llegó la información de que este buen señor había estado exigiendo cupos a las familias de las que se sospechaba o de las que se tenía certeza que estaban metidas en el narcotráfico. Decían que esta era una mala práctica de algunos malos policías y que muchas muertes no eran causadas por el terrorismo, es decir, por razones militares o ideológicas, sino por el inmoral comercio de la droga.

³⁰ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20I%20SL%20ORIGEN.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20II%20SL%2080-82%20IA%20GUERRA%20POPULAR.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20III%20SL%20I983-85.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20IV%20SL%2086-92.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20V%20SL%20I992-2000.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CONCLUSIONES.pdf>>.

³¹ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20III/Cap.%202%20Los%20actores%20politicos/2.6.PODER%20JUDICIAL.pdf>>.

Comentaban que algunos llamados «enfrentamientos» tampoco habían sido reales, sino peleas por el control de «la merca», o también llamada con humor andino «las cachipas» (nombre de los quesos bastante salados que se hacen en el campo ayacuchano) por la forma en que llevaban la pasta básica de cocaína desde los lugares donde se producía hasta sacarla del país. La coca también estaba detrás de muchas personas que aprovechando la situación conflictiva sacaban provecho, pues como dice el dicho: «A río revuelto, ganancia de pescadores».

Otro aspecto muy serio era la relación entre el senderismo y los narcotraficantes, más concretamente los productores de hoja de coca, insumo básico para elaborar la cocaína. Estos cultivos son los más rentables, precisamente por este comercio ilícito y por estar vinculado con grandes mafias de narcos a nivel nacional e internacional. La selva ayacuchana que colinda con Cusco y otros departamentos es uno de los lugares precisamente donde los campesinos andinos se dedican a su producción, elaboración y consumo. Cuando Sendero se inicia, según cuentan, los «compañeros» estaban en contra de estos negocios ilícitos, pero al pasar los años y ver que les producía dinero y con él poder comprar armas, equipos de radio de los más sofisticados y, sobre todo, poder comprar autoridades de todo tipo, se aliaron con ellos.

La justificación era que la coca es peruana y de nuestros antepasados. Nosotros la consumimos en forma natural para calmar el ansia, nos sirve para socializarnos, se emplea en miles de tipos de medicinas y hasta para adivinar, hacer los pagos a la madre tierra, etcétera. Sendero decía: «Si los gringos se la llevan como droga y ellos la consumen para malograr su vida es problema de ellos; total, son los capitalistas los que se la llevan, allá ellos. El capitalismo mundial, sobre todo el que tienen los norteamericanos, es nuestro enemigo. Todo lo que les haga daño, mejor para nosotros, estamos en guerra contra ellos».

Este era más o menos el discurso que tenía Sendero para haberse aliado con los narcos. Cuando oí esta manera de justificarse, me dije: «Estos no saben con quién se han metido. Este es el fin de su ideología, se han aliado con el mal y pronto el mal les va a cobrar las vidas». El diablo que es padre del mal —dice San Juan— «es mentiroso y asesino desde un principio». Muchos de los problemas que hasta ahora existen en el VRAEM son por esta alianza maldita entre terroristas y narcos y por un problema histórico de olvido de parte del Estado peruano de esas zonas.

Tan real es esta alianza que una vez tuvimos contacto con una mando senderista que estaba saliendo del movimiento, cosa muy riesgosa y casi imposible de imaginar, pero todo es posible. Ella nos contaba cómo dentro de ellos había dinero que entraba del narcotráfico. Ellos daban seguridad para las operaciones de vuelos y cargamentos, pero los narcos les daban dinero: una por otra. Igualmente, dentro de los senderistas había grados y, por lo tanto, «ganaban más los que más grado tenían dentro del ejército popular». Así como tenían mejores armas, también tenían más mando y privilegios. El dinero proveniente de esta alianza servía también para ayudar a sus familias, muchas veces

en problemas con la Policía, el Ejército, el Poder Judicial y otros. En una ocasión me dijeron que el mismo santuario del Señor de Quinuapata en Huamanga había sido financiado por los narcos y que se llamaba con ironía y humor sarcástico «El Señor de Cocapata».

El narcotráfico, decían, está metido en muchas cosas. Los narcos compran a los jueces, a los policías y militares y hasta a los políticos; se mueve por todos lados, muchas casas se han hecho con ese dinero manchado de sangre, hasta en los bancos hay gente metida en estos negocios sucios. Terminó contando la famosa maldición de los incas a los españoles, quienes les destruyeron su sociedad: «Dicen que el inca les dijo que llegará un día en que los hijos de los blancos se volverán locos y se matarán unos a otros por consumir la cocaína. La hoja sagrada de nuestros antepasados vengará lo que nos han hecho. La hoja sagrada de nuestros antepasados, que para nosotros es alimento, medicina y religión, para ellos será veneno que terminará matándolos a todos».

Pienso que algo de verdad tiene esta narración sobre la maldición de los incas a la sociedad occidental y que el narcotráfico actual es una forma de terrorismo, ya que destruye todo lo que toca. Los remanentes de Sendero en la selva están clarísimamente vinculados a este flagelo.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. Informe Final. Lima: CVR, 2003. Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo I. Los actores armados. I. Sendero Luminoso.³² Tomo V. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección tercera: Los escenarios de la violencia. Capítulo 2. Historias representativas de la violencia. 23. Narcotráfico, conflicto armado interno y corrupción.³³

³² Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/CAP%20I%20SL%20ORIGEN.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/Cap%20II%20SL%2080-82%20IA%20GUERRA%20POPLAR.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/Cap%20III%20SL%201983-85.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/Cap%20IV%20SL%2086-92.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/CAP%20V%20SL%201992-2000.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/CONCLUSIONES.pdf>>.

³³ Véase en <[http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20V/SECCION%20TERCERA-Los%20Escenarios%20de%20la%20violencia%20\(continuacion\)/2.%20HISTORIAS%20REPRESENTATIVAS%20DE%20LA%20VIOLENCIA/2.23.%20NARCOTRAFICO.pdf](http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20V/SECCION%20TERCERA-Los%20Escenarios%20de%20la%20violencia%20(continuacion)/2.%20HISTORIAS%20REPRESENTATIVAS%20DE%20LA%20VIOLENCIA/2.23.%20NARCOTRAFICO.pdf)>.

¿Por qué surgió Sendero en Ayacucho? Lecciones que aprender

Mucho tiempo llevamos estudiando el tema, pero la pregunta central continúa y seguirá todavía durante mucho tiempo: ¿por qué pasó lo que pasó? No solo deseamos saber qué paso y cómo fueron los acontecimientos, sino el porqué.

Espero que estos últimos acercamientos ayuden a dilucidar esta pregunta central. Soy autor de algunos trabajos relacionados con el tema y me interesa seguir profundizando mediante el género de la narración para que no dejemos que la historia se repita, sobre todo en sus efectos tan tristes y de alguna manera irreversibles, pues la vida una vez perdida es irreparable. Los enfoques o las entradas al tema pueden ser múltiples ya que el tema es complejo y denso como la historia y como la vida; simplificar no es en estos casos lo mejor; puede ser, por el contrario, negativo.

Presento, por eso, una manera de ver desde lo que viví y compartí, no solo en Ayacucho donde la violencia fue más intensa, sino también desde Junín, las barriadas de Lima y un buen número de distritos y, finalmente, desde Apurímac, Cusco y Puno. Todos son lugares donde pude vivir antes, durante y después de la guerra. Además de la experiencia directa, tengo documentos importantes para respaldar mis percepciones y sentimientos como también mis análisis más teóricos de la historia reciente que tenemos muy cercana nuestro tiempo actual. La izquierda peruana de raíz marxista en toda la amplitud de ramas por las que ha transitado tiene que aprender de lo vivido en confrontación con la posición radical de Sendero, sobre todo para ser más consecuente y coherente entre su discurso en favor de las clases explotadas y humilladas de nuestro Perú y su vida personal, familiar y laboral. Los jóvenes y quienes los miramos desde fuera vemos que esa falta de madurez y profundidad política es lo que ha llevado en parte a su desprestigio e incapacidad para llegar a ser gobierno. La carta que escribiera Tito Flores Galindo dirigida a la izquierda peruana y a la que se considera «su testamento», me anima a decir estas últimas ideas y apreciaciones.

Pienso que hay mucho que estudiar y reflexionar juntos en un esfuerzo interdisciplinar para tener herramientas más finas y variadas y así sacar mejores conclusiones en muchos terrenos de nuestra vida como ciudadanos y cristianos.

Mi primer encuentro con un senderista fue en 1981 en la cárcel de Lurigancho. Era nada menos que un compañero que había sido seminarista. Lo hallé un día que fuimos a visitar a los presos con Pilar Coll, que en ese tiempo era responsable de la pastoral carcelaria de la parroquia Virgen de Nazaret del Agustino. Era, pues, una persona con nivel universitario y formación cristiana. Nunca supe cuál fue la causa directa por la que estaba preso, tampoco si vive o si murió en la matanza que hubo en 1987, en el gobierno de Alan García, en los penales, donde los presos de Sendero habían capturado los locales y a los propios presos que no eran sus militantes.

El segundo senderista de carne y hueso que encontré fue un dirigente muy inteligente de nuestro barrio, un joven de unos 25 años, casado, delgado y que tenía bastante parecido con José Carlos Mariategui. Un dirigente consecuente y claro al que le dolía mucho la situación de las familias pobres de su barrio, alguien que era capaz de dar todo por los demás, un hombre consecuente con sus ideas. Venía a la casa al comienzo de sus relaciones con la dirigencia senderista que lo invitaba a entrar en el partido; era el año 1983. Vivía en una casa de esteras, donde no había agua ni desagüe, ni luz ni veredas, vivía como miles de pobres en esta ciudad tan indiferente sobre todo con los provincianos que eran capaces de sobrevivir en esas condiciones. No recuerdo bien en qué trabajaba, pero era un «cachuelero», un permanente desempleado, un informal, un ambulante, etcétera, como miles de peruanos.

Al tercer senderista lo conocí ya muerto. Fui invitado a rezar en su choza de esteras y bolsas de cemento. Era verano y el calor era sofocante ya que la «casa» estaba en las últimas filas que iban subiéndose el cerro. Allí estaba él, con la cara triste y redonda. Recuerdo que era bastante blanco. Tenía ese color blanco que tienen muchos limeños por falta de sol; pero, además, por la mala alimentación que permanentemente tienen los pobres. Olía mal y estaba cubierto con una bandera roja con la hoz y el martillo, típica para los combatientes caídos. No pregunté nada; solo me limité a rezar y a abrazar a su madre que lloraba desconsolada, una mujer pobre, delgada y con facciones de serrana, y que había venido a Lima por alguna razón. El joven tendría unos 22 años.

Para terminar esta parte de mi relato, debo contar que fui testigo de muchos apagones e «iluminaciones» del cerro El Agustino con la hoz y el martillo y otras figuras. Fue testigo también de cómo los miembros de Sendero buscaban a una religiosa italiana, muy comprometida con las luchas del pueblo, y le pedían que entrara en el partido. Le prometían que la cuidarían; le decían que la podían defender de los ataques de la policía o de otros «enemigos del pueblo». Sendero buscaba a la mejor gente, es decir, a los dirigentes más honestos, a los mejores estudiantes de las universidades, a los religiosos más comprometidos, etcétera. Algunas veces lo hacían mediante el convencimiento y; otras, por medio de amenazas y chantajes; para esto gastábamos los días y las semanas del año 1984.

Ya viviendo en Jarpa (Junín), en 1985, vi cómo llegaban los senderistas a la zona y quiénes entraban en ese camino. Pude prevenir su llegada sobre todo a los docentes de más de doce escuelas rurales de distinto tamaño en las que trabajábamos. Mi conocimiento de los efectos de esta guerra me ayudó a orientar a los profesores que eran uno de los sectores que más buscaba el partido por obvias razones. Los previne sobre lo que les vendría en términos de represión. Mi conocimiento de lo sucedido en Guatemala, El Salvador y en el mismo Chile me servía bastante.

También vimos los primeros efectos de la guerra que se inició en Ayacucho en mayo de 1980, y que produjo la salida de familias afectadas por ella. Los campesinos fueron los primeros en padecer esta guerra declarada al Estado peruano, y su respuesta estuvo bastante desorientada por lo menos al comienzo. Estábamos viendo lo que se empezó a llamar «migración forzada interna». Sendero fue prioritariamente un movimiento

político que nació en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, pero que buscó sus bases en la juventud campesina educada en los colegios públicos. Esa era su base social; de allí que, para ellos, la lucha era «del campo a la ciudad», unión de campesinos andinos y pobres y de un grupo de docentes con algunas familias con prestigio de Ayacucho que vieron y se autoproclamaron como guías y conductores de esta lucha y sus propuestas.

A partir de 1987 empiezo a tener relación directa con Ayacucho y la comunidad jesuita que se había instalado en una casita pequeña de la calle San Martín, muy cerca de la famosa iglesia de la Compañía. Al llegar a la ciudad me llamó de inmediato la atención la importancia de la universidad y los servicios públicos como motor de todas las actividades de ella. No había ninguna industria, tampoco actividad comercial significativa, y tenía la información de que el Estado peruano invertía en esta zona tan poco que era casi una burla lo que hacía. Por ello, el Estado y sus representantes eran vistos, por un lado, como «la patronal» ya que era el principal empleador y, por otro, el gran expoliador de los ciudadanos. Era visto como un Estado vampiro, «chupasangre», exaccionario y nada retribuyente. Precisamente y como muestra de ello, en los años 1978 y 1979 (estaba como presidente el general Morales Bermúdez) se produjo el intento de privatizar la enseñanza pública, lo que dio origen a las manifestaciones airadas y constantes en Huanta y el mismo Ayacucho para no permitir dicho intento.

Esta experiencia constante, unida a la lectura de ella (a saber, que nada podía cambiar más que con la lucha armada), me explica en parte por qué Sendero convencía sobre todo a los jóvenes de origen campesino de su lucha y su propuesta de tomar el poder para llegar a tener un «nuevo orden», «un nuevo Estado» al servicio de las clases desfavorecidas.

Esta manera de ver al Perú fue la base para diseñar su lucha que al final no dio los resultados esperados. La pregunta que me queda es ¿qué fue lo que falló en este cálculo político y militar? ¿Fue mal hecha la correlación de fuerzas? ¿Les ganó su deseo de hacer la revolución antes que su análisis de las condiciones reales «científicas», como dirían ellos, para lograr sus objetivos? ¿Les faltó preparar más bases (cuadros y células) que eran en el fondo las que les daban la seguridad para su victoria?

El análisis de Sendero era que el resentimiento por el racismo, la violencia de la injusticia y la frustración de muchas esperanzas era un factor tremendamente movilizador. Los andinos y serranos, decía Sendero, se sienten despreciados en una sociedad en la que los mestizos y los blancos tienen el poder. Ese poder se ejerce desde el Estado y produce constante injusticia precisamente contra esas mayorías despreciadas, maltratadas y explotadas. Las elecciones para ser autoridades de los pueblos, ciudades y el propio Estado son y han sido elecciones fraudulentas, es decir, amañadas: los ricos, los blancos, los con apellido han permanecido en el poder durante siglos. Todas las instancias y todos los poderes del Estado se ponen al servicio de esa clase social y usan al propio pueblo (por ejemplo, los soldados y policías) en contra de los intereses del pueblo. ¿Qué le queda al pueblo? Levantarse, defenderse y tomar el poder con las

armas; no hay otra salida. Vale más la pena morir por esa causa que morirse de igual manera sometido a la miseria y a la explotación.

Ese fue el mensaje que percibí que daban los senderistas a los jóvenes y a los adultos de entonces. Esta forma de analizar la compartían muchos ayacuchanos; en lo que se diferenciaban era en la manera de resolver este problema, es decir, en los medios para alcanzar los fines. Pero estaban de acuerdo en que había mucha verdad en este diagnóstico; la diferencia estaba en la forma de curar el mal. Para los senderistas, la lucha armada era la única salida; para nosotros, no, y de allí que fuéramos considerados revisionistas, traidores y que nos pusieran tantos otros adjetivos.

Estando en Huamanga en 1990 me llamaron para acompañar un entierro. Se trataba de un joven estudiante muerto. Se veló en su casa, en uno de los tantos barrios nuevos de Ayacucho. Lo acompañamos hasta el cementerio, que por desgracia era demasiado visitado. Iban con nosotros muchos niños, adolescentes y jóvenes, todos vestidos con sus uniformes plomos y camisas blancas. Este fue el uniforme escolar que se impuso en la época del velasquismo. Llegamos al lugar donde ya lo iban a enterrar, cuando de repente llegaron dos senderistas con pañuelos que les tapaban la boca y la nariz. Antes de que lo colocaran en el nicho, iniciaron su despedida solemne.

Yo estaba vestido con ornamentos y sentí un pánico real; a lo único a que atiné fue a entroparme como diría Arguedas, en uno de los grupos de niños que nos acompañaban y que rodeaban el cajón. Me puse a orar intensamente ofreciendo mi vida si era necesario, con una frase que repetía sin cesar: «Señor Jesús, en tus manos y en tu corazón pongo mi vida». Pensar que estaba rodeado de niños más indefensos que yo me dio fortaleza y hasta calma. Los discursos fueron dramáticos y levantaban al máximo el valor de haber caído en la lucha: que «la vida de estos combatientes pesaba como las montañas y que, la de sus asesinos, como una pluma, como una nube de humo»; que «la verdad era invencible, que la lucha por liberar al Perú de sus opresores costaba sangre y que ellos estaban dispuestos a darla». Yo me preguntaba en mi interior cómo y de qué manera serían recibidas estas palabras por los niños, adolescentes y jóvenes que estaban allí, así como muchas otras preguntas de fondo. Para terminar estas aproximaciones a la realidad, quiero narrar el encuentro con un exsinchi que había luchado en varios lugares del país y que sobrevivió para contarlo. Era un hombre fornido y de buen tamaño. Él me decía: «El gran responsable del surgimiento de Sendero son los Gobiernos que hemos tenido y que seguimos teniendo. El olvido de las comunidades campesinas, sobre todo las de la sierra surandina, la indiferencia ante sus demandas, la corrupción que se empeña en poner a su servicio el bien común, las componendas con los grandes intereses económicos que están aliados con las transnacionales». Asimismo, «Me sentía utilizado por los grandes, que no sirven a los intereses de las grandes mayorías»; «Esto continúa y no veo cómo puede arreglarse esta situación».

Finalmente, finalmente que resentimiento, pobreza, frustración y fanatismo son cuatro claves para entender cómo y por qué el discurso violento y radical de Sendero y del

MRTA han sido acogidos por los jóvenes y por los adultos que se embarcaron en esta lucha popular, más allá de su condición social y religiosa. Si estas condiciones continúan, la violencia siempre estará al acecho de nuestro futuro como país. Mientras haya familias que viven con un sol al día como ingresos y haya ricos que insultan con su despilfarro y prepotencia a los pobres, la violencia la justificará cualquier partido que pretenda liderar y organizar los cambios. La injusticia en todo terreno, pero sobre todo en las relaciones laborales y de género, dará siempre motivos para levantarse en contra de ella. Me pregunto si la violencia delincuencial y el narcotráfico no serán nuevas expresiones de estas mismas raíces en un país con una decadencia moral tan grave en el terreno social.

Como cristiano me hago la siguiente pregunta: ¿cuál es la causa por la que nuestra Iglesia no ha sido suficientemente fuerte y comprometida con los derechos humanos tan poco respetados durante esos años terribles y lo que va después de ellos? Mi respuesta es múltiple, pero no absoluta porque la realidad es compleja y cambiante. A nivel de obispos, es muy variada por la falta de formación teológica y espiritual adecuada, también de desarrollo espiritual verdadero. Muchos de ellos son funcionarios de la religión y no testigos creíbles del evangelio de Jesús. Otros por comodidad y por cuidar sus privilegios no quieren cuestionamientos serios a su vocación al servicio de la vida y del hombre pobre y asesinado en medio de estos conflictos tan serios. La falta de investigaciones sobre el papel de los obispos y de los capellanes castrenses durante el conflicto son una prueba para mí de la falta de ese compromiso y valor de los distintos responsables de la Iglesia para asumir la verdad de lo que pasó, así como el destino de los miles de huérfanos que produjo esta guerra absurda.

Los obispos del llamado sur andino sí lograron tener una posición de conjunto frente a la violencia terrorista de los grupos alzados en armas, así como a las acciones cometidas por agentes del Estado peruano. La teología del Concilio Vaticano II y la teología de la liberación son el fundamento de estas distintas posiciones con sus distintas también consecuencias. Los laicos peruanos en general no tenemos mucha formación académica ni teológica; sin embargo, lo que hubo y hay es un compromiso por la vida y la defensa de los pobres y las víctimas de esta historia. Esta práctica valiosa y real no ha sido suficientemente rescatada por la historia ni por la teología, y por eso se presenta como un reto y una fuente de vida y esperanza hacia delante. La formación de algunas instituciones de derechos humanos y otras en favor de la reivindicación de los derechos de las víctimas sí son una muestra de su compromiso social y académico, que salvan la apatía, en general con estos temas de la sociedad en su conjunto.

Los nuevos escenarios del Perú y sus conflictos están ahora en relación con los recursos mineros y el agua, con las grandes inversiones donde se venden tierras, con el uso transparente de los presupuestos y bienes públicos (lucha contra la corrupción), con cómo enfrentar el narcotráfico y la delincuencia organizada. Nuevas batallas, nuevas oportunidades para servir a la vida y la verdad en nuestro país.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.
Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo I. Los
actores armados. I. Sendero Luminoso.³⁴
Tomo VIII. Segunda parte: Los factores que hicieron posible
la violencia. Capítulo I. Explicando el conflicto armado
interno.³⁵

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo y por qué surgió Sendero Luminoso? ¿Por qué empleó la violencia contra la sociedad y el Estado peruano?
2. ¿Cuáles fueron las acciones que empleó Sendero Luminoso contra las fuerzas del orden, autoridades políticas y civiles?
3. ¿Por qué Sendero Luminoso privilegió la captación de cuadros en universidades y espacios educativos?
4. ¿Cuál fue la vinculación entre Sendero Luminoso y el narcotráfico?

³⁴ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/CAP%20I%20SL%20ORIGEN.pdf>>, <http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/Cap%20I%20SL%2080-82%20IA%20GUERRA%20POPULAR.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/Cap%20III%20SL%201983-85.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/Cap%20IV%20SL%2086-92.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/CAP%20V%20SL%201992-2000.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.1.%20PCP-SL/CONCLUSIONES.pdf>>.

³⁵ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/iffinal/pdf/TOMO%20VIII/SEGUNDA%20PARTE/I.Explicando%20el%20conflicto%20armado%20interno/1.EXPLICANDO%20CONFLICTO%20ARMADO%20INTERNO.pdf>>

 **Quince días de paro armado**

La intención de Sendero, claramente y desde sus inicios, fue llegar a tomar el poder del Estado peruano ya que en la mente de su ideólogo «maestro y guía» estaba renovar en el Perú el marxismo-leninismo-maoísmo en su expresión más pura. No solo era la historia la que lo coronaría como artífice de esta gesta libertaria, sino que estaba convencido de que la ciencia y el cosmos en su evolución lo estaban llevando a ese lugar casi de forma fatal. Nada ni nadie debía oponerse a este destino ni a esta voluntad de poder. «Si era necesario un millón de muertos» para lograr esta meta, no les temblaría la mano para hacerlo. Todos aquellos que entraban por este camino debían estar dispuestos a entregar su vida por esta causa (cupó de sangre) y del mismo modo matar si fuera necesario a todos los traidores y revisionistas que hubiera.

El segundo gran convencimiento al interior del partido o movimiento era que la toma de las armas era el único camino para tomar el poder y lograr así los cambios sociales en el nuevo Estado que se formaría en la etapa final. No eran un ejército regular, sino un ejército popular guerrillero, con células político-militares bien organizadas y valientes que conseguirían las armas que fueran necesarias y también las formas de hacer los famosos «quesos rusos» y otros tipos de explosivos para provocar pánico, atentar contra los puestos policiales o hacer volar por los aires los carros y otros vehículos militares. Por eso fue muy importante para ellos que dentro de sus miembros hubiera jóvenes provenientes de las escuelas de minas, gente que supiera de explosivos y la manera de usarlos. En las escuelas no les enseñaban solo ideas, sino también cómo usar armas de todo tipo, cómo hacer «cazabobos» y otros explosivos necesarios para provocar destrucción y terror. Este modelo de formación continuó en el VRAEM con los niños a los que se les sigue igualmente llamando «los pioneros».

Finalmente, otra estrategia fue declarar zonas liberadas por ellos del poder del Estado y sus instituciones tutelares como municipios, escuelas, puestos y cuarteles. Las comunidades campesinas, como los pueblos que eran considerados así, tenían evidente miedo ya que sus leyes tenían que cumplirse indefectiblemente si no querías morir como un cordero, degollado o lapidado.

Para marcar estos espacios y de alguna manera mostrar su poder, Sendero declaraba paros armados de distintas duraciones; es decir, de un día y hasta de quince días. Los

paros armados eran decretados por ellos y lo hacían saber de varias maneras. Corría la orden y llegaba a todos los pobladores. Durante los años de vida que pude estar en Huamanga aprendí a sobrevivir junto con los ayacuchanos en varios de estos paros. La experiencia es insustituible, como el amor: solo el que lo ha sentido y gozado puede hablar de él con experiencia y reflexión. El miedo era el sentimiento común; hasta las panaderías dejaban de hacer las gustadas «chaplas» y otros panes de nuestra tierra. De la misma manera, la universidad permanecía callada y sin alumnos. Todos los que éramos docentes dejábamos de ir; y si salíamos a la plaza, era para enterarnos de alguna noticia importante. Allí estaban los miembros de la famosa FUCHA (Federación Única de Chismosos de Ayacucho), nombre gracioso que le daban a los «vecinos notables de la ciudad» que todavía sobrevivían en la ciudad en esos terribles años de 1988 a 1991, y que se ponían en los portales a conversar sobre los últimos rumores y hechos de la ciudad y de sus barrios.

Por las noches la cosa era más difícil aún, pues de día nos podíamos mover a pie, en bicicleta o a caballo para ir al puericultorio, al hospital o a la cárcel. Nosotros, de valientes, abríamos la iglesia de la Compañía para confesar y atender las misas, y a la que siempre venía alguien para rezar y conversar con nosotros. La misa de las doce nunca dejamos de oficiarla, así como tampoco la de las siete de la noche, aunque hubiera apagón o bombazos; claro que teníamos miedo, pero lo controlábamos sobre la base de fe y de prudencia.

Todos nuestros planes de salidas y otras actividades tenían que someterse a este ritmo de la historia, y le sacábamos provecho a las circunstancias, nada nos detenía para servir y seguir dando lo mejor de nosotros. Personalmente me hice una oración breve que la repetía con todo el sentido que podía. Nunca oré tanto en mi vida como en esos años en los que acompañé a personas y familias en medio de una guerra sangrienta. De estas experiencias saqué un principio que me ha servido para toda la vida: «Hay que hacer de toda circunstancia una oportunidad para amar más», principio humano y cristiano muy difícil de cumplir a cabalidad pero que te vuelve invencible de alguna manera. Aprendimos a aceptar la realidad junto con un pueblo que estaba a merced de la voluntad de los senderistas que declaraban «paro armado» y de los militares que nos decían que no debíamos obedecer, sino desafiar trabajando o comprando lo que quisiéramos.

Por otra lado, en esos días de inmovilización casi absoluta las programaciones de trabajo se desarmaban absolutamente, pero nos permitían hacer cosas que a veces no hacíamos, como conversar con tiempo, orar más, visitar a alguna familia necesitada, ir al hospital a ver a los enfermos, leer, escribir en mi caso, etcétera. Así pude comprender y practicar algo que todo hombre puede hacer, que es reírse de los que nos oprimen o limitan. Y pensaba: «Si nos cierran la puerta, salimos por la ventana; si nos cierran las ventanas, salimos por las claraboyas; si nos cierran las claraboyas, salimos por el desagüe; nada nos puede limitar». Es algo parecido a lo que Gandhi les decía a los

militares ingleses que lo querían limitar: «Tendrán mi cuerpo, pero no mi voluntad». El amor no tiene cadenas, es invencible.

En los paros, como decía, no se podía salir en movilidad motorizada, menos al campo, salvo que se hiciera a pie o en bestia. Los apagones eran lo más común y, por lo tanto, las emisoras tenían dificultad para salir al aire. El silencio se iba apoderando de todos; solo por las noches empezaban las explosiones y disparos de metralla. Al día siguiente corría la noticia de que había aparecido un muerto en la calle tal y sería el estudiante fulano o la señora que había abierto su puesto en el mercado, etcétera. Desde muy temprano, la gente se movilizaba para ver al muerto y enterarse de lo sucedido, para ir después a acompañar en el duelo o en el entierro. Había tantos muertos que hasta la madera faltaba para fabricar los cajones; los pobres eran enterrados en sus frazadas y dos palos atados al cuerpo. La comida escaseaba a los pocos días, ya que las tiendas y los puestos de los mercados no podían abrir para vender.

Allí empezaban a operar las redes familiares para ayudarse, y los niños eran los correos para hacer llegar las ayudas, pues el ser pequeño y débil tiene sus ventajas en esas circunstancias. El gas para cocinar rápidamente se agotaba y entonces las formas tradicionales de cocinar entraban a tallar. Era curioso y a la vez hermoso ver cómo la ciudad amanecía con una nube de humo sobre toda ella, humo que provenía de los fogones que en el jardín habían instalado las madres para poder seguir cocinando para sus hijos. Por las noches, las familias se reunían de manera más seguida, ya que el toque de queda empezaba a las seis de la tarde y era peligroso salir. Muchos habían muerto a causa de balas perdidas, de coches o de artefactos que explotaban cerca a un puesto policial, a una emisora de radio, a un transformador de alta tensión, a la casa de un dirigente o a una autoridad. Esta situación «obligó» a muchas familias a conversar más entre sus miembros, a tener una vida familiar más intensa; esto era bueno, pero a la vez también hacía que los sentimientos más primitivos surgieran al interior de las personas y familias. Los espacios chicos y el miedo no son buenos aliados para la salud mental.

Otro efecto de estos paros armados era que la desconfianza minaba las relaciones entre los vecinos y los barrios. Nadie podía confiar en casi nadie. A los pocos años de vivir en Ayacucho ya nos conocíamos el «calendario senderista», es decir, las fechas que ellos podían decretar paros armados o hacer alguna «acción en honor del camarada tal o cual». Así teníamos presente el 17 de mayo o ILA-80 (Inicio de la Lucha Armada en 1980); el 16 y 17 de julio, día de la heroicidad o matanza de los penales; el 3 de diciembre, cumpleaños de Abimael Guzmán; el ataque a la cárcel de Huamanga; el día de la muerte de Edith Lagos, y así otras fechas memorables para ellos (y para nosotros que las teníamos que padecer).

Terminado el paro, la vida regresaba a la normalidad relativa ya que la guerra continuaba, solo que de forma un poco más lenta. Los buses que venían de Lima

eran los que más alegraban la ciudad ya que nos devolvían el aliento con la llegada de amigos y familiares, de las cosas necesarias para comer, curarnos y vestirnos. Las clases se reiniciaban en los colegios, en las escuelas, en los institutos y en la universidad, que era el alma de la ciudad realmente. Los mercados se reanimaban y volvían a la vida a pesar de las pérdidas económicas que producían estos paros, en especial para los que producían verduras, frutas y carnes. Todos lo pasábamos mal, pero sobre todo los más pobres, ya que con dinero se consiguen las cosas, pero sin él es más duro sobrevivir. Cuánto nos ha costado vivir, pero la vida se impone de manera admirable a pesar de la muerte y sus servidores.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.

Informe Final. Lima: CVR, 2003.

Tomo II. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas.

Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo I. Los actores armados. I. Sendero Luminoso.³⁶

Tomo VIII. Tercera parte: Las secuelas de la violencia.

Capítulo I. Las secuencias psicosociales. 2. Desintegración de los vínculos familiares y comunitarios. 2.2. Alteración de la convivencia.³⁷

Capítulo 3. Las secuelas socioeconómicas. I. Consecuencias del conflicto armado en el capital humano y social.³⁸

³⁶ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20I%20SL%20ORIGEN.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20II%20SL%2080-82%20IA%20GUERRA%20POPULAR.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20III%20SL%201983-85.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/Cap%20IV%20SL%2086-92.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CAP%20V%20SL%201992-2000.pdf>>; <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%20I%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/I.I.%20PCP-SL/CONCLUSIONES.pdf>>.

³⁷ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20VIII/TERCERA%20PARTE/I-PSICOSOCIALES.pdf>>.

³⁸ Véase en <http://www.cverdad.org.pe/fifinal/pdf/TOMO%20VIII/TERCERA%20PARTE/III%20Secuelas%20economicas%20_Lmujica_.pdf>.

Iscahuaca o el pueblo borrado del mapa

Este relato empieza en el río casi helado que cruza cerca de la comunidad reubicada de Iscahuaca, una población que está entre los límites geográficos de Ayacucho y Apurímac. Era como el mediodía, y una fila de hombres y mujeres se bautizaba en las aguas de este pequeño pero cristalino riachuelo. Lo hacían unos pastores que habían venido de Cotaruse para realizar precisamente este rito de entrada a la nueva Iglesia a la que ingresaban por lo menos unas cincuenta personas, todas adultas. Lo hacían por inmersión, es decir, que eran sumergidos completamente dentro de uno de los remansos más hondos de este lugar solitario. El pastor los iba llamando uno a uno y los bautizaba en nombre de Jesús su salvador personal, y al salir recibían una túnica blanca como símbolo de su nueva condición de criaturas nuevas.

Habíamos salido de la comunidad reubicada desde hacía casi nueve años al pie de la carretera cerca de un cerro llamado Chicurune, nombre que viene del Chicuro, una raíz comestible. Realmente yo estaba impresionado por la ceremonia y por el cambio de religión por parte de casi toda la población de este nuevo pueblo apoyado por el Programa de Apoyo al Retorno de los campesinos que habían dejado sus casas y tierras debido a la guerra desatada en sus comunidades, caseríos, distritos y provincias. Terminada la ceremonia, que duró hasta casi las tres de la tarde, regresamos en caminata religiosa a la comunidad. La mayoría, si no es la totalidad, era católica. Yo me preguntaba cuál habría sido la causa de este cambio tan fuerte y profundo. La historia, como en muchos de los casos, es la que explica estos fenómenos sociales y religiosos.

Iscahuaca era una comunidad campesina, pero de pastores con muy pocas tierras para la agricultura, sobre todo por la altura en que se encuentra. Eran solamente ciento cinco familias con unas treinta mil cabezas de camélidos sudamericanos. Tenían en proceso de domesticación un rebaño de trescientas vicuñas. Estos animales son realmente preciosos, pude convivir con una de ellas que se había «entropado» con un rebaño de alpacas al morir su madre. Sus ojos grandes y negros eran hermosos y estaban llenos de viveza, parecía que en ellos estaba encerrada toda la historia de nuestros Andes, desde los primeros pobladores hasta las aqllas incas del Coricancha.

El lugar donde estaba antiguamente el pueblo quedaba como a seis kilómetros del nuevo lugar donde ahora ya vivía la comunidad. El nombre viene de dos palabras quechuas: isco que significa 'yeso'; y waca, 'lugar de adoración' —tiene también otros significados religiosos—, 'donde se entierran los muertos'. Cerca al pueblo antiguo, hay precisamente unas formaciones calcáreas que parecen momias inmóviles que miran al valle que se abre a sus pies. Cuando visité este pueblo fantasma, encontré casas derruidas y quemadas. Todas ellas eran casas de piedra y techos de paja; todavía se podía ver y sentir el olor a cenizas del incendio. Solo estaba de pie el templo católico y una casa llamada «la casa roja», donde parece que concentraban la lana cuando venía el hacendado a llevársela para la industria arequipeña.

La iglesia estaba cerrada, pero tenía todas las imágenes dentro. El techo estaba conservado, pero se le notaba sucia y abandonada. Solo puede mirarla desde un agujero que tenía la puerta de madera que aún mantenía. Me llamó la atención la cantidad de vizcachas que se paseaban entre los escombros de lo que había sido el pueblo. La historia de este pueblo borrado es la siguiente: eran los años de 1988 cuando Sendero ya se movía como pez en el agua en toda esta zona, tenía dominadas sobre todo las vías de los campesinos, pues ellos se movían a pie. Robaban explosivos de las minas y con ellos hacían sus atentados contra locales municipales, torres de alta tensión, puentes, puestos de la Policía y todos los objetivos militares que consideraban importantes. Es clave saber que en tierras de esta comunidad funcionan hasta hoy dos grandes minas. Una de estas minas se llama Selene y pertenece al grupo Hochschild, un consorcio dueño de trece minas en el Perú y de Cementos Pacasmayo. En 1998, el Ejército cuidaba el almacén de explosivos de estas minas. Una pregunta que cabe hacerse es por qué nuestro Ejército debe «cuidar los intereses de estas empresas privadas y transnacionales». Hoy tenemos que uno de los problemas más serios es precisamente la relación entre las comunidades campesinas y la actividad minera con sus complejos e importantes problemas como es el uso del agua como recurso primordial, la contaminación y el desarrollo equilibrado y justo de los campesinos donde precisamente operan estas empresas con ingresos tremendamente lucrativos, etcétera.

Ese año de 1988, precisamente Sendero había preparado una trampa a un carro que venía de Abancay para hacer el levantamiento de varios cadáveres que habían sido encontrados en la carretera que va desde la llamada «subida del ciervo» o «siete curvas» hasta el abra de la carretera que colinda con el departamento de Ayacucho. Los terroristas habían colocado una mina en una de las últimas curvas de la parte alta, donde precisamente llega uno de los caminos de herradura que entra al poblado antiguo de Iscahuaca.

Fue tan cruel el atentado que murieron varios fiscales, enfermeras, médicos y policías. No solamente fueron atacados con esa mina que hizo volar por los aires el carro que los traía, sino que fueron muertos los sobrevivientes con picos y piedras. Ante este hecho tan terrible, el cuartel de Challhuanca organizó rápidamente la persecución de la columna responsable de la acción. Llegaron al lugar del atentado con mucho miedo, ya que ellos mismos podían ser atacados por los «terrucos». Llegaron y vieron con horror lo sucedido.

Inmediatamente relacionaron el acto con la población que se divisa desde esa curva. Fueron al pueblo buscando a los comuneros para detener a todos los que pudieran, pero se encontraron con la sorpresa de que no había nadie. Los senderistas les habían advertido de la posible reacción de los militares y de la posterior represión a los civiles. Al llegar prendieron fuego a todo lo que encontraron, destruyeron con granadas las pocas casas que estaban en pie; el pueblito quedó borrado literalmente.

Hasta la fecha nadie ha vuelto a vivir en él. Las familias se han ido a vivir a sus estancias o chozas cerca de donde se encuentran y comen sus rebaños. Algunas familias se fueron a Abancay; otras, las que tenían familiares, se fueron a Nazca y hasta Ilo, Arequipa y la misma Lima. Los jóvenes fueron los primeros en irse y lograr salvarse de esta situación tan difícil. Me contaba uno de ellos que regresó camuflado como comerciante para ver cómo había quedado el pueblo y cómo avanzaba su reubicación. Otros iban y venían evaluando la situación, aprendieron a vivir en las ciudades donde se habían refugiado. Aprendieron mejor castellano y hasta algunos se casaron con mujeres o varones de otros lugares, y solo venían a ver cómo llevaban algunos productos para apoyar a sus familias que ciertamente pasaban necesidad. Llevaban sobre todo chalonga (charqui) de alpaca, cordero, vaca, vicuña y hasta de guanaco. Ahí vi cómo habían aprendido a hacer chalonga de trucha que pescaban en los riachuelos del lugar.

Al preguntar cuál había sido la razón del cambio de religión me daban diferentes respuestas. Una de las principales respuestas era que los párrocos católicos los habían abandonado, no los visitaban como los hermanos venidos desde Sicuani, en el Cusco. El otro motivo había sido la desaparición de su pueblo, lo cual consideraban una verdadera catástrofe o un destierro en el que la Biblia y su mensaje les dio sentido y fortaleza para seguir viviendo. «Ahora puedo yo directamente hablar con Dios, no necesito de curas y monjas para comunicarme con Él». A los santos y sus imágenes los miraban como una etapa «de paganismo e idolatría». De la misma manera, las fiestas religiosas las veían como un tiempo de ignorancia y maldad; según ellos, porque «eran ignorantes y gastaban en emborracharse y dar plata al cura que les cobraba».

Tenían un nuevo templo donde desde los niños hasta los adultos estudiaban casi a diario las Escrituras. Tenían ciertos problemas para dejar de masticar la coca y con algunos asuntos relacionados con la pureza de los alimentos, pero en general los vi bastante sanos, no tenían el fanatismo típico de los conversos de otras iglesias. Esta es la historia de Iscahuaca, el pueblo que fue borró el Ejército y que rehizo su vida de manera original y exitosa.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo VIII. Tercera parte. Las secuelas de la violencia.
Capítulo I. Las secuencias psicosociales. 4. Respuestas creativas y estrategias para enfrentar la violencia y sus efectos.³⁹

³⁹ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VIII/TERCERA%20PARTE/I-PSICOSOCIALES.pdf>>.

Recuerdo la película *Naufragio* en la que la gente que se quedó atrapada dentro del barco que se había dado la vuelta fue precisamente gracias a que iba encontrando espacios donde había aire, que pudieron llegar hasta el casco de la nave y, finalmente, salvarse. Esa era nuestra experiencia en los años terribles que vivimos la violencia en Ayacucho. En el Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación nos hablan de dos momentos especialmente intensos: uno, entre los años 1983 y 1984, y el segundo período, igualmente fuerte, entre los años 1988 y 1989.

Gran parte del país estaba declarado zona de emergencia, es decir, con las garantías constitucionales y los derechos individuales sumamente recortados y donde el comando político militar era quien mandaba realmente. Los medios de comunicación estaban controlados por el Estado o amenazados por los dos grupos alzados en armas. La administración de justicia, con miembros con miedo de emitir sentencias justas y objetivas, estaban atezados igualmente entre los dos actores principales del conflicto interno. Los civiles se hallaban sin seguridad ninguna; el silencio era la posición más común, ya que declararse en favor de uno de los lados del conflicto traía consecuencias graves, por decir lo menos. Así las noticias circulaban de boca en boca y siempre había que cuidarse de con quién hablar y opinar.

En medio de esta situación asfixiante teníamos algunos espacios de libertad, aunque pequeños pero reales. Estos eran las canciones, los poemas, los retablos, los carnavales, las fiestas religiosas o familiares que podíamos seguir haciendo en medio de esa guerra sangrienta y real que nos iba matando e inmovilizando. Las fiestas, por ejemplo las de cumpleaños, empezaban a las seis de la tarde y terminaban obligatoriamente a la mañana siguiente. La orden de toque de queda nos lo imponía; eran, como decíamos con humor, «fiestas de cama adentro». Los dueños de la fiesta por seguridad nos echaban llave a la puerta para que no saliéramos.

Igualmente, en medio de la guerra, se organizaban festivales de la canción en el auditorio de la universidad o en otros espacios donde los artistas vernaculares nos cantaban sus canciones, muchas de ellas compuestas con temas de la vida que sufríamos. Los sentimientos más hondos afloraban en las letras y tonos de estas. Se analizaba, se protestaba, se burlaba y se esperaban cambios para los dramas que teníamos, como el abuso de los militares, la crueldad de los «terrucos», el deseo de paz y justicia que clamaba por muchos lados, etcétera. Ayacucho no podía expresarse mucho de manera escrita porque los periódicos estaban controlados y porque no llegaban a muchos; entonces, los retablos y los bailes se convirtieron en uno de los espacios donde hablar, opinar o gritar el dolor. Basta mirar la producción artística de esos años para darse inmediatamente cuenta de cómo estos fueron un canal de denuncia de los horrores que vivía la población (sobre todo la campesina).

Lo mismo pasaba con las canciones y los bailes, los poemas y hasta las postales que producían los niños y las niñas de algunas instituciones no gubernamentales que trabajaban con ellos. En los concursos escolares saltaba a la vista la opinión de la

población, sobre todo la joven. De la misma manera, las oraciones que componían para los temas de religión estaban teñidas de lo que pasaba y padecía el pueblo. Los retablos de la familia Jiménez son un ejemplo claro de esta línea y compromiso a favor de la verdad y el derecho; asimismo, las canciones de compositores como Ranulfo Fuentes, Carlos Falconí, Carlos León y otros.

A nivel de instituciones, varias organizaciones no gubernamentales fueron importantes por sus trabajos al denunciar la situación de los pueblos y de las comunidades desde diversas perspectivas, pero que no llegaban a ser oídas ni tomadas en cuenta por las autoridades de ese tiempo, autoridades de todo tipo. Órganos internacionales como la Cruz Roja fue otro de estos testigos que ayudaron a dar a conocer dentro y fuera del país lo que se vivía cada día en las zonas de emergencia. Fuimos visitados por instituciones como America's Watch, Human Rights Watch, Amnistía Internacional y la Comisión Episcopal de Acción Social (CEAS) y por el propio premio nobel de la paz Adolfo Pérez Esquivel; pero el problema era tan inmenso que era poco lo que podían hacer. A veces, una vez que se iban estas instituciones, teníamos más miedo ya que nuestras declaraciones podían —y de hecho fue así en algunos casos— traer venganzas de parte de los interesados en el silencio, «el que obra mal odia la luz». La debilidad de la sociedad civil es y sigue siendo muy grande, y por eso se explica en parte que no se haya hecho justicia para miles de casos de violación de sus derechos humanos fundamentales, hasta hoy.

En esos años, el arte de todo tipo fue en general un espacio de libertad y de esperanza. Buscar y rescatar esa producción tiene un valor especial. Por otro lado, pude ver y recoger lo que yo llamo «arte senderista», y hasta una página web a la que en la actualidad no se puede acceder, que era un tipo de arte al servicio de su guerra y que hacía memoria de sus héroes y fechas emblemáticas. Produjeron volantes, tarjetas, pósters, tallados, prendedores, banderas, himnos y lemas en los que se puede ver y escuchar la manera de ver la guerra y al Perú con sus problemas.

Tienen algo de inspiración en la iconografía de la Revolución china, pero mucho también de los combatientes y productores nacionales. Como todo arte, moviliza sentimientos, fija fechas y transmite actitudes. Estudiar ese arte también es importante para comprender cómo y por qué se expresaron de esa forma estos peruanos ideologizados tan radicalmente y cómo veían y sentían su lucha.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Lima: CVR, 2003.
Tomo VIII. Tercera parte: Las secuelas de la violencia. Capítulo I. Las secuencias psicosociales. 4. Respuestas creativas y estrategias para enfrentar la violencia y sus efectos.⁴⁰

³⁹ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VIII/TERCERA%20PARTE/I-PSICOSOCIALES.pdf>>.

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo se vio afectada la vida cotidiana con el conflicto armado interno?
2. ¿De qué manera los «paros armados» convocados por Sendero Luminoso afectaban la vida cotidiana de las personas? ¿Qué ocurría en esos días en el campo y en las ciudades?
3. ¿Cuáles fueron las estrategias de la ciudadanía para poder sobrevivir y enfrentar las secuelas del conflicto?
4. ¿De qué manera el arte refleja lo ocurrido durante el conflicto?

Niños, adolescentes y personas con discapacidad durante el conflicto armado interno

El secuestro y la desaparición de los hermanos Mancilla

Era 1989 cuando tuve la siguiente referencia y a la vez contacto directo con los actores. Era la prima de dos hermanos que habían sido secuestrados y desaparecidos, ambos llegados hacía solamente unos días de la ciudad de Lima. Eran dos jóvenes de 20 y 18 años, respectivamente. Ellos habían salido de Ayacucho, como muchos jóvenes que estaban entre dos fuegos: por un lado, la posibilidad de ser obligado a entrar en las filas de Sendero; por otro, ser detenido solamente por el delito de ser estudiante de la Universidad de Huamanga. Estos dos hermanos habían sido enviados a Lima para ser protegidos de esta desesperante situación. Pero, como había algunos días de vacaciones en medio de sus estudios, aprovecharon y se vinieron solamente por unos días a ver a sus padres. El papá era docente de la Universidad de Huamanga; y la madre, ama de casa.

Llegaron, pues, vía terrestre, y al día siguiente de su llegada se pusieron a limpiar la casa, para lo que se pusieron ropa de deporte, zapatillas y un polo usado. Empezaron la limpieza cuando oyeron que alguien tocaba la puerta. Salió la madre y se dio con la sorpresa de que dos agentes del servicio de inteligencia querían que sus dos hijos fueran «solo un momento» para hacer una declaración en una dependencia de la Policía; así se identificaron al preguntarles la madre. Ella entró y les avisó a sus hijos, y los dos muchachos sin pensar se animan y le dicen a la madre que no se preocupe, que será breve la salida. Ella insistió en que se cambiaran, ya que ir en esa facha a la Policía a ella le parecía una falta de respeto. Ellos no le hicieron caso y salieron como estaban vestidos. «Total es solo un momento y estamos de vuelta», pensaron. Salieron en compañía de los dos desconocidos, y nadie los acompañó. La madre confió en la palabra de esos desconocidos y como el padre no estaba tampoco pudo acompañarlos.

La madre se quedó en casa terminando de limpiar lo que los muchachos habían comenzado a hacer. Terminó un poco cansada y esperó tranquila el regreso de sus hijos. Paso una hora y no volvían, pasó otra y tampoco. El corazón de madre empezó a sospechar algún mal para sus hijos. La comunicación espiritual realmente existe; los hijos se encontraban en problemas y graves. Llegó el padre y preguntó por los hijos.

Era ya mediodía, ella le contó cómo es que salieron y la llegada de esos dos hombres evidentemente con corte militar o policial. El papá también se sobresaltó al oír lo que su esposa le contaba. Se molestó un poco por el hecho de que la madre los dejara ir con esos desconocidos. Comieron algo a mediodía y la espera se fue volviendo más angustiada. En esos años en Huamanga la desaparición forzada era práctica común de las fuerzas armadas. Muchos jóvenes, sobre todo varones, eran llevados a la fuerza a los cuarteles y puestos policiales solo por el hecho de ser jóvenes, y si eran estudiantes de la Universidad de Huamanga tenía más «motivos» para ser detenidos. Muchas historias tristes de este tipo habían oído ellos como padres. Empezaron los problemas entre la pareja, ya que el padre le echaba la culpa a la madre de haberlos dejado ir. Ella, por el contrario, le decía que para qué los había traído de Lima. La angustia y la desesperación aumentaban. ¿Adónde ir si no sabemos donde los han llevado?

Empezaron a buscar ayuda. Algunos vecinos conocían los puestos y cuarteles con bastante seguridad ya que estos eran conocidos. Lo difícil era saber con quién hablar y a quién pedir ayuda. En el Perú somos un país de amigos, cada vez que tenemos alguna dificultad o necesidad pensamos en los amigos que podemos tener en las oficinas o instituciones a las que tenemos que ir. Después de arreglar un poco las cosas de la cocina, salieron en busca de los hijos. «Primero vamos al puesto que está cerca de nuestra casa», se dijeron. Fueron, y el jefe de la comandancia no supo qué decirles porque allí no habían llegado. Les hizo algunas preguntas y después los mandó al cuartel Los Cabitos que estaba cerca al aeropuerto. Normalmente allí llevaban a los detenidos para interrogarlos y después, si se comprobaba su inocencia, los soltaban y regresaban un poco asustados a sus respectivas casas; los otros quedaban a su suerte.

Llegaron a las puertas de este temido espacio militar y preguntaron con insistencia sobre el paradero de sus dos hijos. La madre narró cómo es que llegaron a su casa los dos miembros de las fuerzas armadas y cómo prometieron solamente llevarlos para que den su manifestación. Los soldados encargados de la puerta como los jefes inmediatos negaron que hubieran sido traídos a este cuartel. La madre rompió en llanto al oír que uno de los jefes le decía: «Señora, no se habrá usted confundido, a veces las madres están tan nerviosas que ya no saben lo que les pasa a sus hijos». Con esas palabras daba a entender que había la posibilidad de que ella empezaba a estar loca y hablaba incoherencias. Ella repetía una y otra vez las palabras de los dos agentes que se habían llevado a sus hijos. Así paso el primer día; no había noticia de los muchachos.

El padre, que tenía más relaciones por ser un docente conocido, indagó a través de varios medios sobre el paradero de sus hijos queridos. Una y otra vez se preguntaba cuál sería la causa de esta manera de agredirlo golpeando a lo más querido que tiene un ser humano, los hijos. A veces, en su mente se culpaba de haberles permitido venir a esta ciudad tan insegura, como le recriminó la madre; otras veces se preguntaba

y examinaba ¿no seré yo el culpable por ser un hombre de izquierda y tener ideas socialistas? Yo no soy senderista, se decía. «¿Por qué se han metido con mis hijos? Si tuvieron problemas conmigo, ¿por qué no me han llevado a mí?». En su mente las ideas más tristes y desesperadas se removían como murciélagos o fantasmas llenos de sangre y gritos. Pasaron los días, y nada. La pregunta era ¿cómo averiguar lo que pasaba dentro de estos cuarteles de la muerte? Por rumores bastante ciertos se tenía conocimiento de que muchas veces a los detenidos los llevaban a varios sitios con la finalidad de confundirlos y de confundir también a sus familiares que los buscaban; esta era una manera de hacer sufrir más a las familias. Una sobrina hizo contacto con algunas muchachas que eran prostitutas y que podían entrar en los cuarteles. Precisamente, una de ellas le dio la esperanza de saber qué había pasado con sus primos. Una mañana, esa chica le dijo que había logrado entrar en el cuartel, pero que tuvo, además de acostarse con varios de los jefes, que llevarles pollo a la brasa a los vigilantes, y que llegó a saber lo que había pasado. Estas fueron sus palabras: «A tus primos los han torturado y, después de hacerlos sufrir mucho, los han bañado con brea y los han metido en un horno, allí han muerto tus primos».

Esta triste noticia llegó a los padres de los dos jóvenes. Al oírla la madre se quebró, no habló más. Yo fui varias veces a visitarla durante esta agonía. La última vez que la vi la encontré como una demente, sentada en el techo de su casa, en pleno sol, con la cabellera cana y roja de pena y con la mirada ausente. No pude hablar con ella, solo intercambié algunas palabras con el padre que también estaba delgado y con el rictus del dolor infinito que causan este tipo de abusos y atropellos. Yo era docente en esos años en la universidad, me había ganado la confianza de muchos docentes de esa casa de estudios, y claramente mi posición era en favor de la vida, de quien fuera. Esto hizo que el padre me pidiera que lo acompañe a ver al obispo auxiliar que acababa de llegar de Lima, monseñor Juan Luis Cipriani. «Bueno», le dije. «A mí no me quiere mucho y menos el tipo de trabajo que hago, pero vamos, no hay peor trámite que el que no se hace», agregué. Fuimos efectivamente, a su casa, que en esas fechas era una de las más cuidadas por el Ejército. Tocamos el timbre y fui yo quien me presenté a la persona que salió a nuestro encuentro. La intención era pedirle que hiciera el favor de ayudarnos en la ubicación de estos dos muchachos a pesar de la terrible noticia que ya teníamos. La esperanza es lo último que se pierde.

Nos recibió a los dos; yo comencé a contarle el caso y muy rápidamente me dijo que no me metiera en esos problemas, que para eso estaban las autoridades competentes y que, por favor, no volviera a buscarlo para pedir ayuda para este tipo de casos. Finalmente, nos dijo algo así como que buscar a personas desaparecidas en el fondo es hacerle el juego al terrorismo. Fue tan desconcertante la respuesta y tan poco humana, no digo cristiana, que al salir del «palacio episcopal», le dije al padre que había permanecido callado: «Hermano, nos hemos equivocado, perdóname, pero este señor no es ni humano ni cristiano, vámonos a otro sitio». Yo quería llorar al ver a ese

padre que no había recibido ni siquiera el consuelo de la solidaridad en su tragedia. Entiendo ahora que el señor obispo tenía miedo, que no quería como dijo «hacerle el juego a los terroristas», que había tomado posición respecto a esa guerra entre los grupos armados y las fuerzas del Estado, y hasta que tenía consigna de no meterse con temas de derechos humanos; pero que no se conmoviera con el dolor de ese padre, es algo que no comprendo.

Así fue, salimos y nos fuimos caminando por la calle, callados y desconcertados. Así teníamos que seguir viviendo, crucificados entre los senderistas, las fuerzas armadas, ambas con estrategias en contra de los derechos humanos elementales de las personas y un representante y autoridad de la Iglesia que se portaba en contra de los derechos fundamentales. Felizmente, el papá no dejó de creer en mí y en mi ayuda. Hoy que han pasado casi veinticuatro años de esta historia y oigo de ese cuartel Los Cabitos de boca de una fiscal ad hoc que investiga el caso, me duele saber que ya en esos años teníamos información de la existencia de ese horno crematorio y que se han hallado más de cien kilos de ceniza humana, resultado de esa práctica sistemática promovida y justificada por el Estado. En esos restos solo hallaron cenizas y dientes de las pobres víctimas. Mi propia congregación tampoco hizo lo suficiente para denunciar esta barbarie. Me pregunto: ¿será así siempre la historia, nunca estaremos a la altura de las circunstancias, como personas y como instituciones?

En ese año se desempeñaba como presidente Alan García Pérez, que irónicamente ha sido elegido por muchos peruanos dos veces presidente y sigue libre. Pienso, finalmente, que esta historia se parece a muchas historias vividas en nuestro país (se habla hoy de 16 000 desaparecidos) y que los responsables de estos horrores todavía están libres y ejerciendo cargos públicos y que algunos hasta han sido premiados. Es increíble que así sea y así tengamos que seguir viviendo. Me pregunto finalmente: ¿qué será de esos padres que vivieron esta historia de crueldad e insania, cómo serán sus vidas? Pienso que estos dolores y estas injusticias trascienden hasta más allá de esta vida terrena y que los que estuvimos en ellas daremos algún día, no muy lejano, razón de lo hecho y sobre todo de lo no hecho a un ser superior justo y amoroso, al que llamamos Dios.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Lima: CVR, 2003.

Tomo VI. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos Capítulo 1. Patronos en la perpetración de crímenes y violaciones de los derechos humanos. 2. Las desapariciones forzadas.⁴¹

Tomo III. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección segunda: Los actores del conflicto. Capítulo 3. Las organizaciones sociales. 3. La Iglesia católica y las Iglesias evangélicas. 3.1.3. La respuesta de la Iglesia en diversas regiones del país. 3.1.1.3. Región Ayacucho, Huancavelica y Apurímac.⁴²

La increíble historia de José María, el niño que vivió solo seis días

Era el año de 1988. La ciudad de Huamanga había vivido ocho años de guerra interna, que ciertamente la había iniciado el partido comunista peruano, Sendero Luminoso, conocido por los ayacuchanos perfectamente. La ciudad era una ciudad tomada por el Ejército, la Policía y los militares. Desde el aeropuerto hasta las tranqueras en todas las entradas y salidas de la ciudad, y los carros militares circulando por la ciudad, indicaban la real situación. Todo traía a mi mente recuerdos de películas de los años cuarenta con escenas de la Segunda Guerra Mundial vistas en el cine, en la televisión o en alguna revista que recordaba el holocausto. Así, los habitantes estábamos acostumbrados a la guerra, a oír tiros de metralla, explosiones de coches bomba o explosivos colocados en las torres de alta tensión o en transformadores clave para suministrar luz a los barrios. Como en toda guerra había muertos, traidores, héroes, hambre, orfandad y violación sistemática de mujeres, miedo, angustia; por eso la guerra es una de las maldiciones que los profetas anunciaran a Israel, infiel a la palabra de su Señor.

Sobre el número de huérfanos, no teníamos idea; por esos años la Iglesia católica años ya había instalado cinco casas refugio para socorrer en parte este lado cruel de la guerra. El más grande de esos albergues estaba en Huamanga, y lo había promovido un hombre bueno y benefactor llamado Juan Andrés Vivanco, conocido con el cariñoso nombre de «Papá Andresito». Regaló el terreno y allí se construyó la Beneficencia

⁴¹ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/I.2.%20DESAPARICIN%20FORZADA.pdf>>.

⁴² Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/ffinal/pdf/TOMO%20III/CAPITULO%203%20-%20Org%20Sociales%20frente%20al%20conflicto/3.3.LA%20IGLESIA%20CATOLICA%20Y%20LA%20IGLESIA%20EVANGELICA.pdf>>.

Pública de la ciudad, institución que al comienzo se hizo cargo de los niños y de las niñas que se quedaban sin nadie en este mundo. Este local estaba curiosamente cerca al cementerio de la ciudad, el cual a su vez estaba en la cabecera del aeropuerto. Los otros locales estaban en Huanta, San Miguel, Tambo y Cangallo.

En los años en que se desarrolla nuestra pequeña historia, el puericultorio ya estaba en manos de las hermanas de origen italiano, las hijas de Santa Ana. Había alrededor de ochenta niños y niñas acogidos en este puericultorio, nombre con el que se conocía este lugar en Huamanga. Era una construcción relativamente moderna, de cemento, solo de dos pisos y con ventanas de fierro y vidrios, más largas que horizontales. Más parecía un seminario o un internado para personas adultas; sin embargo, allí vivían estos niños fruto del terror y la violencia con que se desarrollaba «la guerra popular» como la llamaban los senderistas. La mayoría eran niños de origen campesino, de muchos de los distritos y comunidades de Ayacucho. Llegaban sucios, llenos de piojos algunos, despeinados y sobre todo asustados. Llegaban desde niños de algunos meses hasta niñas de 10 y 12 años. Solo podían estar hasta los 16 años en este hogar. Llegaban solos o con hasta tres o cuatro hermanitos. Todos hablaban quechua, lo cual dificultaba al comienzo la comunicación, sobre todo con las hermanas, quienes venía de fuera de la zona andina.

En ese año ninguna de las hermanas hablaba quechua. Pero para suerte había mujeres contratadas por la institución que eran de la ciudad, y ellas sí que hablaban quechua. Para eliminar los piojos, rapaban a los niños casi de inmediato; los colocaban en camas individuales; y a los que ya sabían caminar los separaban entre varones y mujeres. Este manejo me parecía un tanto cruel porque entraban en un régimen de internado, donde eres uno más, te separan de tus hermanas, te rapan y te dan otro tipo de comida. Pero yo me respondía a mí mismo ante mis preguntas un tanto cuestionadoras del sistema: «Les están dando lo necesario, les están defendiendo la vida. Eso es lo importante, ya iré comunicando mis sentires en ese sentido para que mejore el trato». Este mismo tipo de preguntas me hacía cuando iba al asilo de ancianos, donde las hermanas no les permitían a los viejos andinos, quechuahablantes, chacchar su coca y otras cosas más propias de su mundo rural y su cultura.

Unos datos más sobre la situación de los niños: me contaban varias madres de familia de la ciudad que a muchos los dejaban en los altares de las tantas iglesias que tenía la ciudad, treintatrés nada menos, para que la gente piadosa que iba a ellas los recogiera. A otros niños los dejaban como extraviados en la Plaza de Armas de Ayacucho. Había otras personas que oraban a Dios «para que un alma buena se los recoja». Sí es verdad que muchas historias no son verdad, pero por desgracia en nuestro país casi todas son verdaderas. Los pobres son capaces de dejar así a sus hijos. Conozco directamente casos iguales en el departamento del Cusco. Existe en el Perú un tráfico de niñas de origen campesino y nativo sobre todo, para utilizarlas, perdón..., para hacerlas trabajar como empleadas y compañía de personas mayores, que no tenemos idea de su dimensión y sus efectos.

Un día de esos nos llegó la noticia de que teníamos un niño nuevo. ¿Quién era? ¿De dónde había salido? ¿Quién lo habría traído? ¿Cómo fue que se quedó huérfano?... Esas eran las preguntas que como antropólogo y como religioso me hacía siempre. Ya que la orfandad en esos años era provocada por ambos lados, es decir, los senderistas y las fuerzas armadas. Ambos eran crueles y sanguinarios, actuaban sin importarles nada la vida, empezando por la suya propia. Así llegó nuestro amiguito que fue bautizado con el nombre de José María, en honor de estos dos grandes santos de la Iglesia.

¿Cómo llegó nuestro pequeño mártir? Apareció en una caja de zapatos en la puerta de nuestra institución. Lo dejaron de madrugada; no se sabía quién. Lo encontraron llorando en la puerta del puericultorio. Inmediatamente, las señoras que laboraban en el centro lo acogieron con amor maternal y lo revisaron. Aparentemente no tenía nada mal, lo cambiaron y le dieron un biberón de leche tibia. Las hermanas sugirieron bautizarlo y ello se hizo muy rápidamente. Le asignaron una cuna y lo pusieron en ella. La pregunta que me hacía era ¿de dónde habría venido este pequeño, varón y mestizo de raza? ¿Sería el hijo de un senderista muerto, o quizá de una joven violada y que no soportó más el trauma de tener un hijo de un desconocido desgraciado que abusó de ella aprovechando la situación? También pensamos que podría ser hijo de una madre pobre que no podía tenerlo y que lo dejó allí con la esperanza de que algún día podría recuperarlo. Había varias posibilidades, pero lo importante era que estaba vivo y que lo estábamos protegiendo. El primer día no lloró mucho, pero se le notaba triste. ¿Cómo no estarlo, me preguntaba, si es un bebe recién nacido? Pasó el segundo día y no quería mamar a pesar de todo el amor que se le podía dar. Para un niño es muy importante tomar la leche en brazos, aunque no sean los de su madre. Bueno, pasó otro día y el pequeño se ponía más triste, ya casi no lloraba. Al sexto día amaneció muerto en su cuna. Su cuerpecito débil no soportó más la tristeza de haber sido abandonado. Los niños no entienden lo que pasa, pero sí sienten. ¿Cómo no lo van a sentir si han estado nueve meses viviendo de su madre y junto a ella? «Se ha muerto de pena», nos dijo, así nos lo explicó el amigo psicólogo de nombre Jorge Espino cuando le contamos que había muerto José María. Todos lloramos junto a su cunita, no podíamos hacer nada ante la muerte injusta y prematura de este bebé, una víctima más de un mundo en el que los débiles tienen que llevar la cruz más pesada.

Le cambiamos de ropa, parecía un cuycito pelado y flaco, tenía las manos abiertas y la boquita azul de muerto. Lo llevamos al cementerio y lo depositamos en su cajita blanca como es la costumbre en nuestro pueblo. Allí quedó para siempre este niño que apenas vivió entre nosotros solo seis días.

Han pasado los años y siempre recuerdo a este pequeño mártir y me pregunto: cuando Jesús nos pedía hacernos como niños, ¿pensaba en este pequeño? ¿O solo era una vida más o menos de inocencia la que nos pedía? Pero el evangelio es un texto para la historia y para la vida. Por eso, cuando Jesús nos pide seguirlo es que desea que lo sigamos como viven y vivían los niños de Ayacucho, es decir, en debilidad,

en vulnerabilidad, en muerte injusta. Eso no aprenden los discípulos que quieren seguir a Jesús desde el poder y la prepotencia. Seguir a Jesús es volverse como ese pequeño cuya historia acabamos de leer. En 1991 se calculaba que solo en la ciudad de Huamanga había 16 000 huérfanos.

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.

Tomo VI. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos Capítulo 1. Patrones en la perpetración de crímenes y violaciones de los derechos humanos. 8. Derechos de niños y niñas.⁴³

Tomo VIII. Tercera parte: Las secuelas de la violencia. Capítulo 1. Las secuencias psicosociales. 2. Desintegración de los vínculos familiares y comunitarios. 2.1. Pérdidas: vacío e incertidumbre.⁴⁴

Algunos destinos inciertos de los huérfanos de la guerra

Mi encuentro con ella fue casual. Estaba de visita en la casa de una mujer italiana que había levantado con mucha dedicación y coraje una institución en favor de las niñas, adolescentes y mujeres de origen campesino que trabajaban como empleadas en las casas de muchas «familias honorables cusqueñas». Tenía ella las facciones de las chicas de origen campesino andino que vivían en la casa refugio, escuela y taller que era ese lugar. Acababa de regresar de Italia donde había sido llevada de bebé por una familia de ese país que la adoptó como hija. No recuerdo cómo fue la historia concreta de su adopción ni el apellido de sus padres, lo que sí recuerdo bien es que la crisis de identidad que sufría era honda y estaba felizmente en proceso de recuperación e integración, con ayuda de personas especializadas y que la querían mucho.

En su cabeza de adolescente se agitaban miles de preguntas sobre su origen, sobre por qué sus progenitores, pero en especial su madre, la habían entregado a esos extranjeros que ahora eran sus padres. Sentía que era mitad italiana y mitad peruana. Su color y su

⁴³ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.8.%20LA%20VIOLENCIA%20CONTRA%20NINOS%20Y%20NINAS.pdf>>.

⁴⁴ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20VIII/TERCERA%20PARTE/1-PSICOSOCIALES.pdf>>.

cuerpo eran de una peruana andina, pero hablaba perfectamente el italiano. Su pelo era negro azabache y tenía ojos rasgados de indígena, pero se vestía como las muchachas de la ciudad donde había crecido hasta sus actuales 16 hermosos años. Había vuelto para saber más sobre sus padres y buscar a sus posibles hermanos. No tenía claro —y lo entiendo— qué estudiar; se inclinaba por la psicología, y de inmediato pensé: «En el fondo lo necesita para ella misma», lo cual no estaba mal. Su persona de inmediato me recordó tantos niños y niñas con los que había convivido en Ayacucho y que habían salido como ella fuera del país. Cada persona es única, y cada historia de alguna manera también es irrepetible. No sé cuál fue su destino en adelante después de este encuentro casual, pero importante para ella y para mí que fui y soy testigo de muchas de estas vidas.

Su vida me hizo recordar la vida de una prima mía en Chile que terminó en Suecia después de que muriera su madre al dar a luz precisamente a ella. Mi prima también regresó a su patria de origen después de una crisis honda de identidad. El psiquiatra les dijo a sus padres adoptivos que debían decirle la verdad sobre su historia y que debía reconocer a su familia de origen. Mi tía, que vivía en el campo, tuvo a su décima hija y por un descuido y falta de medios murió dando a luz. El médico que la atendió, al ver que el padre se quedaba con nueve hijas y que la mayor tenía 17 años solamente, se compadeció y le pidió adoptarla. El padre accedió al verse con el drama de haber perdido a su esposa y quedarse con tantas niñas. El médico, por razones políticas, tuvo que salir del país en el golpe militar de 1973 y terminó refugiado en Suecia donde hasta la fecha vive con toda su familia. Mi prima pudo volver a su querido Chile, conocer a su padre y hasta logró llevarlo a su nueva patria, reconoció a sus hermanas y pudo mantener buenas relaciones con ellas y su familia extensa. Hoy va y viene a sus dos patrias y es una mujer realizada.

Entre 1988 y 1991 pude ver que muchos niños y niñas ayacuchanos fueron adoptados por familias peruanas y extranjeras que venían de Lima y otras ciudades en busca de ellos. Las parejas preferían a los niños pequeños; cuanto más bebés, según ellos, era mejor. Buscaban niños sanos y de manera casi inconsciente buscaban niños parecidos a ellos. Los niños sentían estas preferencias y les dolía ser desechados, más todavía cuando eran varios hermanos los que habían quedado huérfanos. Los psicólogos que asesoraban a las hermanas que tenían las casas les recomendaban no romper la unidad familiar; ya que habían perdido uno de los vínculos básicos con la muerte de sus padres, no convenía que perdieran además los lazos de hermandad entre ellos. Era difícil decidir en estos casos ya que se manejaban distintos criterios, como la sobrevivencia juntos, el miedo a represalias de parte de los que habían matado a sus padres, etcétera.

Los trámites judiciales eran medio complicados, ya que muchos de estos niños no tenían documentos. Muchas veces no se sabía con seguridad quiénes eran sus padres y si tenían más familia, pero sobre todo se deseaba protegerlos en medio de tanta necesidad y riesgo. Si los niños eran hijos de senderistas muertos, se tenía que tener muchísimo cuidado ya que según se decía «el partido tiene miles de ojos y miles de oídos». Según se comentaba, los senderistas tenían la esperanza de recuperarlos para enrolarlos nuevamente en sus filas militares. No se podía disponer tan fácilmente de estos menores. El tiempo también era un factor importante que tener en cuenta, ya que después de años aparecía un abuelo, una tía y hasta una madrina que reconocía al niño o a la niña ya crecidos. Pedían que

se los entregaran, pero eso era un riesgo nuevo; no se conocía bien quiénes eran y qué costumbres tenían esos familiares interesados después de tantos años.

Había personas que venían de otros países, como Italia, España, Canadá, Luxemburgo, Estados Unidos y otros buscando también niños y niñas en adopción. Para los extranjeros, la cosa era más complicada. Con todo, como se suele creer que salir de un país pobre es preferible a quedarse en él, las personas que intervenían en todos los trámites les facilitaban los papeleos; además, ellos dejaban, según me dijeron, buenas propinas y hasta sumas altas para el puericultorio y la misma diócesis de Ayacucho. No es inverosímil este comentario en un sistema judicial tan corrupto y fácil de doblegar con dinero, más si eran euros o dólares. Sería importante investigar cuál fue el número de estas adopciones y los distintos países a los que se fueron nuestros niños.

Esta realidad me llenó de terror cuando tuve acceso al *Informe Sabato* y pude comprobar que en Argentina, un país mucho más democrático y con instituciones más consolidadas, los militares del Gobierno de ese tiempo habían comerciado con los hijos e hijas de las presas en las cárceles de varias ciudades de esa nación. No solo habían sido embarazadas muchas veces a la fuerza, violado, sino que sus bebés habían sido comerciados literalmente y posteriormente habían asesinado y desaparecido a sus madres. Por algo había surgido el movimiento de las «Madres de Plaza de Mayo» y hasta las «Abuelas de la Plaza de Mayo», que todavía buscan a esos niños y niñas vendidos a familias europeas y locales. Ese dato me llenó y todavía me llena de horror, y me pregunto por qué en el Perú no ha surgido nada semejante hasta la fecha.

Finalmente, es bueno que se sepa que también los militares, en las distintas bases y cuarteles de los departamentos declarados en emergencia, «cuidaban» niños y niñas huérfanos, resultado de enfrentamientos y matanzas de Sendero o de matanzas hechas por ellos mismos. Siempre me pregunto qué será de ellos y cuál será la situación actual de estos huérfanos. Ningún organismo oficial ha levantado el tema de manera firme y clara. ¿Será que somos una nación sin dignidad y coraje para reclamar verdad y justicia en este circuito de vidas entregadas a otras personas, aunque ha sido quizá con buena voluntad? Tenemos derecho a saber. Me parece que detrás de esta indiferencia está el racismo contra los andinos de origen indígena mezclado con un sentimiento de superioridad venido del poder económico.

Dentro de estas historias de vida quiero narrar la vida de una pequeña que llegó al puericultorio, fruto de un ataque senderista a una de tantas familias consideradas indignas de vivir por el hecho de ser comerciantes o por tener una tienda dentro de una comunidad campesina. Ella era blanca, como son las famosas cangallinas, parte femenina de los morochucos muy conocidos por ser buenos jinetes y buenos peleadores. Su nombre era Digna, y estaba muy bien puesto ya que toda ella expresaba realmente ese atributo de las personas humanas con valor y seguridad. Tendría 12 años cuando llegó al puericultorio; como digo, era fruto de una matanza perpetrada por miembros de Sendero, aunque siempre quedaba la duda, ya que muchas muertes también fueron provocadas por enfrentamientos entre familias, casi siempre por tierras.

Como antropólogo podría decir que cuando hay algún pleito entre comuneros o con mestizos o gamonales, casi siempre hay que preguntarse ¿dónde está el terreno causante de ese conflicto?

Digna llegó muy callada, ya que la violencia provoca silencio además del dolor de haber perdido a los padres. Su ropa era de campesina de polleras y blusa de seda, ojotas y sombrero. Hablaba castellano porque había ido algunos años a la escuela del pueblo, pero por razones de seguridad los padres no le dejaron seguir estudiando, algo muy común por desgracia entre las niñas y adolescentes rurales. Ser mujer es un verdadero límite a sus aspiraciones escolares y a un posterior avance en términos profesionales. La falta de respeto por parte de algunos malos docentes, los compañeros varones, las distancias para ir y venir y el peligro de quedar embarazadas son causas de su deserción escolar. Cuando hablaba lo hacía mejor en quechua, tenía cualidades naturales para ser muy buena madre. Desde que llegó ayudaba a las señoras que cuidaban de los niños más pequeños, se podía confiar absolutamente en ella para todo, sabía cuidar a los niños, darles de comer, limpiarlos, hacerlos jugar, consolar, hacer sus tareas cuando ya venían de la escuela.

Ella también, a los pocos meses, pudo retomar la escuela, entró al cuarto año de primaria, se reía con mucha tranquilidad y paz a pesar de tener esa herida de sentirse sola; ya no tenía a sus padres, tampoco sabía nada de sus otros hermanos, solo recordaba a dos de ellos.

Pasaron los días y los meses en ese ritmo de cada día en esta casa refugio adonde se llegaba por obra del destino y la buena voluntad de gente generosa. A los 16 años tenía que irse de este internado, pero no sabía a dónde, era realmente doloroso siquiera pensar en ello. Había terminado su primaria y comenzaba su primer año de estudios secundarios. Debía empezar a trabajar para sustentarse y pensar en su futuro. No se podía quedar en el «Pueri». En medio de estas dudas y ansiedades, un día llegaron de Lima un par de esposos buscando una niña en adopción. La mayoría de ellos buscaba niños pequeños, pero ellos preferían una jovencita. Fue evaluada por las hermanas y presentada a los nuevos padres. Fue amor a primera vista, Digna era la escogida. Se facilitaron los trámites y en una semana ella estaba saliendo de Ayacucho, no sin dolor, pero con la alegría y la seguridad de ir a vivir a Lima en casa de una familia que la quería y, además, deseaba que siguiera una carrera técnica. La última vez que la vi era ya una señorita de 25 años. Era la misma Digna, con el pelo recogido en un moñete que le daba una elegancia especial. Estaba vestida con pantalones y blusa de citadina, hablaba un castellano fluido, pero siempre con su dejo andino. Me alegró mucho saber que ya había terminado su carrera de modista especializada en alta costura, sabía también de repostería y tenía los apellidos de sus nuevos padres. El papá era contador; y la madre, enfermera. Los padres la pusieron en tratamiento psicológico para ayudarla a superar los traumas profundos que siempre dejan la guerra y la violencia.

Ahora, cuando pienso en ella, después de casi veinte años, me la imagino ya casada con un esposo limeño pero de raíces andinas, mamá de dos niños y siempre digna como fue. La noche de dolor ya habrá sido superada e incorporada en su vida de adulta.

PARA CONOCER MEJOR

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.

Tomo VI. Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas. Sección cuarta: Los crímenes y violaciones contra los derechos humanos Capítulo I. Patrones en la perpetración de crímenes y violaciones de los derechos humanos. 8. Derechos de niños y niñas.⁴⁵

Tomo VIII. Tercera parte: Las secuelas de la violencia. Capítulo I. Las secuencias psicosociales. 2. Desintegración de los vínculos familiares y comunitarios. 2.1. Pérdidas: vacío e incertidumbre.⁴⁶

■ Margarita, la «Opa» de Huamanga

Era un día cualquiera en la ciudad de Huamanga, hoy llamada Ayacucho por recordar mejor una de las últimas batallas de la independencia. Yo bajaba por la calle Libertad, calle antigua, apenas a una cuadra del parque central donde están la catedral y la Universidad de San Cristóbal. Venía con la mente medio vacía cuando miro a la vereda de enfrente y reconozco a Margarita, una mujer baja de estatura, vestida con un traje de tela sintética que le daba la presencia de una niña vieja; digo niña porque ella era una «opa», es decir, una persona con discapacidad mental que deambulaba por las calles y los portales de la ciudad.

Su historia es larga, según decían, ya que había sido traída del campo por un sacerdote que la protegía. Ella tenía la edad mental de una niña de 3 años, ayudaba en cosas muy simples; una vez que falleció su protector ella quedó en la calle literalmente, comía lo que le daban los que la conocían, se podía quitar la ropa en cualquier parte donde se detenía. Era como un cordero *waqcho* (solo y huérfano) abandonado a su suerte en medio de una ciudad en guerra.

Estaba sentada con las piernas abiertas y con muestras de sangre abundante que le manchaba la ropa. Se agarraba con las dos manos una pierna y se la frotaba como calmando un dolor agudo. Movía la cabeza de dolor y hacía una mueca típica de un enfermo mental, mezcla de sonrisa y dolor a la vez. Tenía su plato hondo vacío a un costado de donde estaba sentada. La gente buena le daba de comer ya que no tenía casa conocida. Dormía donde le llegaba la noche; uno de sus lugares preferidos eran

⁴⁵ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20VI/SECCION%20CUARTA-Crimenes%20y%20violaciones%20DDHH/FINAL-AGOSTO/1.8.%20LA%20VIOLENCIA%20CONTRA%20NINOS%20Y%20NINAS.pdf>>.

⁴⁶ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20VIII/TERCERA%20PARTE/I-PSICOSOCIALES.pdf>>.

los portales de la Plaza de Armas. Estaba expuesta a cualquier abuso, sobre todo de alcohólicos callejeros que no faltan en las ciudades o de los soldados que prestaban servicio de vigilancia sobre todo por las noches.

Me detuve y me puse a mirarla para ver qué haría o si necesitaba ayuda. Estaba como un animal herido, indefenso y sin capacidad para pedir ayuda. Empecé a pensar qué podría hacer por ella, pero a la vez me daba vergüenza acercarme ya que era una mujer y yo un varón joven; ella estaba probablemente con la regla y yo qué hacía en ese momento.

Lo único que se me ocurrió fue irme a orar unos segundos en el templo de la Compañía que estaba apenas a la vuelta de la calle donde nos encontrábamos. Oré con mucha intensidad y se me vino de inmediato la solución: llamaré a mis amigas monjas dominicas del Rosario; «ellas me ayudarán a socorrer a esta pobre mujer», me dije. Busqué un teléfono público y de inmediato me respondieron que vendrían al lugar indicado. Rápido regresé al sitio para cuidar que no se fuera. Los minutos que pasé fueron larguísima, ya que era una persona con poca paciencia. Me desesperaba que no llegaran ya al lugar, pero lo que me dolió mucho fue ver que muchas personas pasaban junto a ella, la miraban y seguían como si nada.

Fueron muchas las personas que pasaron y ella seguía llorando y quejándose. Después de mucho tiempo reflexiono sobre esto y me sigue doliendo. La indiferencia ante el dolor humano había crecido de manera desconcertante esos años de la guerra. La compasión se había esfumado ante tanta violencia y crueldad. El dolor, las lágrimas, la sangre se habían vuelto el paisaje normal de cada día. La violencia de cualquier tipo deshumaniza definitivamente.

Después de un buen rato llegaron las hermanas y yo seguía mirándola desde lejos, cuidándola para que no se nos fuera. Conseguimos un carro y la subimos con cuidado. Las madres rápidamente comprendieron el drama y mis limitaciones para atenderla solo. La llevamos al hospital y rápidamente los médicos la revisaron y encontraron que tenía una infección fuerte cerca de la rodilla, le sacaron dos riñones de pus, nada menos. Terminada la curación continuaron revisándola y comprobaron que tenía siete meses de embarazo. Habían abusado de ella. No sabemos cuándo ni quién lo había hecho. Para algunas de las obstetras era probable que hubiera tenido otros partos anteriores.

Se quedó unos días en el hospital y tenía que salir de este una vez superada la infección en la pierna. Las hermanas la venían a visitar hasta que los directivos del hospital nos dijeron que tenía que salir. La pregunta era adónde iría esta madre embarazada e incapaz de cuidarse y de cuidar de ese bebe en camino.

Nuevamente teníamos el reto de ayudarla; ella no debía volver más a la calle en estas condiciones. Conversando, encontramos el lugar. El asilo fue su nuevo lugar. Felizmente, las hermanas comprendieron el caso y la aceptaron así. Ella estuvo en el asilo todo el tiempo que fue necesario para que su bebé naciera a los nueve meses. Lo positivo de ella es que podía hacer algunas cosas simples, como acarrear agua, hacer leña, pelar papas durante horas de horas, etcétera.

Así estuvo hasta que llegó el día que dio a luz. Fue una noche de diciembre. Nació el bebé en uno de los baños donde hacía ella sus necesidades. Para suerte de este bebé, una de las hermanas se dio cuenta de lo que pasaba y la atendieron y llevaron al hospital que estaba cerca para que terminara su parto. Esa noche nació un niño varón, con buen peso y sin señales de limitación física aparente.

Pero nuevamente el problema se nos ponía delante, ella no sabía cómo darle de mamar, menos todavía atenderlo, ella solo lo miraba y se reía. Era realmente trágica la escena y la situación. El bebé tenía que mamar y ser limpiado, pero su madre no podía hacer ninguna de las dos cosas. Algunas mujeres que habían dado a luz recientemente le ofrecieron su leche cálida. El bebé mamaba muy bien, lo mismo que dormir y defecar.

Frente a esta situación sin salida, decidimos que el niño no debía quedarse con ella y pedimos que el juez de familia lo pusiera en adopción. Así fue. A Margarita le dejamos una muñeca en los brazos y el niño, todavía sin nombre, iría al puericultorio y desde allí a su nueva familia. Margarita tomó la muñeca, la acunaba y nos miraba, pero sin más expresión que su demencia tranquila y débil. El bebé fue adoptado por una familia limeña en la que el papá era un médico. Se tenía temor de que el niño heredara alguna tara de la madre, pero los exámenes aplicados indicaban que el niño era normal. Yo tengo la hipótesis de que Margarita no tenía ninguna falla genética, sino que le habían dañado la masa encefálica al nacer o que había tenido un accidente de bebé y que esas eran las causas de su retraso. Yo mismo le examiné la cabeza y noté que tenía varias partes del cráneo hundidas.

Margarita se quedó para siempre en el asilo, las hermanas hicieron que le ligaran las trompas para evitar cualquier ataque nuevo de algún varón depravado. El niño se fue a vivir con sus padres adoptivos, y ella se quedó ayudando a las hermanas responsables de la cocina y del comedor. A ella y a su niño les hice el siguiente poema:

*Pedro Pablo es su nombre, del portal o de la calle... su apellido no importa.
De padre desconocido, pero que tiene un Padre... con mayúscula, bien conocido desde que lo llamó a la vida.
Su madre lo llevó en su vientre, rodando de puerta en puerta, nadie lo sabía.
Madre dolorida y pobre, que lo pudo gestar, pero que ahora no lo puede criar.
Solo se alegró al verlo, lo quiere en su limitación de enferma mental... lo siente.
El asilo, entre viejos y amor lo vieron nacer una noche como Navidad. En el suelo como Jesús fueron sus primeros llantos.
Casi no tiene madre, pero Dios le dio varias, Nieves, Victoria, Myriam y hasta abuela. Unas le terminaron de hacer nacer, otras lo cambian y le dan de mamar.
Otra será su madrina y... ¿quién será su madre adoptiva?..
La ternura de algunas mujeres del hospital le dieron su leche cálida, «a un pobre no se le puede abandonar»... pero otra vez vuelve la historia. No puede estar en el hospital, no tiene partida, aunque eso no es lo principal... Es un hombre el que ha nacido, eso ¡BASTA!*

*No podrá vivir con su madre, no porque no lo quiera, no es la razón, ella no puede.
¡NO! No volverá a la calle, ya tenemos amor suficiente para cuidarla. Pero al pequeño no hay donde tenerlo. Como aquella familia que no tenía donde vivir.
Pedro Pablo es su nombre, hijo de Dios e hijo de mujer, pequeño, débil, carnecita hambrienta, hermanito nuestro, tienes que vivir.*

AYACUCHO, 1988

**PARA
CONOCER
MEJOR**

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN.
Informe Final. Lima: CVR, 2003.
Tomo VIII. Tercera parte. Las secuelas de la violencia.
Capítulo 1. Las secuencias psicosociales. 2. Desintegración de los vínculos familiares y comunitarios. 2.1. Pérdidas: vacío e incertidumbre.⁴⁷

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo afectó el conflicto armado interno, en forma diferenciada, a los niños y a los adolescentes?
2. ¿Cuáles fueron las consecuencias que se generaron por las situaciones de orfandad a causa del conflicto?
3. ¿De qué manera afectó el conflicto armado interno a las personas en situación de vulnerabilidad (personas de la tercera edad, con discapacidad, mujeres y niños)?

⁴⁷ Véase en <<http://www.cverdad.org.pe/final/pdf/TOMO%20VIII/TERCERA%20PARTE/I-PSICOSOCIALES.pdf>>.